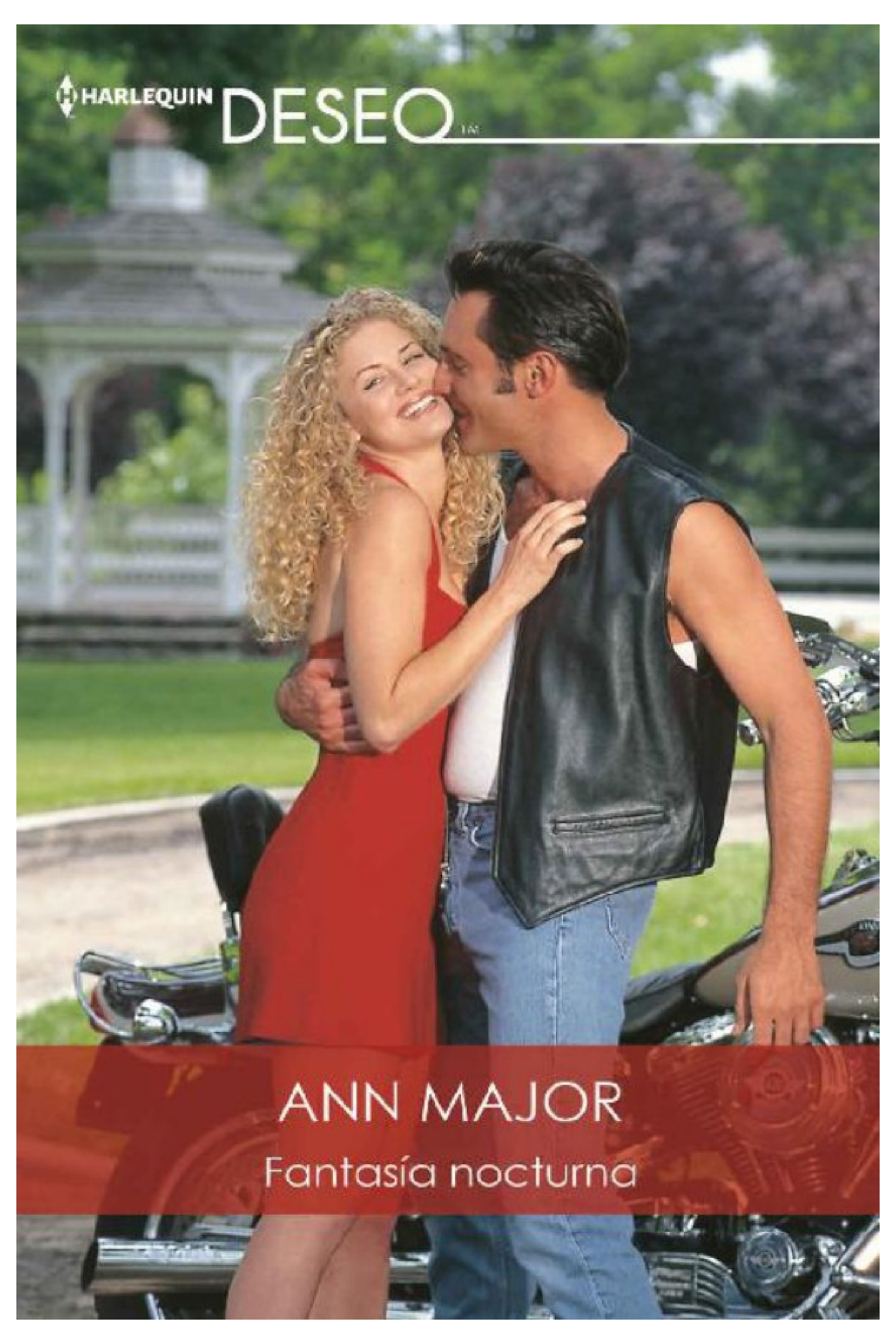

HARLEQUIN
DESEO
ANN MAJOR
Fantasía nocturna

DESEQ

ANN MAJOR

Fantasía nocturna



Ann Major

1º Fantasías

Fantasía nocturna (2001)

Título Original: Midnight fantasy (2001) **Serie:** 1º Fantasías **Editorial:** Harlequin Ibérica **Sello / Colección:** Deseo 1001

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Tag Campbell y Claire Woods

Argumento

Claire Woods era tan seductora… pero estaba completamente fuera del alcance de Tag Campbell. Aunque cuando lo necesitó él acudió en su ayuda, ella le *hacía anhelar cosas que pensaba que había dejado atrás. ¿Cómo sería tenerla… esperándolo… cada noche?*

Tag Campbell la obsesionaba. Como un pirata, la capturó y le declaró su amor en apasionados susurros. Claire tenía que tomar la decisión de su vida… un papel tranquilo en la buena sociedad, o una aventura amorosa y salvaje con un hombre que era poco apropiado…

Prólogo

«¡Largo de aquí, maldito bastardo!»

La furgoneta viró bruscamente y salió del asfalto. Un estruendo de sacudidas y traqueteos hizo volver en sí al prisionero que estaba en el suelo. Una luz opaca y gris se filtró a través de la venda de sus ojos.

Vio la cara de su padre, llena de rabia.

«¡Tú no eres hijo mío!»

Se había dado media vuelta y se había ido, sabiendo lo que siempre había sentido en el fondo, que él no era nada. Había salido del fango. Ahí es donde debería haberse quedado.

La fetidez del aire le produjo escalofríos.

Dios, tenía miedo. Mucho miedo.

Habían llegado al pantano, a aquel inquietante reino primitivo de cipreses, aguas estancadas, caimanes de cabeza huesuda y barro suficiente para tragarse a un hombre entero.

Estaba atado de pies y manos, tirado encima de apestosas cajas vacías de comida rápida, vasos de plástico y envoltorios de caramelos.

El conductor de tez amarillenta y con el tatuaje de la araña conducía más deprisa de lo que lo hacía en Nueva Orleans.

—Vas a ser comida para los caimanes, chico.

Una nueva oleada de miedo sacudió al cautivo.

Otra voz:

—Sabes lo que hacen los caimanes, ¿verdad? —una bota golpeó a la cadera del prisionero—. Te arrastran hasta su guarida bajo tierra, y allí te van arrancando pequeños trozos de carne durante días.

El terror se apoderó del hombre con los ojos vendados, y se removió sobre la basura.

Justo el día anterior, había estado sentado con su padre en el mejor restaurante del barrio francés. Tragó saliva con cuidado, intentando no asfixiarse con el grasiento trapo que lo amordazaba y el sabor metálico de su propia sangre. Intentaba no respirar porque cada vez que lo hacía era una tortura para su nariz rota.

El camino se hizo más abrupto, más húmedo; el hedor de las aguas negras y la vegetación podrida se hizo más fuerte.

Las grandes ruedas se detuvieron con un chapoteo.

—Vamos a tirarlo aquí. Le echaremos encima esos bloques de hormigón, para que se hunda.

Las puertas de atrás se abrieron de golpe.

Sus finos zapatos italianos se cayeron cuando lo agarraron por los tobillos y tiraron de él violentamente, arrastrándolo por encima de la basura, herramientas, y maderas. Lo arrojaron sobre el suelo embarrado, y se golpeó la cabeza con un tronco podrido. Cuando recobró el conocimiento estaban con el agua hasta la cintura, sumergiéndolo.

Él forcejeó, intentando mantenerse de pie en el barro, pero una bota lo hizo caer al agua. El pánico se apoderó de él cuando unas grandes manos lo agarraron por los hombros y lo hundieron.

Luchó. Le ardían los pulmones con el feroz deseo de respirar. Empujó con fuerza y se sorprendió cuando la mano que tenía en el cuello se soltó milagrosamente. Su cabeza salió a la superficie, y tosió, atragantándose con el agua mientras oía que cargaban un arma. Se oyó un disparo. Entonces todo se quedó en calma.

Cayó de espaldas, moviéndose desesperadamente mientras se hundía.

Extrañamente, mientras empezaba a hundirse, muriéndose, su terror cesó.

Todo era paz y oscuridad.

¿Fue así como se sentía ella cuando su despertador sonaba y no podía levantarse?

De nuevo era un niño asustado, temblando con el pijama mojado. Con el osito debajo del brazo se dirigió a la oscura habitación de su madre. La luz del sol iluminaba su negro cabello enmarañado.

Perdida entre las sombras, su cuerpo yacía desplomado medio dentro, medio fuera de la cama.

Su despertador seguía sonando. Él llevaba un buen rato escuchándolo. Estaba mala la mayoría de las mañanas. Mala toda las noches. Él vivía esperando esos raros momentos en los que ella intentaba ser agradable, cuando le leía cuentos que él sacaba de la biblioteca.

Como siempre su habitación apestaba a tabaco y alcohol.

—¡Mamá! Lo… Lo siento… Me… me he mojado…

La llamó por su nombre después de su confesión y le prometió como hacía cada mañana que no volvería a hacerlo.

Pero ella no despotricó. Ni lo tomó en sus brazos, aferrándose a él como si lo quisiera mucho, como hacía a veces. Siguió allí tendida. Finalmente, se acercó a ella y la sacudió.

—Abre los ojos. Por favor, mamá.

Le tocó la mejilla. Estaba rígida y fría… como el cristal de su ventana en invierno. El despertador seguía sonando.

Hacía años que no pensaba en esa mañana. Y ahí estaba, su

último pensamiento.

Después del funeral sus tías lo habían llevado a casa de su padre. Un hombre de cabello negro y violentos ojos grises abrió la puerta. Sus tías lo empujaron dentro justo cuando la puerta se cerró de golpe.

Había ido de una casa a otra, con parientes lejanos que tenían demasiados hijos. También había pasado tiempo en casas de acogida con otros desheredados como él. Había tenido problemas en el colegio. Entonces, milagrosamente, su padre había cambiado de opinión y lo había adoptado. Él había hecho todo lo posible por complacer a su padre, y con el tiempo, incluso se metió en negocios con él.

Entonces una noche que se había quedado tarde a trabajar, abrió un archivo que no debía en el ordenador.

El agua empapó el trapo de su boca, bajó por su garganta, subió por la nariz, abrasándolo, estrangulándolo. Estaba muriéndose cuando unas manos brutales lo agarraron por la cintura y lo sacaron a la superficie, tirándolo sobre el lodo de la orilla.

Una voz áspera lo maldijo, y unos dedos retorcidos le arrancaron la mordaza empapada, y la venda de los ojos.

—Jesús.

El aliento de su salvador apestaba a ginebra y a tabaco mientras le palmeaba la espalda. El agua le salió a borbotones por la boca.

—Maldita sea —se quejó él.

La dura mano se paró en seco.

—¡Ja! ¡Así que estás vivo! —lo giró y le alumbró el rostro con una linterna—. No tienes muy buen aspecto.

—¡Maldita sea! —él agarró la linterna e iluminó a su salvador.

El desconocido tenía la piel arrugada, el pelo blanco y los ojos negros y fríos.

—Tampoco tú tienes muy buen aspecto.

Unos dientes amarillos asomaron en una irrespetuosa sonrisa.

—Me llamó Frenchy —Frenchy recuperó su linterna negra y la apagó—. Frenchy LeBlanc —le quitó el esparadrapo de los tobillos —. ¿Quieres que te lleve a tu casa? ¿Al hospital? ¿A una comisaría de policía?

—Estoy bien.

—Te han dado una buena paliza —Frenchy le tendió la mano y lo ayudó a ponerse de pie—. ¿Tienes nombre, chico?

Él vaciló. Entonces, sin más, un nombre surgió de su infancia. Su voz sonó ronca cuando la utilizó.

—Tag…

—Tag. ¿Tag qué?

Claro. Claro. Un apellido.

—Campbell… Tag Campbell.

—¡Demonios! —la sonrisa amarilla se iluminó—. ¿Eres de Texas… Tag?

Tag sacudió la cabeza.

La mirada del viejo evaluó su alto y musculoso cuerpo.

—Tienes las manos delicadas para ser un tipo tan grande… y un rostro duro… aunque los ojos no te pegan mucho. Y ese traje, aun destrozado, parece bastante caro.

Tag no dijo nada.

—Un trabajo de verdad podría venirte bien…

—Maldita sea… si vas a insultarme…

—Yo pesco. Podría necesitar un marinero.

Tag se dio media vuelta con impotencia, y se quedó mirando las tenebrosas sombras de los cipreses. «Marinero. Salario mínimo».

Llevaba años en la vía rápida. Su educación. Su carrera. Sus prometedores planes para la empresa de su padre. Pero no podía volver.

—Siempre he trabajado en una oficina, pero levanto pesas en el gimnasio todas las tardes. Nunca he tenido tiempo para pescar.

Frenchy asintió con la cabeza.

—No te culpo por rechazar un trabajo tan duro y poco agradecido.

—No he dicho que no, viejo… pero tendrías que enseñarme.

Frenchy le dio una palmada en el hombro.

—El trabajo es tuyo.

—Gracias.

La voz de Tag sonó ronca. Le desagradó que pudiese delatar entusiasmo y gratitud.

No era tan tonto como para creer que ese vulgar desconocido, su despreocupada oferta y su amabilidad de esa noche significasen algo.

Había terminado con la ambición, con sus sueños, con las falsas esperanzas. De nuevo volvió a ver los fríos ojos grises de su padre.

También había terminado con la familia y con los sueños de cariño verdadero. Un marinero. Un trabajo infame para un tipo infame como él.

«Largo de aquí, maldito bastardo».

—Gracias, Frenchy —repitió Tag en un tono más frío.

Capítulo Uno

Cinco años después…

«Quédate conmigo, Frenchy. Te necesito».

Eso fue lo más cerca que Tag había estado de decirle a su mejor amigo que lo quería.

Aunque tal vez Frenchy lo sabía.

Tag lo había estrechado entre sus brazos mucho después de que los ojos de Frenchy se hubiesen vuelto tan vidriosos como el agua de la bahía, mucho después de que su piel se hubiese vuelto tan fría como la de su madre muerta aquella horrible mañana, cuando el despertador no dejaba de sonar.

«Quédate conmigo, Frenchy».

Con la canosa cabeza de Frenchy en su regazo, Tag había puesto rumbo a casa.

«Quédate conmigo Frenchy».

Pero los ojos de Frenchy habían permanecido cerrados.

Era medianoche. La luna llena brillaba a través de las retorcidas ramas de los robles, proyectando fantasmagóricas sombras sobre la tumba de Frenchy. Tag estaba completamente solo en ese pequeño y pintoresco cementerio situado en una colina que dominaba la bahía de Rockport.

—¡Esto no tenía que haber sucedido! Maldito seas, Frenchy, por dejarme como todo el mundo… pero sobretodo, maldito seas por haberme salvado. Debería ser yo el que estuviese muerto.

Habían enterrado a Frenchy junto a su hijo, el hijo que había perdido justo antes de salvarle la vida a Tag.

Tag se alegraba de que el cementerio estuviese desierto. No quería que nadie viese cuánto le afectaba la muerte de Frenchy.

Unos oscuros círculos rodeaban sus ojos inyectados en sangre; su barbilla estaba ensombrecida con barba de varios días. El estómago le rugía dolorosamente de haber ingerido demasiado alcohol y muy poca comida.

La luna brillaba alto en un cielo despejado. La brisa marina olía a tierra seca y hierba recién cortada. Era el tipo de noche preferido por Frenchy. Habría gambas a montones. Pero Tag no podía ni pensar en pescar bajo la luna llena sin Frenchy.

Su enorme moto negra estaba aparcada cerca de la tumba de Frenchy, bajo un roble.

Tag estaba arrodillado delante de la tumba.

Como una plegaria, su voz profunda susurró: —Vuelve, Frenchy.

Maldita sea, vuelve. Quédate conmigo.

—Tú no necesitas un viejo. Lo que tú necesitas es una mujer, muchacho —había declarado Frenchy en ese exasperante tono suyo de sabelotodo, unas noches antes.

—Extraño consejo de un hombre que ha fracasado cuatro veces en el matrimonio.

—No hay nada como una mujer bonita para dar esperanza a un hombre. La vida es un círculo, que se repite constantemente. Eres joven. Pero te harás viejo. Te morirás. La vida es corta. Tienes que enamorarte, casarte, tener hijos, repetir el círculo.

—Hay lugares de mi círculo por los que no quiero volver a pasar.

—No eres el tipo duro que finges ser. Eres de los que les va el matrimonio.

—¿De dónde demonios has sacado eso?

—Tienes muy malas pulgas.

—¿Y eso es lo que te hace pensar que sería un marido encantador?

—Tú no encajas aquí. Tu corazón no está en los bares, ni en las peleas, ni en el juego… ni siquiera en la pesca. Ni en acostarte con esas chicas ricas y alocadas que vienen a Shorty buscando un rápido revolcón en el asiento trasero de su coche con un tipo duro como tú.

—¿Y si te dijera que me gusta lo que me hacen? ¿Y si te dijera que no necesito corazón para nada, viejo?

—Diría que mientes. Tienes corazón, muy grande, lo quieras o no. Solo que está hecho pedazos igual que tu bonita cara. Pero una mujer adecuada puede reparar el daño.

—Te estás poniendo muy sentimentaloide, viejo.

—¿Crees que puedes seguir muerto para siempre?

La brisa marina le recordó las largas horas del brutal trabajo en el barco. Pero el trabajo lo entumecía. La belleza del mar lo reconfortaba. Igual que esas mujeres y lo que le hacían en sus coches; hacían su vida más soportable. Aunque siempre que se iban esas mujeres, se sentía más apesadumbrado, como si todo lo que hubiese de bueno en él se hubiese consumido.

Tag se arrodilló en la blanda tierra y examinó la foto de un Frenchy más joven en un plástico resquebrajado en medio de la lápida.

—Eres un cobarde por huir de lo que eres y de lo que quieres, Tag Campbell… un cobarde, ni más ni menos.

Tag había saltado de la silla tan rápido, que la había tirado.

—¡Tú qué sabes, ignorante! Cada vez que bebes, tu bocota salta con esa maldita cantinela.

Frenchy se rio.

—La vida es un círculo…

—No empieces con esa estupidez del círculo.

Tag había salido de la casa de la playa dando un portazo, había desamarrado el barco, y había pasado el resto de la noche en el mar bañado por la luz de la luna. No se disculpó cuando vio a Frenchy esperándolo en el muelle.

Unas horas después Frenchy se había desplomado en el barco, cuando estaban echando las redes.

La culpabilidad invadió a Tag. Nunca le había agradecido al viejo nada de lo que había hecho.

El viento rugió en la bahía, murmurando en las ramas de los robles, burlándose de Tag mientras sus ojos plateados miraban la tumba. Lo asaltaron sentimientos de dolor, de culpabilidad, pero los suprimió como había hecho siempre.

El aspecto peligroso del hombre arrodillado ante la tumba de su amigo no se parecía mucho al joven elegante y apuesto que era antes de que lo golpeasen, de nariz aguileña y mirada cálida y amistosa.

Ese hombre estaba muerto. Tan muerto como Frenchy.

El corpulento hombre arrodillado junto a la tumba tenía la piel quemada por el sol.

Los puños habían convertido sus perfectas facciones en una composición brutal, con la nariz aplastada, y una ceja partida. Y tenía un aura de violencia a su alrededor. Tal vez su aspecto de forajido era lo que lo hacía mortalmente atractivo, al menos para mujeres de cierta clase. A tales mujeres les importaba muy poco sus heridas internas. Lo único que querían era utilizar su cuerpo.

Sus cautelosos ojos plateados bajo las cejas oscuras no confiaban en nadie. Y menos en tales mujeres… mujeres que lo encendían, pero que lo dejaban más frío y más solo cuando acababan con él y volvían en sus lujosos coches a sus grandes mansiones con hombres seguros.

Tenía los músculos fuertes del trabajo duro. Llevaba botas altas negras, pantalones vaqueros ajustados, una camiseta blanca raída, y una cazadora de cuero negro.

Frenchy.

Solo con sus demonios, sin Frenchy que lo gritase y lo distrajese, Tag necesitaba una pelea en un bar o una mujer. Casi deseó haberse quedado en el funeral con los demás amigos de Frenchy.

Pero todos se habían puesto furiosos cuando se leyó el testamento de Frenchy, y descubrieron que, el muy idiota, había dejado a ese perro, Tag Campbell, todo.

Todo. Barcos. Restaurante. Casetas de pesca. Muelles. Hasta la

casa de la playa que casi era un hito histórico. Todo.

Campbell.

¡Ese bastardo! ¡Si ni siquiera le gustaba pescar! Sin embargo, era el mejor pescador que ninguno hubiera visto. Todo era suyo.

Había muchos comentarios furiosos.

—¡No es justo! Frenchy murió en ese barco, estando solo con ese mentiroso de Campbell.

—Yo creo que el bastardo lo mató.

—Ya has oído al juez. La autopsia dice que ha muerto de un ataque al corazón. Que Frenchy fumaba y bebía demasiado. Y que es un milagro que haya vivido tanto.

—Y yo digo que lo han matado. Frenchy estaba rebosante de salud. Si hace solo dos noches estaba bailando encima de la mesa con Mabel, borracho como una cuba.

Rusty y Hank, dos rudos marineros que Tag había despedido por vagos y mezquinos, y que habían acabado esa noche en la cárcel, habían jurado que en cuanto los soltasen, vengarían a su amigo Frenchy.

Frenchy tenía mucho más dinero que lo que los pescadores sospechaban. El sherif pasó a decirle a Tag que sería sensato que abandonase la ciudad.

Al ver el coche del sherif delante de su casa, Tag hizo una mueca. No era de extrañar que ese hombre diese miedo. Su figura impresionaba con el uniforme y sus gafas plateadas. Tenía duras facciones, hombros cuadrados, y un arma enorme colgada de su cinturón.

Tag se las había visto más de una vez con esos tipos armados de uniforme. La ley, se llamaban a sí mismos. Con su aire de superioridad, se creían los dueños del mundo.

En cuanto el sherif Jefries golpeó la puerta con su potente puño y llamó a Tag, el sudor empezó a correrle bajo la camisa.

—Acabo de soltar a Rusty y a Hank. Dicen que eres un asesino.

La furia abrasó la garganta de Tag, pero sonrió como si le importase un bledo, y saludó al hombre con una botella de whisky.

—Tienes una declaración judicial…

—A veces lo más inteligente es marcharse.

Tag miró su reflejo en las gafas plateadas y abrió la puerta del todo.

—No voy a huir.

El sherif se plantó sobre sus fuertes piernas y se apoyó en el marco de la puerta.

Tag añadió:

—Jefries, a esos tipos les gusta mucho hablar cuando están seguros entre rejas, pero son como perros que ladran desde dentro

de una valla. Suéltalos, y estarán lamiéndome la mano como cachorros.

—Solo es una advertencia amistosa, Campbell.

—Gracias, amigo.

Sin embargo, Tag había abierto un cajón, había cargado su automática y se la había metido en la cintura de los pantalones antes de salir en su moto.

Aturdido examinó la tumba de su amigo, con su nombre y la fecha de su nacimiento, y una simple frase grabada en la parte de abajo de la piedra: *Fue divertido mientras duró.*

Lentamente Tag bajó la mirada. En vez de flores, había un montón de latas de cerveza y gorras de béisbol apiladas sobre la tierra.

A Tag le ardieron los ojos. Frenchy se habría sentido muy orgulloso.

Con un agujero de dolor en el pecho, Tag se levantó lentamente y se dirigió hacia su moto. Se puso la cazadora de cuero, y se subió la cremallera. Luego los guantes, y su casco negro. Saltando sobre su gigantesco monstruo negro, arrancó el motor, haciendo suficiente ruido como para despertar a los muertos.

Pero tal vez esa era su intención. Ya en la puerta, se volvió y miró al cementerio.

«Quédate conmigo, Frenchy».

De pronto, la luna se hizo más grande.

Luego adoptó la forma de un enorme huevo rosa en el cielo oscuro. Las estrellas saltaron como fuegos artificiales. Durante segundos sintió que realmente podía haber un cerebro allí arriba.

Tag sintió un calor y un hormigueo por dentro. El viento aumentó su velocidad y la noche plateada se tornó rosa azulada. Una lata de cerveza se separó de la tumba y empezó a rodar hacia Tag.

Él cerró los ojos, pero el mismo vivido azul rosáceo giró también bajo sus párpados. Parpadeó. Los abrió y los cerró, pero la luz rosácea azulada continuaba ahí.

Al cabo de un rato, alguien, tal vez Frenchy, apagó la luz rosa y la luna recuperó su forma. La noche volvió a ser oscura y plateada. La lata no se detuvo hasta que golpeó la puntera de la bota de Tag. La recogió, y vio que era la marca favorita de Frenchy. Tag aplastó la lata y se la metió en el bolsillo de atrás.

¿Qué demonios había pasado allí? ¿Había sido la luz de la calle? ¿O había sido él?

Cuando miró a la luna se sentía diferente, menos tenso y apesadumbrado. El agujero de su pecho parecía haberse cerrado. Y la noche, como su futuro, lo atraía con asombrosas posibilidades.

¿Había sido obra de Frenchy? ¿Le había proporcionado esa extraña sensación de paz? ¿De nuevas oportunidades?

Demonios, no. El dolor y el alcohol, sin haber comido, le estaban afectando. Estaba alucinando.

Sería mejor que se fuese a casa y se metiese en la cama. Con precaución, miró a ambos lados de la calle antes de salir.

Dos coches se aproximaban a toda velocidad por su derecha. Chicos, persiguiéndose. ¿Dónde demonios estaba Jefries cuando había verdadero trabajo para un matón grande con un arma?

Impacientemente, Tag esperó a que pasaran los delincuentes juveniles.

Cuando vio la melena rubia, sintió un hormigueo en la nuca. Era una fulana rica al acecho de un goce barato.

«Encantado de servirla, señorita».

Entonces la vio más claramente. Tenía la expresión aterrada de un ciervo delante de los faros de un vehículo.

Tag no se fijó en su flamante deportivo rojo. Estaba demasiado ocupado fijándose en ella. Parecía nerviosa y asustada.

La sintió… profundamente. Le tocó en una parte que él no sabía que seguía viva. Y le hizo anhelar cosas, que pensaba que había dejado para siempre. ¿Cómo sería tener una mujer como ella esperándole en la puerta con una sonrisa cada noche al volver a casa?

En el espacio de un microsegundo memorizó esa cara pálida de niña consentida, esas elegantes y delicadas facciones que ella había cubierto con demasiado maquillaje, probablemente para parecer mayor y más sofisticada. Unos pechos respingones y redondeados asomaban por el amplio escote de un ceñido vestido blanco.

También alcanzó a ver algo brillante alrededor de su cuello. ¿Diamantes? ¿Rica, también?

Conocía a las de su tipo. Era la clase de mujer que quería que su hombre fuese una máquina de dinero pero que lo encontraba demasiado sumiso en la cama. Así que iba a Shorty buscando a un tipo como él. Había ido con muchas a los moteles. Otras preferían el asiento trasero de su coche.

Nunca le preguntaban cómo se llamaba, y siempre se sentía deprimido y degradado cuando habían acabado con él.

Pero no podía apartar la vista de esa. Con su larga cabellera rubia ondeando detrás de ella, parecía un ángel cabalgando al viento.

Deseó que lo mirase, que lo viese realmente.

De pronto ella volvió la cabeza hacia él.

Sus ojos se agrandaron en el instante en que lo vio… como si estuviese fascinada y asustada al mismo tiempo. De nuevo, le

pareció diferente a las otras. Tenía la extraña sensación de que si la miraba largo rato a los ojos, redescubriría su propia alma.

Algo peligroso y fatal los unía. Nostalgias no deseadas y dolorosas necesidades bulleron demasiado cerca de la superficie. A Tag se le aceleró el pulso descontroladamente.

¿Cómo podía sentir tanto en el espacio de unos pocos segundos? Era una niña, más joven que su voluptuoso cuerpo, mientras que él era más viejo que sus años.

—¿Te ofreces tan barata como las otras, pequeña? —masculló él.

La descarada ligona tocó la bocina y salió disparada. Más rápido de lo que ya estaba conduciendo. Su pequeño coche derrapó, lanzando graba sobre su moto y sus piernas, pero ella recuperó el control. El destartalado sedán que iba detrás de ella pasó por delante de Tag, persiguiéndola. De nuevo la grava saltó sobre sus botas y su moto como balas.

Maldición. Conocía ese montón de chatarra. Rusty y Hank. No chicos. Tipos demasiado mezquinos, furiosos con el mundo, que esa noche buscaban venganza contra él. ¿Y si se desquitaban con ella?

Tag lanzó su enorme moto sobre el asfalto, acelerando.

Los coches se dirigieron a toda velocidad hacia el norte, pasaron por el puente iluminado, y viraron a la izquierda, chirriando los neumáticos, hacía Fulton Beach. La bahía iluminada por la luz de la luna refulgía al este.

La pintoresca carretera a lo largo de la playa, con sus casas, mansiones y moteles, se estrechó y se llenó de baches, pero la chica y sus perseguidores seguían conduciendo como locos. Pero al llegar a los muelles y a los almacenes que se alineaban delante del agua, cerca de su restaurante, la sombra de un animal surgió de la oscuridad, cruzándose por delante de los coches.

Las luces de los frenos de ella se encendieron.

La adrenalina bombeó las venas de Tag.

El deportivo derrapó y fue a dar a un montón de escombros. El sedán chocó contra ella.

La mujer del vestido blanco ceñido se bajó del coche.

Rusty y Hank se abalanzaron sobre ella.

Tag sacó la moto de la carretera, deteniéndose tan rápido que casi vuelca. Su bota derecha golpeo las piedras blancas, patinando y provocando un geiser de polvo blanco.

Estaba deseando una pelea… y una mujer.

Parecía que tenía un hada de deseos pendiente de él arriba en el cielo.

¿Frenchy?

«Quédate conmigo, Frenchy».

El grito aterrado de la chica atravesó a Tag como un cuchillo. Se

bajó de la moto… corriendo.

Capítulo Dos

Esa noche debería haber sido la noche más feliz de la vida de Claire Woods. En vez de eso, lágrimas de desilusión le abrasaban los ojos. North había dejado que se fuese. Y

ahí estaba, a cincuenta kilómetros de casa, con dos memos tocándole la bocina detrás.

Pisó el acelerador. Nada estaba saliendo como ella había planeado. Había deseado que su boda fuese un cuento de hadas, pero según se aproximaba el gran día, Claire, a la que todo el mundo consideraba una niña mimada y consentida, se sentía más decepcionada y vacía.

¡Si al menos Melody, su extravagante, irrefrenable e impredecible hermana, no hubiese aparecido en su casa para estropearlo todo!

¡Era propio de Melody llegar en helicóptero de China precisamente esa noche! E igual de propio era protagonizar ese provocativo baile para deleite de North y arrebatarle a Claire su protagonismo, y tal vez a su hombre.

Había deseado gritar:

—¡La novia soy yo! ¡North ahora me ama a mí! ¡No a ti!

Pero por supuesto, se había quedado sin hacer nada, con una sonrisa congelada mientras Melody llevaba a cabo su seductora rutina.

Y North…

—¿Por qué has venido? —le había preguntado North a Melody —. ¿Por qué ahora?

—No… no podía perderme vuestra boda.

—Pues te perdiste la última —la voz grave de North fue afilada.

Si North la amase realmente habría salido tras ella en lugar de quedarse en la fiesta.

Probablemente en ese momento su hermana y él estarían dirigiéndose miraditas, mientras ella conducía sola.

No… no…

Una imagen de Melody meciéndose lentamente, con esos pantalones negros ceñidos y una camisa de seda blanca, los ojos radiantes, y el cabello dorado derramándose por su esbelta espalda surgió vividamente en la imaginación de Claire. El baile de su hermana había sido tan espontáneo y original que todo el mundo había dejado de bailar y había empezado a aplaudir cuando se quitó las sandalias y se las arrojó a North. Todo el mundo excepto North,

que había recogido esas brillantes sandalias de tacón alto, y cuya expresión se ensombreció cuando los otros hombres se pusieron a aplaudir.

Claire había pasado su infancia leyendo sola en su habitación, con sus sueños, mientras la animada Melody estaba en el jardín exhibiéndose delante de los niños del vecindario, sobre todo de los chicos, a los que tenía embelesados.

Toda su vida Claire había deseado ser la primera con alguien.

—No pienses en Melody —se susurró a sí misma—. No pienses en el dolor de los ojos de North cuando la vio bailar.

Claire nunca había superado el hábito infantil de hablar consigo misma, sobretodo cuando estaba sola en el coche o mirándose al espejo.

—¡Ven a por mí entonces! —lo había retado ella risueñamente, después del baile de Melody.

El recuerdo la hizo ruborizarse, y le ardieron los ojos. Qué tonta había sido.

¿Cuándo aprendería que North era demasiado maduro para esos juegos infantiles? ¿Pero la amaba, la amaba realmente como una vez había amado a… ?

Él le había dicho en una ocasión: —Nunca podré amarte como amé a Melody. Pero creo que lo nuestro será mejor y más fuerte que lo que sentía por ella.

Estaba mareada de conducir. Y asustada, también, y no solo de perder a North. Los idiotas de atrás eran persistentes. Le habían temblado las piernas cuando los dos memos casi la habían rozado, obligándola a salirse al arcén hacía un momento.

El viento húmedo que le golpeaba la cara le había alborotado su pelo rubio.

Pisó el acelerador y las ruedas patinaron.

El corazón le dio un respingo.

—¡No tengo miedo!

Cuando vio por el espejo retrovisor que ellos aminoraban la velocidad, se relajó lo suficiente para reproducir la humillante escena en el club social con North y Melody.

North nunca quería discutir detalles de la boda, tal vez porque su primera boda había terminado siendo un desastre.

—¿Sabes cuál es tu problema? —le había dicho North, balanceando una de las sandalias de Melody delante de ella—. Que estás muy mimada.

—¿Yo mimada? Tú eres el gran ranchero multimillonario —y enseguida había añadido —: Cariño, mi madre quiere que nuestra boda sea perfecta. Estamos haciendo esto por ti… para que olvides que…

Claire se detuvo, mirando las sandalias que él seguía sujetando en la mano, porque no podía decir: «mi hermana te dejó plantado en el altar».

—Ojalá te preocuparas más de lo que vendrá después de ese día… de nuestro matrimonio.

—O, eso… esa será la parte más feliz.

—Maldita sea —North se encogió de hombros cansinamente—. Estoy empezando a preguntármelo.

Finalmente ella había dicho lo que tenía realmente la cabeza:

—¿Es por Melody?

—Demonios, no —pero North había enrojecido—. La vida no es como en esas revistas en las que siempre estáis enfrascadas tu madre y tú.

De pronto Claire se dio cuenta de que todo el mundo, sobre todo Melody, había empezado a mirarlos cuando North había levantado la voz, molesto. Claire se había sentido asustada y culpable.

—Lo siento —dijo Claire—. Lo siento mucho. No debería haber dicho nada. Baila conmigo, cariño —le pidió ella, consciente de que no le había dicho lo guapa que estaba con su ceñido vestido blanco.

El había mirado a Melody.

—¡No estoy de humor para dar un espectáculo!

—Pero se supone que estamos locamente enamorados.

—Claire, el espectáculo de tu hermana es difícil de igualar. Y encima me has disgustado. No puedo… siempre me estás presionando, persiguiéndome…

—Porque tú nunca me persigues a mí.

Los ojos negros de North dejaron de mirar a Melody y dirigieron a Claire una mirada de lástima que sorprendió a los dos. Cuando apretó sus atractivos labios y continuó mirándola pensativamente, ella se sintió aterrada.

—¿Qué crees que va a pensar todo el mundo si nos quedamos aquí sentados sin bailar, sin hablar? —alegó Claire—. Y tú con las sandalias de mi hermana en la mano.

—Francamente, me importa un bledo.

La gente estaba mirándolos. Sin saber qué hacer, Claire salió del club y se dirigió a su coche.

North la seguiría. Dejaría la agobiante fiesta donde todo el mundo intentaba impresionarse el uno al otro. Él iría tras ella.

Nadie se había disgustado tanto como su madre, Dee Dee, cuando la extravagante hermana de Claire había roto el corazón a North. Igual que nadie se había alegrado tanto cuando él había encontrado consuelo primero en la amistad de Claire, y luego en su amor.

Claire puso las manos en el volante y escuchó la música. North

saldría por esas lustrosas puertas de caoba con sus brillantes pomos de bronce y le demostraría su amor, a ella… y a todo el mundo.

Pero las puertas no se abrieron, y los pomos de bronce empezaron a borrarse a través de sus lágrimas. North se había quedado en el club.

Su madre decía que la boda tenía que ser perfecta… perfecta. Para restablecer la dignidad de los Woods, que habían sido el hazmerreír de la ciudad el año anterior gracias a Melody.

La luna trazaba una estela de luz desde el horizonte hasta la costa. Los tipos de atrás volvieron a tocar la bocina.

La golpearon en el parachoques. Un escalofrío de miedo le recorrió la espalda.

Había conducido cincuenta kilómetros para recuperar su orgullo, hacia Rockport donde sus padres tenían una casa en la playa. Cuando los tipejos dieron las luces largas, ella pisó el acelerador de su deportivo.

Tenía que volver con North y disculparse.

Mientras los coches corrían, empezó a practicar su disculpa.

—Oh, North, perdóname. Tenías razón y yo estaba equivocada. Eres mi mejor amigo —bajaría sus largas pestañas y volvería a subirlas lentamente—. Solo quería que fueses detrás de mí… que me sedujeses… que me hicieses estremecerme… que actuases como un cavernícola por una vez.

—¡No puedes decirle eso a North Black! —dijo una irreverente voz masculina en su cabeza.

—Ya lo sé, tonto.

No podía dejar que North se enterase… ni nadie… de sus vergonzosas y secretas fantasías con… Hal.

Todo había empezado inocentemente. Ella era una niña solitaria, y nunca había podido hacer amigos tan fácilmente como Melody. Y cuando había hecho alguno, Melody enseguida lo había conquistado.

Finalmente, Claire había inventado un amigo imaginario, que era tan solitario y tímido como ella. Con los años, Hal había crecido y se había convertido en un hombre demasiado sexy para ella. Ella era virgen… pero solo técnicamente. En su imaginación, Hal y ella cometían desvergonzadas travesuras en todo tipo de lugares inadecuados, sobre la mesa de la cocina, en la parte trasera de su coche. Hal era alto con el pelo negro… como North.

Y sin embargo no se parecía a North en absoluto.

Hal era salvaje y libre, insidiosamente atento, y tan despersonalizado como un bandido.

North podía darle el tipo de vida segura que su madre de clase media alta quería para ella. Sin embargo, su amante imaginario era

un pirata que la llevaba por el mar. Un bandido que la llevaba a su guarida y le robaba algo más que su oro.

—Desnúdate, mi señora. Lentamente.

Y cada vez que se quitaba algo, él le arrojaba una moneda de oro a los pies.

Pero el obseso sexual de sus sueños estaba llegando a trastornarla. Una de las razones por las que estaba ansiosa por casarse era para acabar con Hal. Una vez que hiciese el amor con North, tendría un marido con el que soñar. Todo el mundo le decía que North era el vaquero más sexy y rico de todo Texas.

North podía haber elegido a cualquier mujer. Y la había elegido a ella.

—No fue así, Bomboncito —susurró Hal.

Ella odiaba que la llamase así.

—¡Cállate, Hal!

—¡Yo estaba allí! ¡Y Melody fue la primera!

—¡Vete y déjame en paz!

—Nunca. No te abandonaré hasta que encuentres a alguien más apropiado para ti.

—¡Sal de mi vida amorosa!

De pronto ocurrió algo extraño. El cielo negro se volvió rosa, y vio una solitaria negra sobre una moto en un cono blanco de luz. Una luz azul rosácea lo rodeaba. Llevaba puesto un casco, pero el calor de su mirada fue como una unión física y visceral. Incluso en ese instante borroso, ella sintió que un hombre así sería más salvaje y excitante que ninguna de sus secretas fantasías con Hal.

¿Qué estaba haciendo ese motorista solo en un cementerio?

Descaradamente, se giró hacia él.

Durante un segundo sus ojos de largas pestañas se clavaron en el casco negro que ocultaba su rostro, con una avidez que debería haberla avergonzado. Entonces sus delicados dedos, a su libre albedrío, tocaron la bocina.

Él asintió con la cabeza. Ella separó los labios coquetamente. Pero cuando el motorista salió a la carretera tras ella, se le puso el corazón en la garganta.

El atronador ruido de su moto corriendo detrás de ella encendió un calor primitivo en cada nervio de su cuerpo.

Sabía que era malo.

Malo hasta los huesos.

¿Por qué repentinamente sentía que había entrado en colisión con el destino?

North estaba en Corpus, pero la persecución había empezado.

Capítulo Tres

—¡Vas demasiado deprisa!

La voz de Claire sonó aterrada mientras pasaba a toda velocidad por la puerta de la casa de la playa de sus padres.

No sabía qué hacer, cómo librarse de esos tipos y del motorista. ¿Por qué no había otros coches en la carretera? Fulton estaba desierto, los restaurantes cerrados, los almacenes también.

De pronto un gato negro se puso justo delante de ella.

—¡Oh, Dios mío!

Pisó el freno, derrapando, y yendo a dar sobre un montón de escombros.

Los memos que la perseguían la golpearon por detrás.

—¡Oh, no!

Ellos aceleraron, y apagaron el motor.

Estaba atrapada en un oscuro callejón entre edificios, con una valla al fondo y ellos detrás de ella.

—Oh, Dios mío.

Con manos temblorosas Claire rebuscó en su bolso. Detrás de ella, se abrieron las puertas del coche. Los cigarrillos fueron arrojados al suelo y aplastados con los tacones de sus botas. A través del espejo retrovisor, ella vio sus miradas amenazantes y hostiles. Su corazón empezó a latir como un tambor de la selva, y sus dedos a temblar tanto que no atinaban.

¿Dónde estaba?

Las luces del sedán se apagaron.

—¡Socorro! ¡Que alguien me ayude!

Sus temblorosos dedos se cerraron sobre el teléfono móvil. Asomándose por la puerta, acertó a ver una camiseta sucia, y unos pantalones vaqueros rotos.

—Vaya, mira, mira, Rusty —el tipo flaco con expresión malvada encendió un cigarrillo, y dio una calada.

Rusty, un rubio grasiento y grande como un oso, agarró el cigarrillo, inhalando profundamente.

Aferrada a su teléfono, Claire salió del coche, corriendo hacia el oscuro callejón entre dos edificios blancos. Rusty la siguió, riéndose, haciendo crujir el suelo de piedras con sus pesadas botas, envolviéndola con su larga sombra como una serpiente negra.

¡No! ¡No!

Antes de que pudiera marcar ningún número, la habían arrinconado contra una valla de tela metálica.

El puño del rubio grasiento le quitó el teléfono y lo arrojó al suelo, acercándole la cara. Sus ojos azules brillaron amenazadoramente.

—Estábamos buscando a alguien.

Risa gutural masculina.

—Parece que eres nuestro premio de consolación.

Ella sintió un sudor frío, y un débil sonido escapó de su garganta. La enorme mano pecosa le tocó el collar de diamantes. Ella se quedó paralizada, aguantando. Le acarició obscenamente los labios y las mejillas con sus sucios dedos y una horrible sonrisa. Ella apretó los ojos mientras esas insoportables manos la exploraban, pero no pudo contener las lágrimas que lentamente inundaron sus pestañas y rodaron silenciosamente por sus mejillas.

La mano de Rusty recorrió la forma de su boca.

Ella abrió los ojos. Con una engañosa sonrisa, encaró valientemente su salvaje mirada azul. El sacó la lengua mientras se bajaba la cremallera de los pantalones, y ella le mordió el mugriento dedo.

Con un grito de dolor, él retrocedió.

Ella gritó y salió corriendo. El flaco saltó sobre ella y la tiró al suelo, haciendo que se golpease la cabeza con un ladrillo. Los dos se arrojaron sobre su cuerpo, agarrándola por las muñecas, y sujetándola con las rodillas que se le clavaron en el estómago.

Lo último que vio fueron esos brillantes ojos blancos. Lo último que sintió fue el dolor en la cabeza, en el cuello, en los hombros. Lo último que oyó fueron sus voces, diciéndole cuánto la deseaban.

Vagamente oyó que le rasgaban el vestido de seda, luego las hebillas de los cinturones desabrochándose. Pero cuando se arrodillaron sobre ella de nuevo, se oyó un monstruoso rugido a la entrada del callejón. Una lluvia de polvo de piedrecitas blancas cayó sobre ella.

—¡Rusty! ¡Hank! ¡Es mía! —tronó una profunda voz masculina.

¿Hal?

—¡Diantres! ¡Es él!

—¡El asesino de Frenchy! —bufó Hank, sacando una navaja.

—¡Largo, antes de que os envíe al infierno con Frenchy! —el cañón negro de una automática brilló en la oscuridad—. Largo de mi ciudad, permanentemente.

Se oyó un disparo.

—¿Me habéis oído? Apartaos de ella.

Dejadla. Es mía.

Para. Pam. Pam. Las piedrecitas saltaron cuando las balas golpearon el suelo.

Milagrosamente, ella no resultó herida. Las crueles manos se

soltaron de su cuerpo.

Claire abrió los ojos y vio dos figuras apartándose furtivamente de sus manos y sus rodillas sangrientas. Las puertas de un coche se cerraron de sendos portazos mientras la sombra del otro hombre caía sobre ella.

—Esto no es un espectáculo gratis. ¡Largo!

La pareja soltó varias palabrotas, arrancaron el coche y se alejaron, dejándola sola… con él.

Probablemente debería sentir miedo. Pero estaba demasiado atontada.

El suelo crujió bajo las pesadas botas del hombre. Entonces dijo con su voz grave: —¿Te vas a levantar? ¿O todavía quieres pasar un buen rato?

Ella abrió los ojos de golpe, arrojando fuego.

Unas botas negras se plantaron a pocos centímetros de su cara. Su mirada alcanzó a ver un cuerpo viril en unos pantalones vaqueros tan ajustados que la tela parecía pintada.

Tenía la cintura estrecha, un torso bien torneado, y unos hombros cuadrados y anchos. Un brillante halo iluminaba por detrás una cabeza morena bien formada.

Tenía el cabello revuelto y algo largo y, como un pirata, llevaba un aro de plata en una oreja. Debían de haberlo herido porque se sujetaba un pañuelo blanco en la mejilla, empapado de sangre.

No podía ver el rostro de ese diabólico individuo, pero su descarada mirada la hizo estremecerse.

¿Era ese cavernícola de fuertes bíceps producto de su imaginación? Cerró los ojos, deseando que desapareciera. Cuando los abrió las botas negras estaban más cerca.

El motorista se metió la automática negra en la cintura del pantalón y el pañuelo sangriento en el bolsillo, y se arrodilló.

—Han… dicho que eras un asesino.

—¿Y vas a creer a esa escoria… o al hombre que acaba de salvarte?

Ella no supo cómo contestar a esa bestia.

—¿No sabes cómo dar las gracias, guapa? —su dura mirada la dejó sin aliento—. Porque me debes algo —murmuró el—, y se me ocurren muchas maneras de que una mujer como tú pueda darle las gracias a un hombre como yo. La noche es joven…

—¿Cómo te atreves?

—¿Y tú… andando por ahí a estas horas… en ese coche? En ese cuerpo. ¿Adonde ibas? ¿Qué buscabas? —se rio con desdén—. Conozco a las de tu clase.

—¡Pues yo no quiero conocer a los de la tuya!

Sus abrasadores ojos se clavaron en el rostro de Claire, y

descendieron lentamente con feroz sensualidad.

—¿Qué te apuestas?

—¡Lo que quieras!

—Estás demasiado débil para levantarte, eres demasiado maleducada para darme las gracias, demasiado mentirosa para admitir lo que eres… tienes una rueda pinchada que probablemente no sepas cambiar. Estás medio desnuda y tumbada en una postura de lo más seductora…

No había duda de la insinuación cargada de sexualidad de su tono.

—¿Medio desnuda? —dijo ella alarmada—. ¿Qué…?

Se calló cuando el motorista la envolvió en sus brazos en la oscuridad. Cuando la tocó, ella recibió la descarga sexual que había estado esperando toda su vida.

De él.

Estaba demasiado impactada para resistirse mientras él le examinaba los moretones y las heridas. Los dedos sobre su piel cada vez eran más calientes.

Combustión instantánea hombre mujer.

Oleadas de calor erótico la invadieron como un turbulento oleaje.

Él se tensó.

Ella se quedó paralizada.

—¡Lo ves! Tenía razón sobre ti —dijo él.

—¡Quítame las manos encima!

El se rio y la levantó bruscamente del suelo. Jirones de su vestido blanco le rozaron los muslos cuando la puso de pie. Cuando se desplomó sobre él, sus grandes manos la sujetaron.

Más vertiginoso calor.

La sangre del corte de su mejilla le había manchado media cara. Lo habían herido por ella. Claire suavizó su expresión y miró su pelo negro, su boca, y luego el corte.

—Es un rasguño —murmuró él.

—Tal vez deberías ponerte algo.

Los ojos de él se ensombrecieron.

—No actúes como si te importase.

—¿Siempre eres tan antipático? ¿O estás haciéndome una demostración?

Él levantó las cejas, la estudió, y volvió a reírse.

Ella sonrió. Se había roto un poco el hielo.

Entonces el aire empezó a cargarse entre ellos otra vez. Él era imponente… y letal. No podía dejar de mirarlo. Y eso la hizo sonrojarse.

—¿Quién eres? —susurró ella, intentando apartarlo, aunque una

parte de ella deseaba seguir entre esos musculosos brazos para siempre.

—Qué importa quién soy.

—¿Eran amigos… tuyos?

—No.

—Me golpeé en la cabeza cuando me caí —dijo ella—. Estoy un poco mareada.

Él le metió las manos por el pelo dorado y encontró el golpe cubierto de sangre seca en la parte de atrás de su cabeza.

Ella dio un respingo.

—¡Ay!

—Tienes un chichón del tamaño de un huevo. Necesitas un médico…

—¡De médicos nada!

Él arqueó sus cejas negras.

—No estás en condiciones de darme órdenes, princesa.

—Nadie puede enterarse de esto.

—De mí, quieres decir.

Él deslizó la mirada por sus caderas, y por sus piernas.

¡Sus piernas! Claire sintió que se ruborizaba por todo el cuerpo. La falda del vestido estaba hecha jirones. Las tiras de tela se enroscaban en la parte alta de sus muslos. ¡Podía verle las bragas!

¡Bragas!

¡Melody y sus gracias!

Claire no llevaba bra…

Con frenéticos dedos se estiró pudorosamente lo que quedaba de la seda blanca para taparse unas bragas que no existían.

—Muy favorecedor —dijo él.

Melody le había dado un tanga la noche anterior en el servicio de señoras, y la había desafiado a ponérselo.

—Un tanga —se burló él suavemente—. Excitando deliberadamente.

—Tal vez a un hombre como tú.

—¡Cuidado! Tú eres la que llevas una provocativa ropa interior… Como decía… lo estabas buscando.

—¡Y tú llevas unos pantalones dos tallas más pequeños!

Él torció su atractiva boca.

—Una buena chica no se fijaría.

Ese era el tipo de provocativo fanfarroneo que hacía Hal… cuando ella se desvestía… cuando se lavaba entre las piernas en lugares íntimos con una esponja bajo la espuma del baño.

—¡Cállate, Hal!

La ávida sonrisa de él se iluminó contra su piel curtida por el sol.

—¿Cómo me has llamado?

—¡Nada!

La deslumbró con otra sonrisa.

—¿Entonces hablas sola?

—¡Métete en tus asuntos!

La furiosa mirada de Claire le hizo sonreír más ampliamente, suavizando sus rudas facciones; a ella le resultó encantadora su sonrisa.

Llevaba la camiseta blanca tan ceñida como los pantalones, exhibiendo su musculatura y su pecho cubierto de vello negro.

—No deberías desnudar a un hombre con esos ojazos azules… porque podría tomarlo como una invitación.

Ella no podía dejar de mirarlo. Sus tensas facciones ejercían una poderosa fascinación sobre ella. Con un gemido, le pasó un dedo por la cicatriz blanca de la ceja.

Una sombra cruzó el rostro de él, y le apartó la mano tan bruscamente que ella gritó. Ceñudamente, se dirigió a grandes zancadas hacia el coche.

—¿Qué he hecho? —gritó ella, corriendo para alcanzarlo.

Él se giró.

—¡No te importo más de lo que tú me importas a mí!

—Así que… tú también tienes miedo.

Los ojos aterrados de él se volvieron más fríos.

Ella estaba segura de que había visto su lado más vulnerable. Ignorando su repentina tensión, se acercó sonrientemente a él. La necesidad de tomar su barbilla entre sus dedos la estremeció.

—Las mujeres como tú solo queréis una cosa —dijo él.

—¿En serio? —se rio ella.

—Abre el maletero —gruñó él—. Enséñame la rueda de repuesto.

Cuando ella no se movió, él se dirigió al callejón. Se agachó en la oscuridad y recogió su teléfono móvil. Cuando se lo dio, sus dedos se rozaron accidentalmente. Él apartó la mano y a ella, sacudida por la misma descargan, se le cayó el teléfono de las manos.

—Eh…

Con rápidos reflejos él lo recogió, se lo volvió a poner en la palma abierta, y le cerró los dedos. No fue exactamente una caricia, pero a ella se le doblaron las piernas.

Por el rápido movimiento de sus cejas, Claire vio que a él también le había afectado. Sus ojos la recorrieron de pies a cabeza, deteniéndose en sus pechos donde ella sujetaba el teléfono.

—¿Es que todo lo que haces tiene que ser deliberadamente sexy? —gruñó él.

—¿Qué? —separando los labios, ella se inclinó hacia delante.

—¿También provocaste a esos tipos? — tiró de ella hacia él—. Vosotras las chicas ricas sois todas iguales. Nos hacéis soñar, desearos, y ni siquiera nos veis… excepto cuando queréis «esto… »

Ella forcejeó, pero él no la soltó.

Eso la enfureció y la asustó. Pero era demasiado tarde para los dos.

Él no quería besarla.

Ella no quería que la besase.

Pero antes de que pudiera pestañear o pensar, su dura boca estaba sobre la de ella, y los labios de Claire se abrieron mientras su lengua buscaba la de ella con un deseo y una necesidad que bajo circunstancias normales la habría humillado.

—No puedes tener esto en tu pequeño mundo de seguridad. Por eso has venido a buscarlo aquí esta noche. Bien, pequeña, vas a tener lo que estabas buscando después de todo. En un instante la aprisionó contra la pared del almacén, y a ella le encantó. Él echaba fuego por los ojos. Su oscuro rostro descendió hacia ella otra vez.

Ella debería haber peleado.

Pero se rindió ante sus devoradores besos. Una dura mano le bajó la cremallera del vestido, y se introdujo dentro, acariciando su cuello, sus pechos, sus pezones rosas hasta que se endurecieron.

Entonces ella sintió su lengua caliente allí, lamiendo las tiernas puntas mientras ella se arqueaba contra su boca.

Él sabía cómo tocar, dónde tocar para encenderla. Cuando se apretó contra él, su otra mano le bajó el tanga y se deslizó por su humedad.

—Esto no está bien —consiguió decir ella en un ronco susurro.

—Tú has empezado —se burló él.

Con un gemido, la levantó y le colocó las piernas alrededor de sus caderas. A Claire se le aceleró el corazón. Nunca había hecho algo así. No podía ser real. Tenía que ser una fantasía.

Claire exploró con los dedos su áspero rostro, y le metió los dedos por el tosco pelo negro. Su boca, sus manos y su cuerpo eran tan duros… y a la vez infinitamente delicados.

Le bajo la cazadora de piel por los hombros, besándolo en el cuello, saboreando su piel, incluso la sangre coagulada que había allí, todo el tiempo murmurando: —Sí… sí…

Él dejó de besarla al instante.

Bruscamente retiró las manos de sus caderas y la bajó al suelo.

—Ya me has dado las gracias —susurró él roncamente. Ella se desplomó contra la pared de madera. El pulso le latía violentamente, y tenía la piel empapada de sudor.

Quinientas invitaciones de boda habían sido enviadas. Los

regalos de boda llegaban hasta el techo de su casa. North, a quien ya habían dejado plantado una vez, acabaría destrozado si lo humillaba públicamente por segunda vez. Y su madre…

Cuando Melody desapareció, la activa y sociable Dee Dee se había sentado en una esquina oscura del salón durante días, sin preocuparse de maquillarse, ni de comer con sus amigas, ni de la casa.

Solo faltaban tres semanas para la boda.

Había hecho elecciones irrevocables. Su madre había invertido meses en ese proyecto.

Su rescatador, si era eso lo que era, estaba furioso. Sus ojos plateados ardían ferozmente.

Ya Claire le pareció guapísimo.

—Vamos a abrir tu maletero —susurró él, y cuando ella no se movió bramó—: ¡Muévete!

—Vale… vale…

Rápidamente Claire se acercó al coche, sacando torpemente las llaves del contacto, y dándoselas.

Cuando ella empezó a temblar, él se quitó la chaqueta de cuero.

—¡Tápate! Soy un bruto —murmuró él ferozmente—, dejarme seducir por ti. Qué estupidez.

Ella enrojeció, sintiéndose avergonzada, y cerró los dedos sobre la suave piel.

—Gracias —susurró.

Cuando se puso la prenda que conservaba su calor y su esencia masculina, su cuerpo se contrajo tan violentamente que casi se la quitó.

Rápidamente él abrió el maletero, y sacó la rueda y el gato. Trabajaba de prisa, aflojando furiosamente las tuercas, y elevando el coche. Ella permaneció junto a él, intentando no pensar en el beso, y admirando su habilidad con el trabajo duro.

Se preguntó qué le habría sucedido.

—Debías de ser muy apuesto antes de…

Cuando él giró la cabeza hacia ella, su dura mirada le produjo una oleada de sensación en el bajo vientre. Claire ahogó un suspiro tímidamente.

—Antes… antes del accidente —continuó.

—¿Qué accidente? —su tono lúgubre la asustó.

Él siguió trabajando en silencio. Y minutos después había terminado.

Cerró el maletero, se sacudió las manos, y le clavó otra ardiente mirada.

—Gracias —susurró ella, mientras el calor se expandía por su cuerpo.

Empezó a quitarse la chaqueta, pero él la detuvo.

—Quédatela. Entra en el coche —como un caballero, le abrió la puerta—. Te seguiré hasta tu casa.

¿Modales? ¿Dónde había aprendido buenos modales?

—No.

—¿Dónde vives?

—Prefiero no decirlo.

—No vas a irte a casa sola hasta que no arregles esa rueda.

—No me pasará nada.

—Vosotras las chicas ricas estáis demasiado mimadas para transigir, ¿verdad, princesa?

—¡Yo… yo no estoy mimada!

—Demuéstramelo —dijo él, arrojándole las llaves y montándose en su moto. — Pero…

—Conozco un mecánico que trabaja hasta tarde.

Claire subió al coche.

—Pero…

—Su taller. O te sigo hasta tu casa. Hasta la misma puerta. Tú eliges, princesa.

—¡No me llames princesa!

En el taller, el motorista siguió dándole órdenes. Su comportamiento retrógrado la enfureció.

Cuando pudo reunir toda su arrogancia, se dirigió a él y le dio en el hombro.

—Ya puedes irte.

Él levantó una ceja.

—Soy una adulta —insistió ella.

—También eres una mujer. Una mujer que ya se ha metido en bastantes problemas esta noche.

—No tienes derecho a decirme lo que tengo que hacer.

—No vas a meterte en ninguno más… No si yo puedo evitarlo… «princesa».

El mecánico, un tipo flaco con una perilla, sonrió ante la conclusión de ese humillante intercambio. Para empeorar las cosas, no dejó de mirarla desde debajo del coche insidiosamente a las piernas.

Cuando el coche estuvo casi terminado, él se unió a ella en el asiento trasero del destartalado coche donde se había sentado en una esquina del taller.

—Ahora ya puedes irte —susurró ella—. Le pagaré y…

—No voy a dejarte aquí sola… a medianoche.

—Puedo cuidarme sola.

—¿Cómo hiciste en el callejón? —dijo él con el rostro implacable.

Claire bajó la mirada. No quería recordar la sensación de completa impotencia cuando esos matones la habían tirado al suelo.

Empezó a temblar, y los ojos se le inundaron de lágrimas.

—Cualquiera se habría asustado —dijo él.

—No… no quiero que me veas… así, pero no quiero que te vayas, tampoco. Quiero… quiero…

No pudo continuar.

Cuando él se inclinó hacia ella, se agarró a sus musculosos brazos, tirando de él.

Entonces la levantó y la abrazó, y ella le rodeó el cuello con los brazos, abrazándolo con una incomprensible necesidad.

—Creía que me iban… —se interrumpió, estremeciéndose.

Él le acarició la mejilla con los dedos.

—No lo hicieron.

—Vas… vas a pensar que soy una estúpida.

Él la apretó contra su duro pecho, y empezó a mecerla con tal ternura que la conmovió.

—No. Tranquila.

—Terminado —dijo una curiosa vocecita detrás de ellos.

Cuando el motorista intentó soltarla, ella no le dejó. Empezó a llorar y a temblar.

—¿Por qué no vamos a tomar un café a alguna parte? No estás en condiciones de conducir —dijo él—. Podría llamar a alguien…

—¡No! ¡Nadie debe enterarse… de esto!

—De mí, quieres decir —sus ojos plateados se endurecieron, pero su voz se suavizó—. ¿Por qué no vamos a mi casa… hasta que te sientas mejor?

Solo entonces ella se relajó y lo soltó.

Apenas fue consciente de que él pagaba y hablaba con el mecánico para dejar su moto allí esa noche.

—Vamos —susurró él, dándole la mano y ayudándola a salir del coche—. Está cerca.

Vagamente, ella vio que él movía los labios. Intentó concentrarse, pero le estallaba la cabeza. Entonces la invadió una oleada de vertiginosa oscuridad.

—Oh, pequeña —lo oyó decir justo antes de tomarla en sus brazos.

Cuando se despertó era como si estuviese en un sueño. Su ropa había desaparecido. Alguien le había quitado todo el polvo blanco y la sangre de la piel. Estaba en una casa rústica que olía a hierba y a mar, tumbada entre sábanas que olían a detergente. Se oían grillos y cigarras y ranas nocturnas. A diferencia de la mayoría de las casas de Texas, la de él estaba sobre el agua de un pantano, y no tenía aire acondicionado. Las ventanas estaban abiertas para que entrase

la fresca brisa marina. Hojas de banano rozaban los mosquiteros de las ventanas y a lo lejos se oía el ruido de las olas. Los olores naturales y el aire húmedo le trajeron recuerdos de su infancia, cuando pasaba los veranos al aire libre… corriendo por la playa.

Entonces la cabeza negra de él se movió en la almohada y ella vio sus rudas facciones a la luz de la luna.

Estaba en «su» cama. Bajo sus sábanas, acurrucada amistosamente junto a su viril cuerpo.

Cuando abrió la boca para gritar, una mano gigante se la tapó. El se puso encima de ella, aprisionándola con su enorme cuerpo contra el colchón.

—No voy a hacerte daño.

Le acarició la mejilla hasta que se calmó.

Cuando Claire cerró los ojos, él la soltó. Pero ella permaneció en sus brazos, disfrutando de su aterciopelada caricia mientras escuchaba los sonidos de la noche. Las yemas de sus dedos la abrasaban, recorriendo sus párpados y sus cejas, acariciándole los labios y la curva de la nariz. Su exquisita ternura la hizo estremecerse.

La hacía sentirse especial, querida, amada… por él. Lo cual era extraño. Tenía a North, que era su querido amigo… a su familia.

¿Por qué nunca se había sentido así antes? ¿Tan completa? Siempre había tenido que salvar obstáculos para que la quisiesen.

Había tenido que demostrar que era mejor que su hermano muerto. Había tenido que demostrar su valía a la familia de North. Y siempre había estado Melody ahí. Melody, con su alegre disposición y su gracioso sentido del humor. Melody, a la que era tan fácil querer.

Con ese hombre Claire podía ser ella misma. Simplemente podía ser.

«Tú padre lloró cuando la enfermera le dijo que eras una niña».

Toda su vida Claire había tenido que demostrar a su padre que era mejor que el precioso hijo que había muerto. Pero hiciese lo que hiciese, nunca estaba a la altura de las expectativas de su familia, ni de las suyas.

Cuando el motorista retiró la mano de su cara, se sentía infinitamente calmada. Le agarró los dedos largos y delgados, y se los besó uno a uno, agradeciéndole ese excepcional regalo de aceptación.

Sus ojos grises la miraron fijamente a los ojos.

—¿Cómo puede ser esto? —susurró ella—. ¿Cómo puede ser?

—Viniste buscándolo.

—No.

—Admítelo.

Se quedaron mirándose fijamente el uno al otro. Entonces una ráfaga de viento golpeó una de las contraventanas. Él se levantó, y fue a asegurarla. Cuando volvió, se tumbó otra vez junto a ella.

Claire estaba demasiado asustada para moverse, para hablar. Demasiado asustada de sus intensas e inexplicables necesidades.

Asustada de las de él, también.

Pero estaba más asustada todavía de la soledad de su vida, de la soledad que volvería cuando ese sueño con él terminase.

Cerró los ojos y fingió que estaba dormida. El la dejó fingir, y pronto, demasiado pronto, lo estuvo realmente.

La pesadilla de su infancia volvió.

Estaba perdida. Sola en la oscuridad.

Separada de su familia y de todo cariño.

Aterrada.

Capítulo Cuatro

Claire estaba perdida, corriendo. Estaba tan oscuro que no podía ver. Entonces alguien la llamó: —Bomboncito.

Se despertó de pronto en una inmensa cama bañada por la luz de la luna. Un ventilador en el techo giraba sobre ella como una araña negra gigante. Se estremeció, intentando encontrar sentido a las extrañas formas y sombras de esa habitación desconocida. Una monstruosa silla con una cazadora negra de piel sobresalía como un friso de la pared blanca de madera.

—Solo era una pesadilla —dijo una voz grave y soñolienta a su lado—. No hay tipos malos. Estás segura en la cama… conmigo…

«Bomboncito».

Bomboncito. El apelativo preferido de Hal.

Un pendiente de plata brilló siniestramente en la oscuridad.

¡El motorista!

—No dejabas de decir Bomboncito y Hal en tu sueño.

Lentamente Claire enfocó al increíble hombre que estaba a su lado. Vio unos risueños ojos grises y unas espesas cejas negras. Un mechón de pelo negro azulado le caía por la frente. Sus facciones, incluso su larga nariz rota, su obstinada barbilla, todo parecía tallado en madera negra pulida. Sus hombros eran peligrosamente anchos. Si no exactamente guapo, era seductoramente masculino. Por alguna extraña razón, no le daba ningún miedo.

Bostezando, él se giró hacia el otro lado, llevándose toda la sábana.

Desnuda, Claire se cubrió los pechos y tiró de la sábana.

Él se rio, sin ninguna vergüenza de estar completamente desnudo.

—Eras más dulce dormida.

Ella le lanzó una mirada asesina y se quedó boquiabierta cuando vio la exuberante forma masculina tendida a su lado.

Rápidamente bajó la mirada, pero no antes de que la impresión de su musculosa figura y su pecho cubierto de vello negro hubiese grabado una imagen imborrable en su mente.

—¿Dónde está tu ropa?

—¡Tú me has quitado las sábanas, señorita!

—Oh…

Rápidamente ella tiró de un extremo de la sábana y se la echó por encima.

—Gracias.

Él se cubrió lo esencial y se puso de lado, apoyando la cabeza en sus bronceados brazos.

Su mirada la hizo ruborizarse con timidez.

Remilgadamente, se subió la sábana hasta el cuello.

—Tengo que irme.

—No hasta que salga el sol, señorita.

—¿Quién te ha nombrado mi carcelero?

—Tú guardián, pequeña. Piensa que soy tu caballero de brillante armadura… que ha arriesgado su vida para salvar tu honor.

—No veo ninguna armadura.

—Es incómoda en la cama.

—Y en cuanto a salvar mi honor… no tenías la más mínima intención…

—Creía que estabas buscando a un hombre que te sedujese. Perdón por ofrecerte mis servicios.

Su bronco susurro y su irreverente sonrisa la pillaron desprevenida. Una tangible necesidad corrió como azogue por sus venas. Pero cuando él estiró su brazo hacia ella, Claire se sentó rápidamente en el borde de la cama, y se envolvió en la colcha de algodón.

—¿Dónde está el baño?

—Prefiero acurrucarme en la cama cuando me despierto, Bomboncito.

—¡No me llames así! ¿Dónde… ?

Sonriendo, él le indicó una puerta con la cabeza, y ella salió disparada.

Whiskers se echó sobre el felpudo de la cocina, revolcándose con entusiasmo y ronroneando mientras Tag le acariciaba la tripa negra.

—Estás enganchado a esto, ¿verdad, compañero?

La primera vez que Tag vio a *Whiskers*, era un gatito enclenque muerto de hambre, comiendo en la basura.

—Bueno, ya está bien.

Dando un sorbo a su café, Tag salió de la cocina en dirección a la puerta del cuarto de baño, por tercera vez desde que ella había entrado.

La puerta estaba entornada y podía verla.

Estaba mirándose al espejo, poniendo caras dramáticas, y susurrando.

Un gran diamante brilló cuando ella levantó la mano izquierda. Se lo quitó y lo metió en su bolso. Minutos después salió de puntillas.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó él.

Al oír su voz, se quedó paralizada.

—Estás muy sexy con mi ropa, preciosa.

Sobresaltada, Claire se llevó la mano a la camisa, alisando la tela negra de algodón sobre sus exuberantes pechos con lo que sus pezones se endurecieron.

—Es demasiado grande —dijo ella.

—Sí.

La ancha camisa negra y los pantalones vaqueros dejaban poco a su imaginación.

Pero como Tag ya sabía el cuerpo tan estupendo que tenía, el que estuviese oculto lo tentaba. Y su pelo… aun recogido en una cola de caballo que la hacía parecer una niña, tenía un tono de seda amarilla de lo más extraño. Había estado tocándolo, enroscando los dedos en los suaves mechones cuando ella había apoyado la cabeza en su hombro mientras dormía. Sus ojos eran de un azul luminoso y oscuro. Y sin embargo inocentes. Dulcemente inocentes.

—El negro es definitivamente tu color — murmuró el.

En la tela negra, su piel parecía más pálida e incandescente a la luz de la luna.

Incluso sin maquillaje, sus apetecibles labios eran rojos como el rubí. Mirarla era un festín de sensualidad.

Le agradaba tenerla en su casa.

Encajaba. Pegaba.

El anillo.

Estaba comprometida. Como todas las mujeres ricas que iban a Shorty, ella tenía un hombre rico y seguro en un puño.

Deseó agarrarla en ese momento, descargarse en ella, demostrarle que era como las otras. Sin embargo no quiso estropearlo.

—Te he visto a través de la rendija de la puerta— mirándote al espejo…

—¿Cómo te atreves… ?

—¿Con quién estabas hablando ahí dentro?

Claire se ruborizó.

—Con nadie.

Él sonrió.

—Tienes una gran imaginación.

—Mi madre dice que es un defecto.

—¿Quieres un café?

Cuando ella asintió con la cabeza, sonriendo ante el cambio de tema, él la llevó a la cocina.

Mientras le servía el humeante café negro, Tag no podía dejar de mirar la cremosa curva de su cuello expuesta porque no se había abrochado los dos botones superiores de la camisa. Su piel resplandecía como la miel en su camisa negra.

Era un sentimiento peligroso y loco, pero por un instante sintió

que estaba otra vez en Nueva Orleans cuando su padre acababa de adoptarlo. Sintió que podía ser feliz con esa mujer, que haría cualquier cosa por ganarse su respeto y su admiración.

—¿Tienes hambre? —susurró él de pronto, y ella asintió con la cabeza—. ¿Qué tal una tortilla?

—Cualquier cosa.

Su respuesta entrecortada prendió en su imaginación mientras ponía una pesada sartén en el fuego, y cascaba los huevos. En poco tiempo estuvo junto a ella en la mesa compartiendo una esponjosa tortilla con pan tostado.

—Eres un buen cocinero —dijo ella.

—Un cocinero muy sensible. Me gusta que mis invitados se lo coman todo y me hagan cumplidos. Claire sonrió pícaramente.

—Es la mejor tortilla que he comido en mi vida. Cada bocado es un puro éxtasis.

Otra palabra prendida en su imaginación.

La enseñaría el éxtasis. Deseó pasarle la lengua por el nacimiento de su dorado cabello. Deslizar las manos bajo la tela negra y tomar sus pechos en ellas.

Arrancarle los pantalones vaqueros. Hacerla suya.

—Éxtasis. Me gusta como suena. Sigue hablando, preciosa.

Ella se rio entre bocados.

—Podrías ser un chef… —dijo ella, lanzándole una radiante sonrisa.

«Preferiría ser tu amante». Él sonrió tímidamente, avergonzado del egocéntrico placer que encontraba en sus cumplidos.

—Vale. Vale.

—Y eres un buen anfitrión.

Aquello lo sorprendió. Nunca había tenido una simple conversación con ninguna de las mujeres que había llevado allí. Solo sexo.

—¿Ah, sí?

Claire se quedó inmóvil bajo su silenciosa mirada, y bajando la voz, susurró: —Demasiado bueno. Haces que me sienta aceptada… como si fuese especial.

Su cumplido lo escoció, tal vez porque así era como ella lo hacía sentirse a él.

—Tal vez lo seas.

Ella se levantó rígidamente y llevó su plato al fregadero. Cuando volvió a sentarse y dio un sorbo a su café, parecía pálida. Las hojas de los bananos no se movían, fuera el viento había cesado. La pequeña cocina estaba tan silenciosa que lo único que Tag podía oír era su propio corazón. Era una desconocida, pero su presencia femenina y sensual lo ponía a cien. Su inquietud aumentó. Se

levantó y fue a fregar los platos. Cuando terminó, sacó una botella de whisky y se sentó, echando un chorro a su café.

—¿Quieres?

Ella se mordió el labio inferior nerviosamente y sacudió la cabeza.

Tag dio un trago de whisky, que le abrasó la garganta.

—¿Bueno, cómo es que hablas con el espejo, preciosa?

—No deberías haberme espiado.

—Ese es otro tema. ¿Por qué hablas sola?

Él observó sus labios color rubí mientras ella daba un sorbo a su café y luego dejaba la taza ladeada en el plato.

—No debería contártelo —empezó ella, hipnotizándolo con la mirada.

—Oh, adelante. Ambos estamos arriesgando mucho esta noche —dijo él.

—Yo era una niña muy tímida y solitaria. Solía leer todo el tiempo… y las cosas que sucedían en los libros eran muy emocionantes. Cuando era pequeña solía sentarme delante del espejo y disfrazarme, fingiendo que estaba en algún lugar exótico sobre los que leía. Siempre estaba con un pirata o con un bandido… haciendo cosas prohibidas y audaces.

—¿Entonces te gustan los piratas?

Tag se echó más whisky en el café.

Ella frunció los labios mientras lo miraba.

Entonces se levantó tan rápido que casi tiró la silla.

—Eh… eh…

Recobrando la compostura, ella se dirigió por el largo pasillo hacia su estudio. Miró las estanterías con desenfado, pasando el dedo por los libros, y por los montones de revistas de propiedades e inversiones, aprendiendo sobre él sin preguntar, mientras que él no sabía ni una maldita cosa sobre ella.

—No conozco a ningún pirata —dijo ella finalmente.

—Me conoces a mí.

—No quiero hablar de esto. No contigo — hábilmente cambió de tema—. Tienes la casa muy arreglada.

Él torció el gesto.

—Quieres decir para un tipo de los bajos fondos como yo.

—No he dicho eso —ella se detuvo y puso derecho un cuadro de una marina—. Me refiero a que la casa es sencilla y acogedora. Con estilo… nada sobrecargada.

—¿Qué esperabas?

—Otra cosa —sonó un poco desilusionada —. Pensaba que serías más salvaje.

—Eh, que no soy tan manso.

Terminó su café de un trago, y arrojó furiosamente la taza vacía a una esquina, haciéndola pedazos.

Ella lo miró, sorprendida.

—¿Por qué has hecho eso?

Tag quiso agarrarla, pero ella lo esquivó.

—Tranquila —susurró el—. Solo quería demostrarte… que tengo un lado salvaje.

—En cuanto a la casa —continuó él, todavía a la defensiva—. Tengo ayuda. Una señora que vive con su hijo en la casa de atrás. Un buen chico. Aunque un poco ruidoso a veces.

Ella continuó por el pasillo, metiéndose en su estudio.

—Más libros. Debes de leer un montón.

Él la siguió.

—Mucha gente solitaria lee. Es un hábito que tengo desde que era pequeño. En la biblioteca del colegio había una señora muy amable.

Ella lo estaba mirando, haciéndole respirar demasiado fuerte.

—¿Así que —continuó él—, soñabas con piratas porque eran… excitantes?

—Preferiría hablar de ti.

—Vale —dijo él.

—¿Cuál es tu libro favorito?

—Cualquier libro de los que estoy leyendo. Fundamentalmente leo biografías. No leo ficción. No me gustan las novelas. Son…

—Demasiado emotivas —concluyó ella.

—Tal vez. Ahora te toca a ti. ¿Cuál es tu libro favorito?

—La ensenada del francés. Es una novela.

—¿De piratas?

—¿Cómo…? —ella se ruborizó—. Una mujer casada tiene una aventura con un pirata.

—¿Y elige al pirata o a su marido?

Ella estaba de pie junto al mosquitero de la puerta, observándolo.

—Su corazón eligió al pirata, pero se quedó con su marido.

Tag sé acercó a ella, arrinconándola contra la puerta.

—Eso no es muy romántico.

—Oh, lo era… en el libro —dijo ella entrecortadamente, agarrándose a la puerta. Estaban tan cerca que Tag podía percibir su dulce fragancia femenina.

—¿Entonces la mujer tuvo una aventura?

Ella miró su rostro tallado con silencioso anhelo.

—Tus ojos son de un gris de lo más frío y sin embargo… arden… como ningunos ojos que haya visto en mi vida —Claire se estremeció—. Apuesto a que los piratas no tenían unos ojos tan

ardientes…

El adoptó una expresión dura e insolente.

«Niña, no pienses lo que estás pensando.

Las fantasías son peligrosas en la vida real».

Sacudiendo la cabeza, ella abrió el mosquitero de la puerta que tenía detrás y salió al porche. Tag la siguió, pegado a sus talones. Cuando Claire bajó a la hierba, él se puso justo detrás de ella. La noche olía a hierba mojada y aire salado, y se podía oír el suave romper de las olas más allá.

No lejos de la casa, ella se detuvo y miró su hamaca bajo los árboles, el embarcadero donde estaba su barco de pesca preferido y la bahía que se extendía hacia el horizonte iluminado por la luna.

—Qué bonito es esto… me gustan esos robles casi doblados por el viento. Me gusta la luz de la luna reflejada en la bahía.

—No creo que exista otro lugar como Rockport, pero nunca me había fijado en lo hermoso que es.

Él no estaba mirando la familiar bahía, estaba devorándola a ella con la mirada.

Temblorosamente, Claire se cerró el cuello de la camisa.

—Definitivamente el negro es tu color, encanto —se repitió él con los ojos brillantes.

Quiso abrazarla, estrecharla contra su cuerpo, saborearla otra vez, pero ella se apartó.

La música procedente de uno de los locales favoritos de Frenchy llegó a sus oídos.

—Me gusta esa canción —dijo ella.

—Me apetece bailar —murmuró él—. ¿Y a ti, preciosa?

—¿Qué? ¿Aquí?

—Haz como si fuese el pirata de tu fantasía.

Él extendió la mano y se inclinó, invitándola a bailar sobre la hierba bajo los retorcidos robles y la luna plateada. Ella miró su mano extendida, después su oscuro rostro, y por último miró sus ojos, que brillaban con apasionada ternura.

Tag no esperaba que la escena despertara su romántica imaginación, y se sorprendió cuando ella adoptó una expresión soñolienta y voluptuosa. Se ruborizó, pero extendió sus cálidos dedos sobre los de él.

Tag le rodeó la cintura con el brazo y la atrajo hacia sí.

Enseguida estaban moviéndose en perfecta armonía al ritmo de la música.

Cuando ella apoyó la mejilla en su hombro, a Tag se le aceleró el corazón.

—¿Entonces… cómo te llamas? — preguntó a la ligera.

—Nada de nombres.

—Hemos compartido violencia, una cama, una comida, café… —Tag sintió que a ella se le aceleraban los latidos del corazón—. Estás en mis brazos…

—Nada de nombres —insistió ella, respirando hondo—. Son demasiado personales. Esto es un sueño. Solo un sueño.

—¿Señorita X? —Tag echó la cabeza hacia atrás y la miró pensativamente—. Supongo que eso me convierte en el Capitán X. El mismo apellido. Parece como si estuviésemos casados.

Ella se estremeció e intentó soltarse, pero él apretó los brazos, abrazándola más fuerte, tanto que cada vez que él se movía, sus muslos se rozaban íntimamente, abrasándolo, provocándole oleadas de calor en cada nervio.

Ella se rio tímidamente.

—Es imposible que acabaras casada con un tipo como yo en la vida real —susurró él contra su pelo, besándola en la cabeza.

La voz de ella fue baja y triste.

—Imposible.

—Pero en tu imaginación te enamoras de bandidos y piratas.

—No debería habértelo contado.

—¿Sabe alguien cómo eres en realidad y lo que te excita?

—Las buenas chicas no hablan de esas cosas.

—¿Ni siquiera con sus novios?

Ella se quedó callada.

Tag dejó de bailar.

—¿Cómo es que me estás contando eso a mí esta noche, en vez de a él?

—Hemos discutido —ella bajó la cabeza —. He sido una tonta.

—Pero todo ha cambiado.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a Rusty… a Hank. A ese callejón. Me refiero a tu vestido roto, a ese golpe en la cabeza. Me refiero… a esta noche. Al destino. A ti. A mí. A nosotros.

—No hay un nosotros…

—Así que te irás a tu casa y harás como si nunca me hubieras conocido.

Ella apretó la mejilla contra su pecho otra vez.

—Tengo que hacerlo. Mi vida es perfecta.

Los ojos de él centellearon sobre sus labios.

—En la superficie tal vez.

Él se movió tan rápido que no tuvo oportunidad de eludirlo. Lo primero que ella sintió fue el calor de su aliento contra su mejilla. Luego su boca cubrió la suya. Claire cerró los ojos y contuvo el aliento, expectante.

Antes de que ella pudiera rendirse, él le soltó los hombros y la

echó hacia atrás.

—¿Y cómo es que te derrites cada vez que te toco?

—No… por favor…

—Cielo, es muy fácil pensar en una vida que aparentemente es la vida que quieres.

Eso es lo que cree todo el mundo en este país. Puedes tener un marido estupendo, una casa estupenda, un coche estupendo…

pero si todas esas imágenes son falsas, no significan nada. Algún día te encontrarás sola, sintiéndote vacía, y consumida. Lo sé…

—se contuvo—. Perdona, me he dejado llevar.

—No te disculpes —Claire lo miró con intensa emoción—. ¿Que hay en ti… ? —dijo con sobrecogimiento en su voz—. ¿Por qué, oh, por qué… por qué siento… ? —se interrumpió, metiéndose entre sus brazos otra vez—. Baila conmigo. Abrázame —le rogó—. Sé que debería salir corriendo. En este instante. Pero al mismo tiempo deseo que esta noche dure siempre.

—He aprendido que nada existe para siempre. Solo existe el ahora. Este instante. Tú. Yo. Si es bueno… a por ello.

El calor de ella lo consumía. Su inocente olor lo mareaba.

La estrechó entre sus brazos, haciéndola girar sobre la hierba. Ella se dejó llevar, riéndose. Deseó besarla, y llevarla a su cama.

Sintió el calor de su cuerpo, la ternura de sus pechos. Entonces ella dio un traspié, cayendo sobre él. Tag la sujetó, y la apretó contra el. Cuando la canción terminó, la atmósfera entre ellos era eléctrica.

La brisa marina agitó las hojas de los robles. Un extraño escalofrío los recorrió.

—Bésame —susurró ella, casi sin respiración.

—¿Y tu vida real? ¿Y mañana?

—Has dicho que no podía irme… no hasta que saliese el sol —sus impresionantes ojos azules, le absorbían el alma—. Has dicho… que más da lo que has dicho. Bésame…

Pretendiendo darle un rápido beso, Tag tomó su rostro entre las manos. Tal vez ella careciera de experiencia, pero era devastadora. Enroscando los brazos alrededor de su cuello, ella le introdujo la lengua en la húmeda abertura de sus labios, besándolo demasiado ávidamente para un inocente beso.

Sus manos. Sus abrasadoras manos recorrieron todo su cuerpo. Ella era inocente e inexperta, pero sus torpes exploraciones, su natural desinhibición lo excitaba más que todas sus expertas amantes anteriores.

Había algo limpio, puro y auténtico en todo lo que ella hacía. Ella era todo lo que había soñado alguna vez.

Un calor líquido, girando en espiral, lo atravesó. Un grave

gemido salió de su garganta. Ella se echó hacia atrás, sorprendida. Sus mejillas estaban rojas y su boca hinchada cuando empezó a desabotonarse la camisa negra.

Tag le pasó los dedos por el pelo, conteniendo el aliento mientras ella se desnudaba. Quitándose la camisa, se quedó de pie delante de él, con sus turgentes pechos brillando a la luz de la luna.

—Dime quién eres —susurró el.

—Nada de nombres.

Así que era como las otras.

Ella le tiró la camisa y salió corriendo. Tag la persiguió por la hierba, hasta las sombras de los árboles. Cuando ella salió de unos matorrales hacia la casa, saltó sobre ella.

Tomándola en brazos, la llevó dentro. Allí la aprisionó contra la pared. Con su mano libre, le acarició lentamente el cuello, los hombros, los pechos.

—No me hagas parar —masculló el.

—Oh… oh —susurró ella con la voz asustada cuando sus dedos frotaron sus pezones hasta que se endurecieron. Luego los succionó, primero uno y después el otro.

—Por favor… oh… por favor… —dijo ella con la mirada perdida.

—¿Por favor… qué?

—Me… me… me da mucha vergüenza pedírtelo, pero… —una cortina de lágrimas vidrió sus ojos—. ¿Te importaría fingir que… hacer como si… ?

—Cualquier cosa… —murmuró él roncamente.

—¿Serías… mi fantasía de medianoche? ¿Harías del pirata con el que a veces sueño?

—¿Hal?—susurró el.

Había algo tan vulnerable, tan implorante en su mirada azul cuando ella asintió con la cabeza, que lo hizo arder con un deseo que jamás había sentido por ninguna mujer.

Le metió las grandes manos por el pelo, quitándole la goma, y la cascada dorada se derramó por sus hombros. Ella se estremeció cuando él recorrió con sus dedos su larga melena perfumada, antes de enterrar su boca caliente en ella, besándola ávidamente en el cuello y descendiendo otra vez hasta sus pezones que seguían húmedos de los besos anteriores. Le bajó la cremallera de los pantalones vaqueros, pero ella se apresuró a detenerlo. Él se arrodilló, agarrándole las nalgas, apretando su pelvis contra su cara. Su cálido aliento abrasó la tela que cubría su zona femenina más erógena. Instantáneamente ella bajó las manos a su pelo negro, estremeciéndose.

—Así que mi preciosa virgen sin nombre, quiere que la

desvirguen.

Capítulo Cinco

¿Desvirgada?

Los ojos azules de Claire se oscurecieron con incredulidad y desagrado mientras miraba a la chica con aspecto de mujerzuela, con el cabello rubio alborotado y moretones en el cuello, en el espejo de «su»

cuarto de baño. Todavía podía sentir su excitante sabor en sus labios hinchados.

Apretó los puños y miró su reflejo.

—¡No te conozco! ¡No quiero conocerte!

«Lo deseas. Lo necesitas… muchísimo».

La voz de Hal sonó en su cabeza.

—¡No!

—Te he oído —el viril doble de Hal en la vida real tronó al otro lado de la puerta—. ¡Estás hablando sola otra vez, Bomboncito!

Bomboncito. Hal. No eran reales.

Pero él sí.

Sintiendo que le estallaba la cabeza, se recostó contra la pared. ¿Cómo podía estar sucediéndole aquello? No podía hacer daño a North después de todo lo que él había pasado. Eran la pareja ideal. Ella estaba locamente enamorada de él. ¿Lo estaba? Cuando intentó pensar en el guapo rostro de North, la imagen de un guerrero se interpuso. Unos despiadados ojos grises reclamaban su alma y hacían vibrar cada nervio de su cuerpo de dulce deseo. ¿Por qué sentía que su vida no había significado nada hasta conocerlo a él?

Sintió que se mareaba. El golpe que se había dado en la cabeza. Eso tenía que haber sido. Por eso no era ella misma. Por eso estaba como hechizada.

¡Tenía que salir de allí! ¡Alejarse de él!

¡Antes de que destruyese toda su vida!

Se tocó los reveladores moratones del cuello. Sería imposible explicárselo a North y a su madre. Ese hombre la había besado tan intensamente, que casi la había consumido.

¿Cómo iba a librarse de él? Cada vez que lo miraba sentía su masculina necesidad por ella, y a ella le encantaba a un nivel primitivo, haciéndola sentir que estaría con él para siempre. Lo que era una locura.

Tenía que salir de allí. Inventar alguna excusa. No, no se atrevía a hablar con él.

¿Entonces qué?

Su moto todavía estaba en el taller. Si pudiese llegar hasta el coche y ponerlo en marcha, sin que él se diese cuenta…

Cuando sus duros nudillos golpearon impacientemente la puerta, ella casi se salió de la piel.

—Ya me he disfrazado. Quiero que me veas.

—Estoy segura de que estás estupendo — susurró ella.

—Hasta me he pintado un bigote.

—Es… estoy deseando verlo…

—Date prisa.

Sus contundentes pasos se alejaron por el pasillo, y se oyó un portazo al otro extremo de la casa.

¡Esa era su oportunidad! Cuando abrió la puerta y se asomó, las bisagras chirriaron, lo que la hizo salir corriendo ruidosamente por el pasillo, bajar a toda velocidad los escalones del porche, y volar hacia el garaje.

Saltó al coche, cerró la puerta, y fue a girar frenéticamente las llaves en el contacto.

¡Las llaves no estaban!

Casi se echó a llorar.

—¿Dónde… ? —sollozó, tanteando el suelo—. ¿Dónde… ?

—Aquí, Bomboncito.

Su profunda voz le produjo a Claire un hormigueo en la nuca. Las llaves sonaron por encima de su cabeza. Palideció cuando desaparecieron en la alta hierba de detrás de la casa. Nunca las encontraría, nunca podría irse.

Él abrió la puerta de un tirón y le hizo una reverencia.

—Pensaba que querías jugar a los piratas —se burló él, tendiéndole la mano para ayudarla a salir.

Claire estudió sus largos dedos y sintió que el estómago se le volvía ingrávido.

Tragó saliva.

—Ya no.

—Quieres decir… no conmigo.

Su aterciopelada voz le heló la sangre a Claire.

La luz de la luna se reflejaba en su pelo negro, en los ángulos de su rostro brutal, en el bigote de aspecto malvado que se había pintado. Entonces se arrancó el parche negro que le cubría un ojo y lo arrojó al suelo.

—Nadie me toma el pelo. Ni siquiera tú… señorita X.

Una gruesa vena latía en su garganta.

Sus ojos grises brillaban. Estaba furioso.

—Lo siento —dijo ella con la voz entrecortada—. Te ha debido de costar mucho trabajo hacerte ese disfraz.

Su oscura mirada la atravesó.

—Para complacerte, maldita sea.

Llevaba una camisa de algodón blanco de manga larga abierta, unos pantalones vaqueros ceñidos moldeaban sus musculosas piernas. Incluso había rajado la tela a la altura de los tobillos para parecer más un pirata, y sus pies morenos estaban desnudos. De alguna parte había sacado una tela roja y se la había enrollado a la cintura. Una cadena de oro y una moneda brillaban contra la mata de rizos negros que oscurecía su ancho pecho. Su aro de plata brillaba bajo el pañuelo rojo atado en su pelo de ébano.

Hal. El pirata amante de sus sueños era más guapo de lo que nunca había imaginado, más cautivador también.

Ella se arrodilló y recogió el parche negro.

—Lo siento. Siento haberte causado tantas molestias.

—El premio lo merecía.

La erótica rudeza de su tono, añadió más fuego a los intensos ojos plateados que la abrasaban.

—Estás enfadado. Sé que te sientes rechazado.

—Tú no sabes nada de mí.

—¿Cuál es el problema…?

—¿Por qué pensaba que eras diferente?

Solo querías una aventura… con lo prohibido… con algún desconocido de clase baja a quien desprecias en el mundo real… antes de atarte para siempre a tu lujosa y aburrida vida con un hombre de tu posición.

Me estás utilizando.

—Lo… lo… siento —tartamudeó ella.

—Tú empezaste esto, nena. ¿No tienes agallas para acabarlo?

La agarró, aprisionándole la boca con sus labios violentamente.

¿Por qué era incapaz de luchar contra él?

Sus brazos se enroscaron en su cuello.

Cuando él le introdujo la lengua, ella la recibió con avidez. Él gimió, y la apartó.

—Vete —murmuró con la voz salvaje, y los ojos nublados de agonía—. Vete… antes de que me arrepienta.

Pero su beso había empezado algo que tenía que acabarse.

—No te sientas herido…

—¡Vete al infierno! Vete a casa. Enseguida. Con tu novio rico… vete… antes de que ocurra algo esta noche de lo que nos arrepintamos.

—¿También tú te arrepentirías?

—¿Te sorprende? —preguntó él—. ¿Que no sea un animal? ¿Que pueda sentir algo? Te crees superior a mí. Conozco las de tu clase. Vete a casa. Estoy harto de las mujeres como tú… a las que no les importa… —se detuvo bruscamente.

¿Por qué sonaba casi dolido… casi celoso… y tan desolado a la vez?

Se había disfrazado para ella.

Porque quería complacerla.

La hacía sentirse especial. Por primera vez en su vida.

North no había salido de la fiesta tras ella.

Ese hombre la había seguido hasta un oscuro callejón y había peleado con dos matones por ella. Podían haber estado armados, pero había luchado por ella de todas formas y le había salvado la vida, arriesgando la suya. Luego la había consolado, la había llevado a su casa, la había protegido. Era rudo, pero nadie la había hecho sentirse tan protegida, y tan preciada, tan cuidada como él. Incluso furioso, estaba encantador con ese disfraz.

Deseó más besos suyos, más caricias.

Aturdida, miró su oscuro y malhumorado rostro, sin saber qué hacer.

Él se encogió de hombros con desagrado.

Luego le dio la espalda y se fue.

Si la hubiese abofeteado, no se habría sentido más rechazada.

Entonces una silenciosa voz interior le dijo lo que tenía que hacer.

—No —gritó.

Él siguió andando.

Sin saber lo que hacía o por qué, fue tras él, lentamente al principio. Después echó a correr, arrojándose sobre su ancha espalda.

Rodeándolo con sus brazos, lo abrazó, apretando la cara contra su columna vertebral.

Él se volvió lentamente, examinándola.

¿Estaba imaginándose la esperanza y la alegría que ella vio en esos ojos junto a las dudas y al dolor?

Sin aliento, con el corazón latiéndole atronadoramente, Claire se quedó muy quieta. Sus miradas ardieron.

Tras un largo momento, la lenta sonrisa de él iluminó todo su ser.

—Aclárate, cielo —dijo en ese tono bajo que a Claire ya le encantaba.

Cuando ella lo rodeó con sus brazos, él ocultó el rostro en su cuello, y ella sintió su cálido aliento en la piel.

—Esto a mí también me asusta —susurró él en su pelo—. Todo el mundo que me ha importado me ha abandonado. Incluso yo… me abandoné. Deseaba estar muerto. Pero tú… Tú. ¿Por qué? Empezó a besarla, con labios amorosos y delicados y sin embargo inexorables.

Perdida de placer, ella metió los dedos por el largo y espeso pelo negro de su nuca.

—¿Estás segura? ¿Muy segura? — preguntó él con urgencia en la voz.

Claire asintió con la cabeza.

Él le pasó los nudillos por la mejilla.

—Eres preciosa. Exquisita. Haces que me sienta vivo.

Su siguiente beso fue diferente, más insistente, y sin embargo más suave. Sus manos se movieron sobre ella, acariciándole el pelo, el cuello, cada parte de su cuerpo.

Se deslizaron por debajo de la camisa.

Entonces él ocultó el rostro en sus pechos, estrechándola con fuerza, y suspiró como si soltase algún profundo y amargo dolor.

—Es hora de jugar a los piratas —bromeo él un rato después.

La arrastró con ansiedad por la hierba, hasta el muelle, hasta su barco.

La subió a bordo y empezó a soltar amarras. Pronto el barco estaba navegando por la bahía iluminada por la luna.

—¿Qué estás haciendo?

Él estaba en la cabina.

—Soy un pirata secuestrando a mi dama.

—Esto es un barco de pesca. Eres pescador.

—… entre otras cosas… —su voz se había endurecido—. Te sorprenderías… ¿Pero quién eres tú… en el fondo?

—No… no quiero hablar de mí.

—Déjame adivinar. Manos delicadas. Piel delicada. Cabello sedoso. La vida te ha tratado bien. Dinero. Clase. No tienes que trabajar.

—Trabajo muchísimo.

—Trabajo intelectual, que para ti es fácil porque eres inteligente.

—¿Cómo lo sabes?

—Te gusta leer.

—Cuando tengo tiempo —admitió ella.

—Probablemente has ido a buenos colegios.

—A los mejores —dijo ella quedamente.

—Y tú piensas que yo soy un pobre pescador analfabeto.

—Lees.

Los ojos de él ocultaban secretos.

—Crees que soy inferior a ti. Que no soy lo suficientemente bueno para una dama como tú —la tocó, deslizando sus manos descaradamente por sus pechos, reivindicándola, antes de tirar de ella—. Excepto en esto —dijo él, mirándola letalmente—. Sexo. Soy lo suficientemente bueno para »esto».

—«¿Esto?»

Sus rudas manos se metieron debajo de su camisa, por sus pechos. Ella se puso rígida cuando una mano descendió más abajo.

—Nosotros —dijo él, con la boca sobre la de ella—. Esta noche. Tú y yo.

—No entiendo.

—No quieres entenderlo. Muchas chicas van a los barrios bajos en busca de emociones fuertes.

—Yo no.

—Los hombres hacen lo mismo —puso el piloto automático—. ¿Pero quién soy yo para juzgar? ¿Quieres oír algo gracioso? Me gustaría que tú fueras diferente. Que yo fuera diferente. Que esto fuera especial.

Lo que él dijo la asustó, pero antes de que pudiera protestar, la agarró y se la echó al hombro. Pataleando, Claire dio un grito.

—¡Bájame!

—Tú has empezado este juego.

Bajando rápidamente por las escaleras, la echó delicadamente sobre la estrecha litera.

Ella intentó escapar, pero él la agarró por un tobillo y tiró de ella.

—Yo analfabeto pirata. Tú dama civilizada —se golpeó el pecho, duro como el acero—. Tal vez mañana por la noche nos balanceemos en los árboles y juguemos a Tarzán y Jane —ante la expresión de horror de ella, él se rio—. Ya lo sé, ya lo sé. No habrá un mañana. Quieres que te bese, acabar…

Claire apretó los ojos cerrados y respiró hondo. Eso no era realmente lo que ella quería…

Él la agarró y la besó, echándose encima de ella con su pesado cuerpo en una posición dominante. Claire quería explicarse, así que pataleó y se retorció mientras él le abría la cremallera de los pantalones, bajándoselos por los muslos. Entonces introdujo su mano dentro de ella.

Lo que fuese a decir ella para defenderse, murió en sus labios. Empezó temblar de placer. Apretó los ojos cerrados, apartándose de él tímidamente pero aferrándose a la vez a él.

—Estás muy tensa.

—Soy virgen.

Él vaciló.

—Siempre tiene que haber una primera vez —dijo él quedamente—. ¿Quieres que sea yo?

Ella lo miró. Por extraño que pareciese, sí quería. Entonces asintió con la cabeza.

Cuando sus dedos encontraron resistencia, él insistió, acariciándola delicadamente hasta que ella se humedeció más y

empezó a gemir. En segundos él había traspasado la barrera y ella estaba jadeando y arqueándose en su palma, retorciéndose, gritando, rogándole que la tomase.

El hundió los dedos. Profundamente. Muy adentro.

—Nosotros.

Ella gritó ante la exquisita presión, aunque sentía cierto dolor.

Él se detuvo y esperó. Solo cuando ella se lo pidió, continuó. Pronto el dolor se convirtió en placer, y ella ardió.

Él sonrió.

—Nosotros —la miró a los ojos, con el dedo dentro de ella—. Dilo, di nosotros.

—Nosotros —repitió ella débilmente, deleitándose con la intimidad de su caricia.

En la boca de él se dibujó una lenta y triunfante sonrisa. Con habilidad movió la mano, y ella estalló.

La dejó descansar. Entonces se quitó el pañuelo de la cintura y le vendó los ojos.

—¿Por qué? —susurró ella, asustada, tocando la tela que le cubría los ojos.

—Confía en mí. Confía en ti misma. Llevas años deseando esto —dijo él—. Si no me hubieses conocido, podrías haber vivido toda tu vida sin ello.

No lo deseaba. No solo sexo. Era a él a quien deseaba.

—Ahora imagínate que estás en un barco pirata —prosiguió él —. Yo soy el capitán pirata y tú eres mi prisionera, mi esclava, parte del botín, y tienes que complacerme o te entregaré a mis hombres.

A ella se le hizo un nudo en el estómago de extraña emoción.

—Desnúdate, señora mía —su voz grave y dura la hizo estremecerse y la calentó por todas partes—. Lentamente.

Las palabras de Hal.

—He dicho que te desnudes.

Una sensación de impotencia se adueñó de ella. Por alguna razón ese hombre conocía todos sus secretos y sus más desvergonzados deseos. Tragó saliva y torpemente empezó a desabotonarse la camisa negra. Lo oyó gemir gravemente de placer cuando se la deslizó por los hombros, por los pechos y la dejó caer. Durante un instante permaneció allí tendida, ruborizándose porque no sabía dónde tenía él los ojos, y sin embargo podía sentir su excitación abrasándole el cuello, los pezones, el ombligo.

Apresuradamente, porque se sentía tímida e insegura, se quitó los pantalones vaqueros, y se hizo un ovillo en una posición fetal, intentando ocultarse.

—No —gruñó el—. Despacio. Estírate… completamente.

Sedúceme… pero hazme esperar.

—¿Cómo?

—Eres una mujer. Y hermosa. Muévete. Ondúlate. Pásate la mano por el cuerpo. Abre las piernas.

Tímidamente ella se acurrucó en el cuerpo de él y dobló una rodilla.

—Toma mi mano, cielo. Ponía donde más desees que te toque. Utilízala como quieras… para complacerte.

—Yo…

—El sexo es lo más placentero del mundo… si te dejas llevar.

Una fuerza externa a ella tomó la mano de él y la puso en la cara interna de su muslo. Pronto estuvo arqueándose bajo sus caricias.

—Bésame —susurró ella.

Con la lengua, él le acarició los pechos.

Entonces metió los pulgares por la goma de sus braguitas tanga y se las sacó por las largas piernas.

—Ahora desnúdame, preciosa —dijo él en ese tono áspero y malicioso.

Ciegamente, se sentó encima de él, sobre su estrecha cintura. Por alguna razón, se apoderó de ella la necesidad de recorrer con sus dedos su nariz, sus cejas, la belleza tallada de sus viriles facciones. Luego con manos temblorosas bajó por su cuello y su torso hasta agarrar los bordes de su camisa.

—Quítamela. Bésame —susurró él, con la respiración entrecortada. Poco a poco, ella le quitó la camisa blanca, recorriendo con los labios su torso desnudo, su velludo pecho.

—Bájame la cremallera.

Ella vaciló.

—No lo pienses. Solo hazlo.

Él le agarró la mano, y ella obedeció, no porque la obligase, sino porque quería.

Cuando le hubo bajado la cremallera, la guió para que metiese la mano dentro y lo tocase como él la había tocado antes, y cuando lo hizo, él se incendió, igual que ella.

Él sacó un preservativo del cajón y se lo puso. Entonces se giró, cubriéndola completamente. Le introdujo la lengua dentro de la boca en el momento en que empujaba profundamente con su cadera.

Ella habría gritado, pero él la silenció con sus besos. Le quitó el pañuelo de los ojos, y empezó a moverse, introduciéndose una y otra vez dentro de ella, y cada vez que lo hacía, ella se sentía más íntimamente unida a él. La llevó cada vez más alto por un torbellino de fantasía, mucho más maravillosa que su sueño más salvaje.

Aplastada debajo de él, sintió sus brazos tensándose en torno a ella. Él se sumergió una y otra vez, hasta que finalmente se perdió en sí mismo y la oscura desesperación de su alma se hizo pedazos en una oleada de deseo por ella.

Cuando todo acabó, ella se quedó en sus brazos, demasiado conmocionada para moverse.

Sexo.

No solo sexo.

Lo miró tímidamente.

La mirada de él era incluso más recelosa que la de ella, y su voz había cambiado infinitamente.

—Ya te dije que era un juego peligroso, preciosa.

—¿Por qué ha ocurrido esto?

Él le retiró el pelo de la frente.

—Es fácil hacerse adicto a experiencias tan placenteras. Uno de nosotros podría no querer que terminase.

—Todos los juegos tienen un final.

—Si en realidad es un juego —él se detuvo—. El amor es un factor imprevisible.

—¿Amor? —susurró ella débilmente.

—Sexo entonces. Lujuria. Nosotros. Llámalo como quieras. Una noche como esta puede cambiarlo todo.

Ella apartó la cara.

—¿Lujuria y amor… es lo mismo para ti?

Él le pasó los nudillos por la columna vertebral.

—Cuando un hombre tiene suerte.

—¿Como esta noche? —susurró ella.

La voz de él sonó repentinamente oscura, perdida.

—Creía que estaba teniendo una mala mano esta noche. Entonces apareciste tú.

—¿Qué quieres decir?

—Una vez fui bueno en el juego. Las apuestas eran altas… como esta noche. Pero yo era un ganador… siempre… hasta la última mano. Cuando perdí, perdí mucho. No eres la única que tiene secretos, amor.

Amor. La expresión de cariño encendió el alma de Claire.

Él empezó a besarla, y ella enseguida se puso a temblar, protestando, suspirando, para sucumbir a la magia otra vez.

La segunda sesión fue más dulce, más salvaje. Duró más.

Cuando terminó, ambos estaban demasiado sobrecogidos para hablar. Y él se quedó dentro de ella hasta que se quedó dormida profundamente.

Se despertó a medianoche, le dolían todos los músculos del cuerpo, pero su corazón estaba más jubiloso que en toda su vida. La

casa de la playa está bañada por la luz de la luna. Sus cuerpos estaban unidos, sus brazos y piernas enredados, fláccidos de satisfacción.

Al volver del barco, habían caminado con el agua tibia hasta los tobillos, y habían recogido plumas y caracolas. En la cama, ella había recorrido su torso con una pluma mientras sus ojos la recorrían abrasadoramente. Él le había devuelto el favor, solo que con más habilidad.

Roja de vergüenza, revivió todo lo que habían hecho, todo lo que él había hecho, cada mirada, cada lujuriosa caricia que habían compartido. Y al final, ella había llorado de emoción, y de gozo, y de pérdida al pensar que no volvería a verlo. Él le había hecho promesas, tan dulces que ella no podía dejarle mantenerlas. Cuando miró al suelo, su disfraz de pirata, la ropa que le había dejado, así como las plumas y las caracolas plateadas estaban desparramadas por todas partes.. Lo miró con ojos conmovidos.

Tenía que salir rápidamente de allí. Su instinto le decía que ese hombre la deseaba a un nivel más profundo del que nadie la desearía jamás, y que todo lo que tenía que hacer era tocarla para conservarla.

Sin embargo, durante un rato permaneció entre sus brazos, deleitándose con el calor de su respiración. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Era tan agradable yacer allí con él.

Entonces él murmuró una palabra cariñosa, recordándole que no podía arriesgarse a que se despertase y la encontrase allí.

Soltándose de sus brazos, Claire se vistió apresuradamente.

Pero en la puerta cometió el error fatal de volverse a mirarlo. Su masculina belleza la dejó paralizada. Esa última mirada a su cabeza oscura y a su cuerpo bronceado, hizo que se le acelerase el corazón con nuevas punzadas de dolor.

Con un sollozo ahogado, se agachó y recogió su parche del ojo, una pluma y una caracola. Todo un tesoro…

Cuando se incorporó para irse, las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas.

Tal vez por eso no se dio cuenta de que se le había caído el monedero del bolso.

Él emitió un sonido, y estiró el brazo. Ella salió corriendo rápidamente por el pasillo.

Capítulo Seis

Tag se despertó con el estruendo de un motor y el chirrido de neumáticos. Con sensación de vértigo, se sentó de golpe en la cama mientras un deportivo rojo se alejaba por la carretera.

Las sábanas estaban frías. El lado de la cama de ella estaba vacío.

Su ausencia lo golpeó como una bofetada. Por un momento se quedó sin aliento.

Bien. ¡Se había ido!

Como su madre. Como su padre. Como las mujeres que iban al bar y lo utilizaban sexualmente.

Sin saber por qué su corazón palpitaba tan violentamente que pensó que iba a explotar.

Lo que era absurdo. Apenas la conocía. Lo último que esperaba era un cuento de hadas.

Pero ella había sido tan dulce… las sábanas del barco estaban manchadas con su sangre. Recordó cómo se había aferrado a él al final, cómo había llorado…

—Lloro porque ha sido precioso, perfecto… porque te adoro —había susurrado ella, abrasándolo con sus luminosos ojos—. Porque no puedo volver a verte.

Las palabras que se decían durante el sexo no debían creerse, sin embargo no podía olvidar lo que ella había dicho. Él también le había dicho cosas igualmente tiernas a ella.

—No tiene por qué ser así —la había estrechado entre sus brazos, creyendo que en ese momento podía protegerla de todo dolor—. Me importas.

Con los ojos inundados de lágrimas, lo había mirado con tal fervor, que lo había hipnotizado.

—Si solo…

—Yo no soy lo que tú piensas —había susurrado él—. Dime quién eres.

—Shhh.

Ella había tomado su rostro entre las manos con cariño, y le había puesto el dedo en los labios. Luego había besado las comisuras de su boca, la punta de su nariz, su frente. Finalmente había apoyado su tierna mejilla en él, apretándose contra su cuerpo, y él se había quedado completamente envuelto en el calor perfumado de sus piernas y sus brazos.

Exhausto, se había quedado dormido en sus brazos.

Pero ella se había ido. Anónima como todas las demás.

Le había dado algo de lo que fanfarronear cuando se emborrachase. Como si la hubiese compartido, de alguna manera, con esos bastardos.

Era virgen.

Él había sido su primer amante.

Lo que no significaba nada.

O sí…

Tag se pasó las manos por su pelo negro alborotado, diciéndose a sí mismo que no estaba esforzándose por oír el coche mucho después de que se hubiese ido.

Trousers abrió la puerta con el hocico, cruzó la habitación y apoyó la cabeza en la cama, mirándolo con ojos hambrientos. Lo que significaba que era la hora de desayunar.

—¡Maldita sea!

Tag se sentía aletargado para levantarse y comenzar ese día. Puso una mano en el cálido pelo del perro. *Trousers* gimió y le lamió la mano.

—¿Quién demonios era, *Trousers*?

Moviendo el rabo, el animal se tumbó en el suelo a esperar.

¿Quién demonios era esa chica de fantasía con el cabello rubio, a la que le gustaba bailar y desnudarse y hacer el amor con plumas?

Que le había hecho sentirse joven otra vez. Que le había hecho sentir. Que le había hecho desear ser un hombre diferente.

La había deseado. La había tenido.

Y ella lo había dejado. Fin de la historia.

No era mejor que las demás.

Se había acabado. Así que debía olvidarla. Había vuelto con su familia.

Era ambiciosa como las otras, que despreciaban a la gente que no eran como ellas. Ella le había dejado dolorosamente claro que no podía ser parte de su vida.

Mientras buscaba razones lógicas por las que debía quitársela de la cabeza, vio su pequeño monedero negro en el suelo a pocos centímetros de la cama. Soñoliento, se inclinó y lo recogió.

La piel era suave y elegante y de olor dulce… como la dueña. Tal vez su nombre o su dirección estuviesen dentro. Abriéndolo, volcó su contenido.

Un escalofrío lo atravesó cuando un anillo con un diamante engastado en oro blanco cayó en su palma.

El brillo le hizo bizquear. Respirando salvajemente, Tag la vio en los brazos de otro hombre. Ese anillo simbolizaba la unión que ella tenía con ese mundo brillante que nunca lo aceptaría.

Cerró el puño sobre la joya, tan fuerte que si hubiese sido una

piedra más blanda se habría hecho añicos.

¿A qué juegos estaría dispuesta a jugar ella para recuperar su diamante?

«Desnúdate, mi señora. Lentamente».

—¿Sentimiento de culpabilidad?

Melody sonrió con complicidad cuando Claire entró dando tumbos en la perfecta cocina de su madre con un camisón blanco hasta los pies, y se dejó caer fatigadamente en una banqueta enfrente de su hermana.

—¿Culpable?¿De qué? —Claire mantuvo la mirada baja.

—¿Por qué te has puesto ese camisón?

Pareces de otra época con ese cuello de encaje alto, tan apretado que parece que te va a asfixiar.

Claire se subió más todavía el primoroso cuello de volantes. Melody miró sus pálidas facciones, y se puso a tararear. Entonces Claire tomó una revista de novias y hojeó las páginas satinadas. Vestidos blancos. Ramos de novia. Sintió un profundo pesar en su corazón.

Se esforzó por verse vestida de novia con encaje blanco, arrastrando la cola por el pasillo de la iglesia. Pero su imaginación le jugó una mala pasada, ya que quien la esperaba en el altar con una lenta y deslumbrante sonrisa era el motorista… no North.

Se le saltaron las lágrimas. Cerró la revista y levantó la vista al sol que entraba por las puertas acristaladas y hacía brillar las baldosas del suelo y las vasijas de cobre de su madre.

La elegante y moderna cocina de Dee Dee parecía surrealista. Cerró los ojos, pero eso solo la hizo consciente de las voces que se enfrentaban en su cabeza.

«Él no significa nada».

«Mentirosa. Estas loca por el. No podrás olvidarlo».

«Tengo que hacerlo».

«¿No deberías volver a verlo… para asegurarte?»

«No».

«¿Tienes miedo de cambiar de idea… Bomboncito?»

«Cállate. Cállate».

Cuando se oyó la puerta del jardín, Claire casi se cae de la banqueta.

—¡Es mama! —chilló.

—¿Y? —susurró Melody, observando a Claire sentándose bien otra vez.

—¡Hola! —la chillona voz de Dee Dee se oyó desde la entrada—. ¿Hola? ¿Hay alguien levantado?

Dee Dee tenía que ser la madre y la esposa perfecta. Se levantaba temprano, incluso cuando sus hijas estaban en casa de

visita. No podía dejar de andar y de nadar antes de empezar su ajetreado día.

Melody dejó su taza de café justo encima de los catálogos y revistas de su madre.

—Las siete y media —con una picara sonrisa, Melody se echó su largo cabello dorado hacía atrás—. En punto. No ha cambiado nada desde que nos fuimos de casa.

Las hermanas eran asombrosamente parecidas, y sin embargo completamente diferentes. Ambas eran delgadas, rubias, y tenían largas piernas. Ambas eran inteligentes. Pero mientras Claire era lógica y responsable, Melody era intuitiva y alocadamente impulsiva. Y excepto Dee Dee, a quien le ponía nerviosa su excentricidad, Melody era la preferida de todos.

Con un ceñido bañador negro, Dee Dee fue hacia ellas como un tornado. Sus delicadas facciones y su angelical sonrisa enmascaraban un temperamento feroz.

Dee Dee se secó con una toalla, abrió los periódicos de la mañana, puso dos revistas de novias delante de Claire y examinó su lista. Se sirvió una taza de café, todo sin dejar de mirar a sus hijas, sobre todo a Claire, ávidamente. Gracias a la cirugía, a la ropa, a la dieta, y a un indulgente marido, apenas parecía mayor que ellas.

Miró a Claire con el ceño fruncido.

—¿Ya vosotras que os pasa?

La endeble sonrisa de Claire se agitó. Se subió más el cuello del camisón.

—Nada. Estoy bien —su voz sonó robótica.

—¡No tienes buen aspecto!

—Nervios de la boda —vaticinó Melody, tan intuitiva como de costumbre.

Claire tragó saliva.

—Es que… estoy un poco cansada.

El corazón amenazaba con explotarle y le ardían los ojos de lágrimas contenidas.

—Pero estás muy pálida, querida. Tienes ojeras. ¿Has estado llorando? No estarás molesta porque tu hermana tuviese esa larga charla con North anoche, ¿verdad?

—¿Melody? ¿North?

—Creo que es maravilloso que por fin hablasen… —Dee Dee advirtió la palidez de Claire y se calló—. No estarás celosa…

—¡Mamá! —dijo Melody.

—¿Melody estuvo con North? —susurró Claire.

—Cuando saliste corriendo del club —le explicó Melody—. North y yo fuimos a buscarte.

—¿Dónde estuviste, Claire? —preguntó Dee Dee.

—Pues… esto… dando una vuelta con el coche.

—¿Por dónde?

—Por favor… por favor… no te entrometas, mamá —suplicó Melody.

—¿Entrometerme?

—Por favor, mamá… —le rogó Melody.

Cuando Melody había dejado plantado a North, Dee Dee se quedó deshecha. Lo que la sacó de su depresión fue invitarlo a cenar cuando Claire volvió a casa por primavera.

Había aconsejado a Claire que fuese cariñosa con él y que fomentase su amistad.

—Melody y North estuvieron en el salón hasta las dos, pero no te oí llegar anoche, querida —insistió Dee Dee—. Ya sabes lo que me preocupo cuando no entras a darme un beso —echó un vistazo a los titulares del periódico—. Oh vaya… otra de esas estúpidas guerras…

—Era tarde. No quise molestarte.

—¿Entonces has hablado con North esta mañana? —preguntó Dee Dee, bajando el periódico y recogiendo un montón de facturas.

La mirada de Melody se iluminó de forma extraña.

—Todavía no —dijo Claire.

Insólitamente, no le importaba que no la hubiese llamado. Sin saber por qué, Claire olvidó a Melody, a North y a su madre. De nuevo lo vio de pie en la cabina de su barco, descalzo, únicamente con sus pantalones vaqueros rotos, deslizando el timón por sus largos dedos bronceados, su pelo negro alborotado, su bigote pintado y su mirada plateada más inquietantemente atractiva que nunca. La había colocado entre el timón y él. Recostada en su cuerpo, se había sentido segura y plena.

Tenía que olvidarlo. Era un sueño. Solo un sueño.

—Tu anillo… —dijo Dee Dee.

—¿Mi… mi qué… ?

Claire se miró la mano. ¿Dónde estaba?

Entonces se acordó.

—Lo… lo puse en mi monedero.

—Oh… vaya… vaya —dijo Melody—. Te quitaste su anillo. Estabas enfadada con North.

Claire cerró la mano, bajándola a su regazo.

—Tal vez un poco.

—Mientras sepas dónde está, querida — dijo Dee Dee, relajándose.

Entonces miró su reloj y recogió su talonario.

La curiosa mirada de Melody se clavó en el rostro pálido de su hermana.

—Es muy caro, cariño —dijo Dee Dee.

—Es un una reliquia de familia de incalculable valor. Era de la abuela de North para ser exactos —murmuró Melody—. Me lo contó… hace mucho tiempo, por supuesto… cuando…

Dee Dee se puso pálida.

—¿De qué estuvisteis hablando anoche? —preguntó Claire, levantándose.

—De ti, por supuesto —dijo Melody.

Con su vaporoso camisón, Claire se acercó a la puerta de la nevera y fingió deleitarse con la cantidad de fotografías, recortes de periódicos sobre celebraciones de bodas, y una destrozada hoja de calendario de ese mes con anotaciones de Dee Dee.

Claire leyó en la hoja de calendario las reuniones, comidas y la fiesta de esa noche.

—Oh, Dios mío… —exclamó Claire y entonces sonrió—. Será mejor que me lave la cabeza.

—Estaré en mi estudio organizando todo esto —dijo Dee Dee—. Cuelga tu vestido rosa del picaporte… para que Lucía te lo planche. Y no te olvides de llevar el vestido negro al tinte.

—¿Negro?¿Una novia de negro? — preguntó Melody.

—Es de diseño. Lleva un cuello de encaje blanco —replicó Dee Dee—. Era muy caro.

«El negro es tu color», se mofó una familiar voz de pirata en la cabeza de Claire.

«Desnúdate, mi señora». «Lentamente».

Claire sonrió demasiado radiantemente.

—Estoy deseando ponérmelo.

Oh, cómo deseaba poder deshacer lo que estaba hecho. Oh, cómo deseaba no haber conocido nunca al motorista. En el pasado, muchas amigas se habían jactado de sus aventuras de una noche con hombres que las sacaban su lado salvaje.

Pero todas habían seguido con sus vidas.

De alguna manera, ella tendría que hacerlo también.

«Desnúdate, mi señora. Lentamente».

El color le subió por el alto cuello de su camisón. Sin motivo aparente, las yemas de sus dedos empezaron a acariciar el lugar amoratado de su cuello, donde él la había marcado con sus labios. Sus amigas no se habían consumido de culpabilidad y vergüenza. No habían hecho daño a sus familias, no habían arrojado sus vidas por la borda.

Su nombre. Ni siquiera sabía su nombre.

De pronto Claire salió corriendo de la cocina, atravesó el comedor, pasó las escaleras de caracol, y siguió por el largo pasillo que llevaba hasta su habitación al otro lado de la casa.

—¿Claire? —Dee Dee se asomó a la puerta de su habitación—. ¡Claire!

Claire se detuvo.

—¿Qué… ?

—Ponte un poco de mi maquillaje en esas ojeras.

«Y en el cuello», se burló Hal.

—¡Cállate!

—¿Qué, cariño?

—Nada, mamá.

Segura en su habitación, Claire se echó en la cama y se miró el dedo sin anillo como si la sangre se le hubiese aletargado y no tuviese energías ni para levantarse.

Sin embargo, mucho más que el anillo de North lo que deseaba era saber el nombre real del pirata de su fantasía.

Capítulo Siete

Exuberantes buganvillas rojas colgaban de modo encantador por el enrejado del patio de Claire, añadiendo el toque justo a su femenina habitación, con la antigua cama de dosel que había pertenecido a la tía Sister. La cama tenía un cabecero rosa que hacía juego con las sillas y la colcha de flores. Normalmente su perfecta habitación era su refugio.

Pero ese día no.

Con el pelo húmedo cayéndole por la cara, envuelta en una toalla, Claire estaba a gatas en el suelo. Con dedos temblorosos volcó su bolso y buscó en el interior vacío y entre sus cosas esparcidas sobre la alfombra blanca, con el corazón acelerado de pánico.

Recogió la caracola, la pluma y el parche negro del ojo. ¡El anillo no estaba!

El monedero debía de habérsele caído en su casa.

¿Lo habría encontrado él?

¿Qué haría cuando lo encontrase?

¿Qué podía hacer ella?

Dios santo.

Entonces oyó a Melody que se acercaba cantando por el pasillo.

Rápida como un rayo, Claire metió el bolso y su contenido debajo de la cama.

Luego corrió a su tocador, encendió el secador a toda potencia y empezó a secarse el pelo.

Cuando llegó Melody, le gritó en el oído.

—¿Bueno, dónde esta? —Melody le señaló el dedo desnudo.

A Claire empezó a latirle el corazón con fuerza.

—No quiero hablar de eso.

—Apuesto a que tampoco quieres hablar de dónde estuviste anoche.

A Claire se le cortó la respiración.

—North y yo te esperamos durante horas —continuó Melody—. No te enfades. Cuando vi que no venías, te encubrí.

—¿Qué?

—¿No te has preguntado quién metió todas esas almohadas debajo de las sábanas? Esparcí algo de tu ropa por la habitación, y cerré la puerta, para que mamá creyese que estabas dormida si entraba en tu habitación.

—Gracias.

—Vi… vi lo disgustada que estabas cuando dejaste la fiesta.

La sonrisa de Melody era tan cariñosa que conmovió a Claire.

—Oh, Mel… Esta boda me está volviendo loca. No te lo imaginas.

—Oh, claro que sí. ¿Por qué crees que salí corriendo? ¡Todas esas fiestas! Tener que estar a la altura de las expectativas de la familia de North… sabiendo que no podía… siempre llevaba vestidos poco apropiados, decía cosas inadecuadas… Me sentía completamente abrumada. Al menos… ayer por la noche… North y yo lo hablamos.

—¿Por qué viniste a casa sin decirnos nada?

—¿No has hecho nada impulsivo en toda tu vida? Oh, sí.

—Me daba miedo llamar —continuó Melody—. Supongo que porque no sabía si queríais que viniese.

—Oh, Mel… Mel…

—Nunca me he sentido tan sola y extraña como en China. Solo podía pensar en ti y en North, y en vuestra boda. Me daba miedo llamar. He hecho daño a tanta gente. Así que vine a casa. Me sentía culpable… fracasada… y eso me hacía estar furiosa con todos vosotros. Sobre todo contigo… La hija perfecta…

—¿Yo? ¿Perfecta? Todo el mundo te adora.

—Adoran a la payasa. Esa no soy yo.

Siempre me ha dado miedo ser seria y formal. Nunca he dejado que nadie se acercase lo suficiente para saber quién soy en realidad. Ni siquiera a North —Melody vaciló—. Ni a ti. Todo el mundo está orgulloso de ti. Te respetan.

Si ella supiese.

—No… no puedo creerlo…

Entonces se abrazaron. Su abrazo fue breve, y después compartieron una larga mirada en silencio.

—Gracias —dijo Claire—. Gracias por venir a casa. Creo… creo que nos parecemos más de lo que creemos.

—Te debo mucho —susurró Melody, con los ojos y las mejillas encendidas de una manera que hacía mucho tiempo que no veían—. Tal vez más de lo que pueda devolverte. Tenía que volver a casa. Pero siento… haber bailado así anoche. Te fuiste por mí. Me… me sentía muy insegura del recibimiento que tendría… Cuando tengo miedo, hago cosas locas, y la gente aplaude o se ríe. Sea lo que sea lo que pasó ayer, y dónde estuviste, fue por culpa mía.

—He perdido el anillo de North, Melody — le confió Claire.

—Entonces te ayudaré a recuperarlo.

Inmediatamente, Claire se arrepintió de su confesión.

—No. No. Olvida que hemos tenido esta conversación. Es nuestro secreto.

Claire miró a las buganvillas rojas del patio, así que no vio la mirada de su hermana posada en la marca que cierto pirata le había dejado en el cuello.

—Sabes, Claire, no creo que nadie nunca haya olvidado ningún secreto que tenga que ver con el sexo.

—¡Sexo! Por el amor de Dios, Melody.

Tienes una imaginación de lo más delirante.

En ese momento Melody vio un trozo de cinta negra asomándose por los volantes de la colcha de Claire.

Se arrodilló y recogió lo que resultó ser un parche de un ojo.

—¿Hmm?

La curiosa mirada de Melody se dirigió al rostro encendido de su hermana. Cuando se puso el parche en el ojo, el corazón de Claire palpitó con fuerza.

Cautelosamente, ocultó su pánico.

—Dame eso —dijo en voz baja.

Melody dejó caer el parche en la palma abierta de su hermana.

Claire cerró los dedos, pero la sensación de la cálida seda negra la hizo suspirar de anhelo.

—Parece que la imaginación delirante es algo de familia —dijo Melody suavemente—. A veces es nuestra perdición.

La piscina era el centro del florido jardín de Dee Dee, que contenía metros de césped bien cortado y macizos de flores, bancales, un jacuzzi y una casa de juguete que era una réplica exacta de la gran mansión.

Todavía mojadas de su baño vespertino, Claire y Melody, con los ojos cerrados, estaban tendidas una al lado de la otra, sin hablar, con los libros abiertos bocabajo en las mesitas de mimbre que había junto a sus tumbonas.

—Supongo que North y tú pensáis construiros una casa como esta —dijo Melody.

Claire no quería hablar de North con Melody.

—¿No te acuerdas de las peleas que papá y mamá tuvieron acerca de eso?

—Solo que más grande —insistió Melody —, porque North tiene mucho más dinero que papá.

Dee Dee les había enseñado desde que nacieron que casarse con un modesto doctor no era suficiente. Su madre lo sabía porque ella había cometido ese error. En el Sur de Texas, una chica con aspiraciones tenía que casarse con alguien como North, que tenía acres de tierras, vacas y caballos y pozos de petróleo.

Melody suspiró.

—¿Has encontrado ya el anillo de North?

Claire negó con la cabeza.

—¿Adonde fuiste anoche?

Claire no dijo nada.

—¿Quién te ha hecho esa marca en el cuello?

Claire se llevó rápidamente la mano al cuello. Pero estaba cubierto. Llevaba una camiseta de cuello alto sobre el bañador.

Incluso se había bañado con ella. ¿Cuándo había visto Melody el moretón?

De nuevo Claire sintió la brisa húmeda y salada acariciándola. De nuevo, vio una mano morena acariciando su vientre con una pluma blanca hasta que la hizo estremecerse.

—¿Se disfrazó de pirata?

—No… no puedo hablar de ello.

—Pero tenemos que recuperar el anillo de North.

—Eso no es tan fácil. Lo tiene… alguien… alguien a quien no puedo volver a ver…

—¿Ese alguien… con un parche negro, que te besó? —el tono de Melody se animó —. ¿Por qué me imagino a ese alguien alto y moreno… y guapísimo… y muy viril?

—Demasiado viril —admitió Claire en tono entrecortado—. Y terrible. Excepto… excepto que me salvó la vida.

—Y tú se lo pagaste con un tórrido beso…

—¡No!

—¿Te lo robó entonces?

—No bromees. Con esto no.

—¿Te robó el anillo, también?

«Robó una joya mucho más valiosa», la atormentó Hal.

—¿Cómo se llama?

Claire ocultó el rostro entre las manos.

—Podría ir a buscarlo…

—No te acerques a él —dijo Claire acaloradamente.

—Claire, tienes que recuperarlo.

—Nadie debe saber nada de él. Tengo… buenas razones por las que no quiero volver a verlo.

—Estoy segura —Melody se mordió una uña, algo que hacía siempre que se ponía a pensar—. Mira, ¿recuerdas a ese horrible detective? ¿El tipo que papá contrató para localizarme cuando dejé plantado a North?

—¿El tipo al que hiciste saltar al agua?

Melody se rio.

—¡Ese!

—¿Por qué iba a ayudarte?

—El no sabía nadar, y le arrojé un bote salvavidas. Es un sabueso. Recuperará tu anillo. Cuando lo tengas otra vez en el dedo, podrás relajarte y seguir con tu vida.

Que era exactamente lo que Claire quería hacer.

—¿Por qué me ayudas?

—Eres mi hermana.

—¿Y North?

—Anoche arreglamos diferencias. Pero nuestro romance terminó hace mucho tiempo —Melody se quedó en silencio—. Yo… yo diría que estás molesta por lo de la anillo… y por lo que sucedió anoche, eso es todo —susurró, mirando hacia el cuello de su hermana—. Vaya beso, ¿eh?

Claire se estremeció. Más que en el anillo, pensaba en el hombre alto, moreno y delgado, pero fuerte. Un hombre vestido de pirata con una burlona sonrisa blanca, un hombre que se la había echado al hombro y la había llevado a su cama. Pensaba en todos los salvajes besos que le había dado así como en otras intimidades que habían compartido.

—No estoy tan disgustada por el anillo… como por él —susurró Claire, sintiendo un hormigueo por los brazos—. Por eso… no quiero que contrates a tu detective para que vaya allí. Además… ni siquiera se cómo se llama.

—¿Sabes dónde vive?

Claire se frotó los brazos.

—En Rockport. No lejos de nuestra casa de la playa —nerviosamente Claire se detuvo, deseando no haber hablado de ello con su impredecible hermana—. Melody, es muy importante que no hagas nada precipitado. Tengo que tener mucho, mucho cuidado. Tiene mucho carácter… y… si descubre quién soy… o donde vivo… si le pongo furioso… no… no sé que sería capaz de hacer.

Los ojos de Melody la evaluaron, y Claire sintió una peligrosa emoción en su interior.

Se levantó, y recogió su toalla.

—Olvida lo que te he dicho, Melody. Olvídalo.

Melody se levantó y le bajó suavemente el cuello de la camiseta.

—¿Y si no puedo? —examinó el moretón —. ¿Y si tú no puedes olvidar al hombre que te ha besado así?

—Hagas lo que hagas, no contrates a ese detective.

—Al menos así… sabrías cómo se llama.

Capítulo Ocho

El tipo que estaba apalancando la puerta trasera de Tag era un mequetrefe de piernas arqueadas que ya había pasado los cuarenta.

—Que hijo de…

Tag reprimió una sarta de palabrotas, por el flacucho niño de color que estaba a su lado.

—Hijo de perra —dijo Ricky Navarro, el joven amigo de Tag, con una maliciosa sonrisa.

Tenía once años y temblaba de emoción.

Demasiado furioso para sonreír, Tag lo abrazó para tranquilizarlo justo cuando *Whiskers* se echó en la hierba a sus pies. A continuación, *Trousers* llegó con el rabo entre las patas.

—Vaya perro guardián estás hecho — murmuró Tag.

—Solo ladra a los amigos —dijo Ricky.

El grupo observó al incompetente intruso que trabajaba en la puerta de Tag. Tenía el pelo ralo y gafas con montura metálica. Era pelirrojo y tenía un flotador en la zona central de su menudo cuerpo. Llevaba un sombrero negro y botas con la puntera de plata que hacían juego con sus pantalones vaqueros. Refunfuñaba y estaba empapado de sudor. Tenía una pinta que daba asco.

A Tag le brillaron los ojos, apretando los dedos en el hombro del niño.

Eso tenía que ver con ella. Las últimas noches había yacido despierto en la cama soñando con que ella volvía y con los juegos a los que él la haría jugar antes de devolverle el anillo.

Pero ella se había hartado de él, así que había contratado a alguien para que hiciese el trabajo sucio.

Tag se agachó junto a Ricky entre la alta hierba del borde del bosque.

—Ya te dije que no era una mujer —los ojos negros de Ricky brillaban con su entusiasmo habitual de héroe.

—Lo has hecho muy bien.

Verdaderamente bien.

Estaba reparando una red en el muelle cuando Ricky había llegado gritando que había un hombre intentando entrar en su casa.

—¿Me vas a comprar otro yo-yo Millennium 2000? —susurró Ricky con los ojos negros brillantes.

—Si no me cuesta más de veinte pavos.

—¡No tanto!

La madera se astilló. La puerta salió de sus goznes y cayó sobre

los escalones del porche. Entonces el bastardo entró.

—Ricky, tú quédate aquí.

—Pero quiero ver cómo le das una patada en el trasero a ese hijo de perra.

—Tu madre dice que no debes hablar así.

—Ella habla así siempre que juegan los Cowboys.

—Debemos hacer lo que nos dicen las mujeres. Lo que hagan ellas es diferente.

Tag se encaminó agachado hacia la casa.

—¿Qué vas a hacer sin tu arma? —susurró Ricky.

—Shhh.

—Por si acaso le he pinchado una rueda, así no podrá irse tan rápido como hizo esa rubia. Era muy guapa. Más guapa que todas las demás…

—¿Has estado espiándome?

—Tenía una caracola y una pluma. Las besó. Estaba llorando cuando subió al coche.

Tag detestó la forma en que le dolió el corazón.

—¿Te vas a casar con ella?

—He dicho que te calles.

Tag se acercó a gatas a la casa.

Palabrotas y platos estallaban en la cocina.

Cuando Tag alcanzó la entrada, vio que su casa estaba patas arriba. El sofá, las mesas, las sillas… todo estaba volcado.

El hombre estaba agachado en la cocina.

Respirando agitadamente, pasó la mano extendida por dentro de uno de los armarios.

Una simple arremetida desde la puerta y Tag y el hombre rodaron por el suelo. Tag lo agarró por el cuello. Los bulbosos ojos del hijo de perra se desorbitaron, mientras agitaba los brazos en el aire desesperadamente.

—Apuesto a que te ha enviado una guapa chica de Corpus Christi.

Cuando el hombre no respondió, Tag le metió la mano en el bolsillo y sacó una cartera.

—Merle Meló. Detective Privado —bramó Tag—. ¿Cómo se llama ella?

Cuando él no respondió, Tag lo sacudió.

Entonces se agachó y le habló muy suavemente en el oído.

—Quiero que me digas su nombre, Merle.

—Dame el anillo que le robaste, y te daré el dinero que ella me ha pagado.

—No estoy en venta, asqueroso bastardo.

Le devolveré el anillo… pero con condiciones.

—¿Que son… ? —la voz del hombre tenía un tono de nerviosismo.

—Primero, su nombre.

—No voy a decírtelo. Tag se rio.

—¿Qué te apuestas?

Un cielo anaranjado y un mar rojizo bañaban a Claire de un resplandor rosado.

Con sus pantalones cortos y el pelo retirado de la cara con una cinta elástica, sacaba brillo al yate de su padre, Fantasía. Había decidido que ya era hora de hacer las paces con North. Desde «aquella» noche, solo habían hablado una vez. Su breve conversación había sido fría y forzada, como si los dos tuviesen algo que ocultar.

Esa noche ella iba a cambiar eso.

El reverendo iba a ir a su casa esa noche para hablar de la ceremonia. Se suponía que North tenía que haberla llamado hacía una hora para saber a qué hora tenía que ir.

Claire no estaba concentrada en su trabajo. Estaba demasiado pendiente de los segundos que pasaban, de la luz anaranjada en el horizonte. Realmente no le importaba si North no llamaba nunca. Lo que realmente le importaba era el recuerdo de un hombre al que tenía que olvidar.

Había utilizado lo de limpiar el yate como una excusa para salir de la casa, de toda la perfección y pretensión de su vida.

Necesitaba tiempo para pensar más positivamente sobre su futuro.

Sin embargo, la brisa salada y el chapoteo del agua le hicieron recordar la noche que había pasado con el motorista.

Todavía no tenía ni idea de cómo iba a recuperar su anillo.

Cuando por fin sonó su teléfono móvil, Claire soltó el trapo y buscó frenéticamente el aparato en su bolsillo.

—¿North? —dijo ella, intentando poner emoción en su tono—. Cariño, pensaba que no ibas a llamar nunca…

—Hola, Claire.

La dura voz la sacudió hasta la médula.

Sintió los pies como plomo. El corazón se aceleró. Cayó de rodillas, apretando el teléfono a su oído.

Dios santo…

Cuando pudo respirar, susurró: —¿Quién… quién es?

—Pequeña mentirosa. Sabes muy bien quién soy —dijo él con su voz áspera y grave —. El Capitán X.

El nombre y los recuerdos que lo acompañaban la estremecieron.

—Pero puede que ya sea hora de que tengas un verdadero

nombre para tu pirata… para tu amante de fantasía. Soy Tag Campbell.

Tag Campbell.

Solo su nombre la perforó el corazón.

Oh, Dios, la había encontrado.

Claire empezó a temblar.

—Tengo algo que quieres —susurró él—. Algo valioso.

—Oh, sí… sí, es verdad —dijo ella en una voz apenas audible.

—¿Qué precio estás dispuesta a pagar… para recuperarlo?

Sonaba tan cruel, tan cambiado.

—No… no quiero saber nada de juegos.

—Entonces no deberías haber empezado este, preciosa.

¿Por qué estaba tan enfadado?

—No…

—¡Sí! —bramó él—. Piensa en esto como en un negocio. Yo tengo algo que tú quieres. Tú tienes algo que yo quiero. Tú me das lo que yo quiero, y yo te doy lo que tú quieres. Es así de simple…

—¡Pero yo no sé lo que quieres tú!

En el largo silencio ella empezó a temblar.

Su voz dura y profunda dijo: —¿Soy tan fácil de olvidar?

A Claire le invadió la culpabilidad. El dolor la quemó.

No podía decirle que todas esas noches había yacido en la cama durante horas, incapaz de dormir, recordando el miedo que había pasado, recordando cómo él la había salvado de esos matones y había sido tan tierno después. No podía admitir que todos sus sueños eran sobre él.

—Eres muy fácil de olvidar —dijo ella.

—Tal vez ha llegado la hora de que te cause una mayor impresión —murmuró él.

Una bullente tensión sexual cargó el silencio. Antes de que ella pudiese responder, él colgó.

Claire aspiró grandes bocanadas de aire.

El teléfono volvió a sonar.

—Ho… hola —tartamudeó ella, con la voz ahogada y sin embargo… anhelante.

—Pareces agitada —dijo North como si tal cosa—. Siento haber tardado en llamarte. ¿A qué hora quieres que vaya esta noche?

Capítulo Nueve

Tag arrojó la maquinilla de afeitar a la papelera. Iba a ir a Corpus… a verla.

La idea lo enfurecía a la vez que lo excitaba. Igual que lo había enfurecido y excitado que ella lo hubiese llamado cariño, pensando que era su prometido.

Había dormido con él, pero llamaba cariño a otro hombre.

Entró con paso decidido en el cuarto de baño y abrió la ducha. Entonces vio su reflejo en el espejo y frunció el ceño. No solo estaba sin afeitar, sino que su camiseta negra estaba sucia. Igual que sus pantalones. Había estado trabajando en el barco casi veinticuatro horas. También había trabajado muchas horas en el restaurante.

Parte de ello se debía a su esfuerzo por evitar pensar en ella. No había tenido éxito.

Sin embargo, la captura había sido buena. Y el restaurante nunca había ido mejor.

Dinero. Siempre se le había dado bien hacer dinero. Demasiado bien.

—Tienes ese don —le había dicho Frenchy.

Un don que casi lo había destruido una vez.

—Eres como una máquina de hacer dinero —había dicho su padre.

Su padre lo había utilizado, lo había arruinado, lo había despreciado… traicionado.

«Tú no puede ser hijo mío.

Yo no lo hice. Hugh no podría hacerlo. Lo hiciste tú. Nadie sabe tanto del negocio como tú.

A mí no me engañas.

Naciste en el arroyo.

Tienes la mala sangre de tu madre».

Tenía la sal incrustada en la piel y en el pelo. Apestaba a sudor. Se moría por una ducha, ropa limpia, una comida caliente. No, se moría por ella y se despreciaba por ello.

Cerró la ducha. Por cualquier otra mujer se habría duchado y arreglado.

Por ella no.

Esa noche no.

Y olería peor cuando llegase a Corpus. Se lavó la cara y se cepilló los dientes. Pero eso fue todo.

Desde que había compartido su cama, no había podido quitarse

a Claire de la cabeza.

Recordaba su sabor, la suavidad de su pelo, la textura satinada de su piel cuando la había penetrado.

«Ha sido muy fácil olvidarte», había susurrado ella en ese tono sexy y atemorizado que le destrozaba el corazón.

Ni siquiera se molestó en peinarse. De camino a la puerta, se detuvo, se dirigió a un armario y sacó una botella de ginebra barata. Entonces se la echó por la mugrienta camiseta. Luego saltó sobre su moto y salió disparado.

—Esta noche vamos a jugar según mis reglas, preciosa.

Una hora después estaba en Corpus Christi. La fresca brisa marina del atardecer golpeó su rostro bronceado cuando aparcó la moto en la sombra. Desde allí, estudió los números de las casas. La enorme mansión blanca de Claire fue como un puñetazo en el estómago. Las columnas blancas le recordaron a la casa de su padre, a su vida anterior. La calle era ancha, una avenida flanqueada por árboles, con grandes casas rodeadas de largas extensiones de césped.

Una joven madre pelirroja empujando un carrito con un bebé lo miró. Agachando la cabeza, la mujer se apresuró a cambiarse de acera y se alejó corriendo de él.

De pronto Tag se arrepintió de la ginebra y de no haberse duchado y cambiado. ¿Qué intentaba demostrar? Se sentía tan avergonzado como cuando era niño y su madre se emborrachaba. La gente solía evitarlos. Los niños del colegio lo despreciaban.

Entonces su padre le enseñó a vestirse, le enseñó lo que tenía que hacer para que la gente lo admirara. ¿Y para qué?

Frenchy y los otros pescadores que conocía eran gente tosca. No les importaba mucho lo que pensase la gente. Tag había pasado tanto tiempo entre ellos que casi había olvidado quién era. Pero esa casa y esa calle y esa mujer le hacían recordar quién había sido y todo lo que había deseado.

Se quedó mirando la puerta principal de la casa hasta que se le secó la garganta.

Entonces tragó saliva, se quitó el casco, y se bajó de la moto.

Tal vez no habría tenido el valor, pero de pronto la puerta se abrió. Una mujer con una agradable sonrisa y una espesa mata de cabello dorado le tendió la mano.

No era Claire. No era tan bonita como Claire. Pero era agradable. Cuando él le estrechó la mano, ella se tapó la nariz.

—Ginebra —murmuró la joven—. ¿Y?

Él sonrió.

—Gambas.

Entonces ella se rio, mirándolo de arriba abajo.

—Caramba. Caramba. ¿Mi hermana y tú?

—¿Está Claire?

—Está por ahí… en alguna parte. Yo soy Melody.

Embelesado al instante, él sonrió.

—Tag Campbell. Debería haberme duchado…

—Pero tú eres como yo… impulsivo. No como Claire… que no lo es.

—La gente puede sorprenderte.

De nuevo Melody sonrió.

—Así que conociste a mi hermana esa noche que ella estuvo conduciendo por ahí…

—¿Es eso lo que ha dicho?

—No ha estado muy habladora últimamente.

—La tensión —susurró el—. Las novias están bajo mucha tensión.

—Sobre todo las novias que no quieren ser novias, como bien sé —la sonrisa de ella se hizo más cautelosa cuando lo hizo pasar al vestíbulo—. Ahora no hagas ruido, intentaremos encontrar a Claire sin que se entere el resto de la casa.

—Gracias.

Excepto por el exclusivo papel de la pared, la mansión era sorprendentemente parecida a la de su padre por dentro. Los mismos brillantes suelos de roble, las mismas antigüedades, las fotografías de familia en marcos de plata, el piano de cola.

De alguna habitación próxima salía el ruido de plata y porcelana así como voces apagadas. Melody intentó pasarlo rápidamente por delante de las puertas medio cerradas del comedor, pero la voz aguda y curiosa de una mujer los detuvo.

—¿Cariño… Melody? —la chillona voz se elevó—. ¿Qué es ese olor?

—Han venido a ver a Claire.

La mujer se levantó. Era guapa, rubia y esbelta. Como sus hijas.

—Creía que North… —la mujer rubia abrió las puertas completamente y arrugó su elegante nariz con desagrado—. ¿Qué es ese horrible olor?

—Yo —dijo Tag.

—Ginebra barata —dijo la mujer.

Un hombre rechoncho con gafas de montura metálica y alzacuello lo miró escandalizado.

El oso arrugado con el pelo plateado, se volvió. Miró a Tag, y vació su copa de vino tinto.

—¿Y de que conoce a nuestra Claire? — preguntó el padre de Claire.

—Tuvo un problema con el coche. La ayudé.

—¿Y cómo es que no te ha mencionado?

—dijo la madre, con su voz chillona.

—Porque lo pasaría bien, y no es ninguna boba —sugirió Melody, añadiendo leña al fuego.

El señor Woods retiró la silla de la mesa.

—Le he dicho mil veces que no vaya conduciendo por ahí en ese coche de noche.

Que podría encontrarse con mala…

—Déjame arreglar esto a mí —le dijo su esposa.

El señor Woods se sirvió más vino.

—Tal vez no deberíamos especular —dijo Melody—. Tal vez deberíamos preguntárselo directamente a ella.

Tag oyó pasos y se giró. Claire.

Tag se quedó sin aliento cuando la vio.

Igual que ella.

Silencio.

Boquiabierta, con las mejillas encendidas, un débil pulso latiéndole en el cuello, Claire estaba increíblemente sexy, con unos pantalones vaqueros ceñidos y una camiseta blanca ajustada que moldeaba sus esbeltas curvas. Estaba tan encantadora, que a Tag se le pasó el enfado, y deseó haberse duchado y cambiado para ella. Todo lo que deseaba era estrecharla entre sus brazos.

—He estado trabajando en el barco con mis hombres —dijo él a modo de excusa.

Sus enormes ojos azules se clavaron en su rostro. Se puso pálida, dio un paso atrás, se tambaleó y se quedó inmóvil.

—¿Dónde está North? —demandó su padre.

Silencio.

—Creía que North iba a venir —insistió su madre.

—Y lo va a hacer —dijo Claire con las mejillas encendidas.

—Bueno, este… este hombre ha venido a verte.

—No estará mucho rato —el tono de Claire fue claro y frío, y tan despectivo que a Tag se le hizo un nudo en el estómago—. Vamos fuera… a la piscina.

Él sonrió.

—Podría venirme bien un baño.

Ella apenas movió los labios cuando dijo: —No hagas esto más difícil.

Claire se dio media vuelta y se dirigió hacia las puertas del jardín. Él corrió y se adelantó a ella. Abriéndole la puerta, le hizo una reverencia, como había hecho la noche que hicieron el amor.

—Por favor… —le rogó ella.

—¡Claire! —exclamó su madre, detrás de ellos—. ¿Vas a salir ahí… sola? ¿Con él?

—No me pasará nada, mamá —dijo Claire —. No me hará daño.

Tag cerró la puerta, y después de otro intercambio de miradas, la mujer se volvió enfurruñada.

—Al fin solos —susurró él.

—Apestas a cerveza.

—Ginebra —le corrigió él—. Entre otras cosas.

—¿Has venido en moto desde Rockport borracho?

—¿Te importa?

—Responde antes a mi pregunta.

Bajo su enfado, ella le estaba suplicando de alguna manera.

—Llevo días sin probar el alcohol. He estado trabajando mucho.

En el arrebol del atardecer, Claire estaba tan incandescente, frágil y encantadora como la más exquisita orquídea blanca. Olía dulce, también.

—Ahora te toca a ti —susurró él, acercándose a ella.

—¿Qué?

Instintivamente ella retrocedió hacia las sombras.

—¿Te importa que haya conducido borracho?

—Naturalmente, no querría que atropellases a una persona inocente…

—¿Pero no te importa lo que me suceda a mí?

Él descendió la mirada por su pálida cara… por su boca, su cuello, sus pechos… y luego, hizo el recorrido a la inversa.

—Tienes buen aspecto, Claire. Ella se humedeció los labios.

Una peligrosa chispa prendió el aire entre ellos.

—¿Tienes el anillo? —dijo ella.

—¿No te importa? —repitió el con la voz ronca—. ¿Por eso quieres que este intercambio sea rápido y fácil?

—¿Para qué torturarnos… ?

—¿Es eso lo que estamos haciendo?

—Tú no encajas en mi vida. Ya te lo dije.

—¿Y si fuese diferente?

—Eres aún más salvaje de lo que fuiste la primera noche.

Un deseo primario revoloteó entre ellos.

—La otra noche te gustaba —le recordó él.

La voz de Claire se suavizó, vacilante.

—Eres un pescador. Yo voy a ser médico.

—¿Pones etiquetas a la gente? He sido otras cosas además de pescador. Podría ser algo más —su voz se hizo más profunda—. Soy un hombre y tú una mujer.

—No…

—Te crees superior a mí —continuó él sin apenas mover los labios—. Enviaste a ese hombre a destrozar mi casa como si no fuese nada, como si mi casa no fuese nada…

—No sé de qué me hablas.
—De Merle. El detective privado que contrataste.
—Pero yo no…
—No te importaba lo que hiciese con tal de conseguir lo que querías. Estás acostumbrada a conseguir lo que quieres sin esfuerzo.
—No… no todo.
—Nombra algo que quieras y no tengas.
Ella le miró la boca entonces, y se llevó la mano a los labios.
—Por favor… por favor dame el anillo y vete.
—Tal vez te haya echado de menos. Tal vez tenga curiosidad por saber cómo estás.
—Ya te he dicho que estoy bien.
—Pues no lo parece. Pareces disgustada.
Asustada.
—Porque tú estás aquí —dijo ella furiosamente.
—En realidad no quieres casarte con él.
—Sí que quiero.
—¿Y cómo es que te has acostado conmigo estando prometida a él?
—No… no era yo. Ese… ese golpe en la cabeza… esos tipos… estaba muy asustada… Fue una locura temporal.
—Eras virgen. Nunca te has acostado con él. No me digas que no podías haberlo hecho si hubieras querido.
—North no es como tú. Nunca se me ha insinuado sexualmente.
—Un comportamiento bastante sospechoso.
—Para un hombre… con… con bajos instintos como tú tal vez.
—¿La chica que quería jugar a los piratas no tiene bajos instintos? —se burló él.
A ella se le incendió la cara, y le tembló la voz.
—North nunca habría venido aquí… hecho un guarro… para humillarme deliberadamente
—Tú me deseabas.
—Todo fue culpa de Melody.
—Una chica encantadora. Al menos sé a quién darle las gracias.
—Ella bailó para North la noche que te conocí. Estuvo enamorada de él, prometida incluso. Salí corriendo porque estaba… celosa. Cuando me encontré contigo, después de lo de esos tipos en el callejón, no sabía lo que hacía.
—Esto no tiene nada que ver con Melody.
Sabías perfectamente lo que hacías. Me deseabas. Todavía me deseas.
—Quiero mi anillo.
—Te lo daré —Tag se detuvo—. Pero por un precio.
—¿Qué… qué quieres?

—Un beso.
—Esto es una locura.
Pero su débil voz entrecortada lo encendió.
Él sonrió.
—Lo sé.
—¿Un beso?
Él asintió con la cabeza.
—¿Solo uno? —dijo ella con la respiración ligeramente agitada —. ¿Y me darás el anillo?
Una sonrisa asomó a los labios de Tag.
—Eso he dicho.
—Está bien —dijo ella rápidamente, cerrando los ojos, levantando la barbilla hacia él, y frunciendo los labios.
Tag se sintió tentado, muy tentado por su belleza, por su dulzura, su delicado aroma, y sobre todo por sus labios. Pero al contrario que ella, él quería prolongar ese momento.
Todo lo que hizo fue retirarle el pelo de la cara. Ella dio un respingo, y abrió los ojos de golpe.
—Ah ah —él le sonrió—. Tienes que besarme tú.
—No puedo creer que me hagas hacer esto.
—Créetelo.
Ella se puso de puntillas, y él sintió sus labios besándole el cuello, justo debajo de la oreja. Un simple revoloteo de aliento y fuego, y eso fue todo.
—En los labios —le ordenó él.
—No dijiste…
—Eso es lo que quería decir.
Cautelosamente ella puso los labios sobre los suyos, y Tag sintió una oleada de pura y dulce sensación y una opresión en el pecho.
Él abrió la boca, respondiendo a su beso, y se quedó asombrado de que ella se lo permitiese.
Cuando la envolvió en sus brazos, ella se aferró a él, estremeciéndose.
—Quiero más que un beso —susurró él, abrasándola con la mirada—. Lo sabes, ¿verdad?
Ella tragó saliva, pero no se apartó. Al contrario, se apretó contra él, rodeándole el cuello con los brazos, acariciándole el rostro con las yemas de los dedos.
—Tienes los labios tan suaves… y el cuerpo tan duro… —murmuró ella.
—¿Claire, va todo bien?
La voz de su madre los azotó con un látigo.
Claire se puso rígida, apartándolo furiosamente.
—Ya tienes lo que querías —susurró—. Así que dame el anillo —

y alzando la voz, respondió a su madre—: Sí… todo va bien, mamá.

—Ha llegado North.

—Enseguida voy, mamá.

Cuando Tag intentó volver a abrazarla, ella respiró temblorosamente, pero lo apartó.

—North está aquí. Tienes que darme el anillo e irte.

—Tú no lo amas.

—Lo haré. Juro que lo haré.

—Pero no ahora. Y nunca lo harás. Y en el fondo tienes miedo de que tenga razón.

Impulsivamente ella le pasó los dedos por los labios. Igual de impulsivamente, él empezó a besárselos.

—Por favor… te lo ruego.

—El camino hacia el infierno está pavimentado de buenas intenciones —dijo él, en un tono desesperado—. No puedo apartarte de mi cabeza. Pensaba que moriría si no te veía otra vez. Pero ahora que te he visto, me siento todavía peor.

—Yo también. Voy a casarme con North Black. Quiero mi anillo. Si nos hubiésemos conocido en otras circunstancias… si fueras diferente…

—De acuerdo. Tú ganas.

Él se sacó bruscamente el anillo del bolsillo, pero en vez de dárselo, se arrodilló delante de ella.

—¡Dámelo!

—Y yo que pensaba que eras una romántica —dijo él, tomándole la mano.

En cuanto le acarició los dedos, Tag sintió cómo temblaban, y parte de la furia lo abandonó. Presionó los labios contra sus dedos, sujetándolos con fuerza cuando ella intentó apartarlos.

—Date prisa —susurró ella.

—¿Se apresuró North aquella noche? — dijo él con aspereza—. ¿O se puso de rodillas como yo cuando te lo pidió?

—No…

—¿Lo vuelves loco, como me vuelves loco a mí? —su voz grave estaba cargada de emoción—. Claire, no puedo olvidarte. Por más que lo intento. Nunca me he sentido tan solo. Dejaré de pescar. No siempre he sido pescador. Puedo ser lo que quiera. Puedo hacer dinero. Mucho dinero. Es fácil para mí. No hay nada, Claire, nada que no haría por ti. ¿Te dijo él esas cosas?

Claire no estaba preparada para lidiar con la ferocidad de su parodia. La pasión de su voz la hizo suspirar. North se lo había pedido en un restaurante lleno de gente, corriendo porque tenía que regresar al rancho.

—Dame el anillo —dijo ella, tratando de no pensar demasiado

en la desilusión de la petición de North.

Tag deslizó el anillo por el dedo de Claire delicadamente.

—Tienes unas manos preciosas. ¿Te dijo él eso?

—Cállate.

—No te cases con él.

—Tengo que hacerlo.

—La noche que nos conocimos, yo estaba en el cementerio. Acababa de enterrar a mi mejor amigo.

—Lo siento.

—Estaba asustado. Dios, estaba muy asustado. Entonces apareciste tú. Como un ser mágico, e iluminaste algo en mi interior que llevaba muerto muchos años.

Ella le pasó el dedo por la ceja, por la áspera mejilla.

—Siento lo de tu amigo —su voz se apagó —. Pero lo que más siento es…

—¿Claire, todavía estás ahí fuera? —la voz de su madre cortó el aire de nuevo.

—Ya voy…

—Que seas feliz —dijo Tag.

No supo si ella lo oyó por que había salido corriendo, pasando por delante de su madre, y metiéndose en la casa.

—Muéstrale la puerta de atrás —dijo la madre fríamente a una silenciosa figura que había a su lado.

La puerta se cerró, y Tag se sintió despreciado.

De nuevo, era el niño perdido delante de la casa de su padre en la oscuridad.

Capítulo Diez

Melody se acercó a él a través de la luz plateada y las sombras grises.

—Vamos, Tag.

Aturdido, sintió que ella lo tomaba del brazo y lo llevaba a la puerta de atrás.

Esas puertas eran para los sirvientes y otros indeseables.

Para niños a los que no se quería.

Para apestosos pescadores con ropa sucia de trabajo. Pero antes de que llegasen a la puerta, un movimiento en un dormitorio de la planta baja sacó a Tag de su autocompasión.

Con el cabello flotando detrás de ella como una bandera dorada, una chica esbelta entró corriendo en la habitación.

Claire. Su ángel cabalgando al viento.

Ella se arrojó a la cama y ocultó el rostro en la almohada. Su algodonoso gato blanco se acercó a la puerta de su terraza, se estiró, y empezó a dar con la pata en el cristal.

—¿Es esa la habitación de Claire?

—No debería decirle algo así a un hombre como tú.

Pero la sonrisa de Melody le dijo que sí.

Se detuvieron en las sombras y observaron los esbeltos hombros de Claire agitándose con los dedos clavados en la colcha.

—Está así… desde la noche que te conoció.

—¿No ha estado con él?

—¿North? Ni una vez. Esta noche es la primera vez. Nadie, excepto tú y yo, sabe lo que está pasando.

—¿Y qué es?

—Claire y yo… estamos todos un poco confusos. Tenemos que aclararnos.

Melody señaló hacia la habitación donde estaban sus padres con North y el reverendo, mirando hacia la puerta, esperando que la actriz principal saliese a escena.

—¿Por qué no vas ahí dentro y los entretienes un rato?

—¿Estás diciendo que quieres que interfiera por ti?

—Tal vez sea yo quien esté interfiriendo por ti. ¿Cómo es que has vuelto a bailar para el hombre de tu hermana?

—A veces una chica es una tonta y tira por la borda lo único que realmente quiere.

—Eso debe de ser de familia.

Ella sonrió.

—¿Qué te hace pensar que eres lo que mi hermana realmente quiere?

Tag tiró de Melody hacia él y le susurró algo en el oído.

Ella sonrió ampliamente.

—Lo haré. Es tan tonto que podría funcionar.

Melody desapareció dentro de la casa.

Claire. Le dolía ver su esbelto cuerpo estremeciéndose con cada sollozo. Esa guapa chica tan especial se había acostado con él. Él había sido su primer hombre. Y había sido la primera para él en otros aspectos. Le había provocado sentimientos que llevaban ocultos en su interior demasiado tiempo.

Como un ángel cabalgando al viento, lo había sacado de su oscura cueva y lo había liberado. Le había demostrado que tener sentimientos hacia una mujer era algo limpio y bueno y nada vergonzoso. Se quedó de pie en la oscuridad observando al gato dando con la pata en el cristal. Claire no levantaba la vista.

¿Qué era esa cinta negra que tenía en la mano y besaba?

Tag se dirigió hacia el animal y le dejó que le oliese la bota. Entonces lo levantó y golpeó el cristal con los nudillos.

Claire levantó la vista. Con los ojos brillantes, lo miró directamente al corazón.

Tag se sintió un estúpido con esa ropa sucia, y el gato en las manos.

Pero ella se dirigió hacia él. Como en un sueño, abrió las puertas, y tomó al peludo animal, que estaba ronroneando en la horrible camiseta de Tag.

—Le gustas —susurró Claire.

—Y no es callejero… como mis animales.

—Pero tienen corazones puros y buenos.

—Cierto —Tag hizo una pausa—. ¿Y no se te ha ocurrido pensar que… tal vez yo lo tenga, también?

—Sí —susurró ella con la voz quebrada.

Claire se desplomó contra su mugrienta camiseta, y él la estrechó entre sus brazos.

—No llores, nena —abrazándola de manera que la cabeza de Claire quedó debajo de su barbilla, se puso con ella de rodillas—. No puedo irme si no dejas de llorar.

—Tengo que casarme con él. Es lo que se espera que haga una chica como yo.

—¿Y eso quién lo dice? —dijo él en un tono casi paternal.

—No conoces a mi familia. Ellos esperan…

Con la voz entrecortada, entre sollozos, le contó toda la historia. Que Melody había dejado plantado a North en el altar, las ambiciones sociales de su madre, que tenía que ser la hija perfecta

para estar a la altura del hijo que murió antes de que ella naciese.

—No importa las razones que tengas. No puedes construir una vida sobre una mentira. Lo sé. Yo lo intenté.

—Tengo que hacer feliz a mi familia. Tú y yo… nos conocimos y ya está.

El le retiró el pelo de la cara.

—Hemos empezado algo que es más grande que nosotros.

—Lo superaremos.

La mano de Tag se detuvo en la mejilla de Claire.

—¿Cómo? —el dolor que sentía en el corazón le impedía respirar—. ¿Realmente crees que puedes obligarte a tener sentimientos que no tienes?

—Sí. Mi madre dice…

—Ya eres una mujer, Claire. Puede que seas joven, pero es hora de que tomes tus propias decisiones. No puedes hacer feliz a la gente si tú no lo eres. Vente conmigo. Iremos a alguna parte. A tomar café. A hablar.

—He quedado con North.

—Por primera vez… desde que estuviste conmigo.

—He… estado muy ocupada.

—O pensando en mí —él le abrió la mano, y el parche negro cayó al suelo.

Ella se ruborizó culpablemente.

—Nos sentimos bien juntos —dijo él—. No fue solo un juego. Por eso no has querido verlo.

—No podía acostarme contigo… y luego… seguir con él como si tal cosa. Es mi prometido.

Tag frunció el ceño, pero no dijo nada.

—Esta noche necesito hablar con él… intentar volver adonde estábamos antes de… Antes de nosotros.

—No. Ese… —Claire se quedó sin aliento —. Este nosotros, sea lo que sea, tiene que acabar.

—¿Y si no podemos acabarlo?

—Podemos.

—Sí es tan sencillo, demuéstralo.

—¿Cómo?

—Me voy a casa. Vente conmigo.

—¿Solos?

—Entonces ven a verme a Shorty’s.

—¿Shorty’s?

—¿Recuerdas el bar del que salía la música con la que estuvimos bailando? Si no apareces, beberé por tu futura felicidad. Si vienes, si puedes bailar una sola vez conmigo… y luego marcharte… entonces estaré seguro de que no soy lo que quieres.

—Podría hacerlo.

—Demuéstralo.

—Me están esperando. Estoy prometida.

La idea de que ella estuviese con otro hombre lo llenó de pánico. Así que Tag soltó lo que tenía que decir, sin rodeos.

—Eso no te detuvo antes.

—No soy como tú crees.

—Ni yo tampoco.

Con los ojos muy abiertos y las uñas clavadas en el reposabrazos, Claire veía pasar el paisaje borrosamente. No se atrevía a pedirle a North que redujese la velocidad.

North estaba de mal humor, con las manos apretadas en el volante. No le había dicho ni una palabra de su ceñido vestido rojo. North era un hombre prudente que raramente se excedía con la velocidad.

Le lanzó otra mirada preocupada. Bajo el ala de su sombrero, su oscuro rostro estaba completamente impasible.

Estaba conduciendo deprisa, como si algo lo consumiese por dentro.

—¿Ha dicho algo el reverendo que te haya molestado? —susurró Claire en un tono recatado que no pegaba con su vestido—. Algo te preocupa.

—Estoy un poco cansado.

—Me estás asustando.

North levantó el pie del acelerador.

—¿Qué te apetece hacer esta noche?

¿Qué tal una película?

Normalmente iban al cine cuando North estaba así. Ella sospechaba que él prefería sentarse en la oscuridad, sin hablar, a algo más íntimo.

—No voy precisamente vestida para ir al cine —dijo ella un poco insinuantemente.

Un músculo se tensó en la dura mandíbula de North. Y entonces la miró. Sus ojos brillaban con la mirada de un animal salvaje atrapado.

—Vamos a Rockport —lo instó ella como si tal cosa—. Ten… tengo que recoger algo de la casa de mis padres.

—Muy bien —dijo él—. Lo que tú quieras, Claire.

North cayó en un pesado silencio que hizo que Claire se sintiese cada vez más incómoda, mientras las líneas blancas de la carretera desaparecían rápidamente debajo del coche. ¿Sospecharía North algo? Claire buscó una emisora en la radio y tarareó las canciones como solía hacer Melody.

North apagó la radio.

—¡No cantes!

North apenas dijo cinco palabras en la casa de sus padres, y una de ellas fue «sí»

cuando le pidió que la llevase a «Shorty's».

Se detuvieron en el abarrotado aparcamiento, brillantemente iluminado.

Cuando ella abrió la puerta y se bajó, unos motoristas de aspecto rudo silbaron.

—Ese vestido… —la amonestó North.

—Por fin te has fijado.

Él se quedó mirándola.

La brisa marina le alborotó a Claire el pelo. Una brisa salada que le hizo recordar a un hombre al que no podía olvidar.

La música se oía en el aparcamiento, la misma clase de música con la que habían bailado fuera de la casa.

Estaba allí para demostrarle que podía olvidarlo.

Echó hacia atrás la cabeza desafiantemente. El viento le agitó el pelo y le hizo sentirse más salvaje.

—¿Está segura de que quieres entrar en este lugar? —preguntó North.

—Muy segura —dijo ella—. He oído que la música es muy buena.

—¿Y dónde has oído eso exactamente, Claire?

Sin responder, Claire abrió la puerta con decisión y entró, para recibir aullidos y más silbidos.

¿Has quedado con alguien esta noche, cielo? —susurró una aterciopelada voz en el oído de Tag. Él se volvió y a través de una nube de humo vio un cabello rubio y una curvilínea figura en un ceñido vestido rojo.

Por un momento se le aceleró el corazón, hasta que se dio cuenta de que no era Claire.

—Estoy esperando a una persona —dijo él, moviendo los dedos de arriba abajo en la botella de cerveza helada.

Cuando ella volvió a la barra, Tag se hundió más en la oscura esquina de la mesa, mirando la puerta. Se había duchado y cambiado. Llevaba pantalones vaqueros y una camisa negra.

Un ligero dolor se había instalado en su estómago. La idea de que ella fuese a ir a ese lugar a verlo, era bastante rocambolesca. La chica que había llorado en sus brazos no se arriesgaría a despertar a esa mujer que había en su interior… la que lo deseaba para que fuese su pirata, su fantasía de medianoche.

El abarrotado bar tenuemente iluminado vibraba con la música, voces, humo, y risas.

Los hombres jugaban al billar y las bolas chocaban ruidosamente.

Excepto por la rubia, la gente lo dejaba en paz. No estaban tan furiosos con él como tras la muerte de Frenchy. Rusty y Hank habían desaparecido. La mayoría de la gente creía lo que había dicho el juez.

La puerta se abrió.

Los pescadores del bar golpearon el suelo con los pies al ritmo de la música. Silbidos.

Gritos. Aplausos. Tag miró hacia la puerta.

Claire, a la luz rosa de un neón, con la cara maquillada como aquella primera noche. Llevaba un ceñido vestido rojo y el pelo le caía salvajemente por los hombros.

Esa noche no era ningún ángel.

Esa noche, la mujer que llevaba dentro estaba viva. La imponente mujer de rojo vibraba con una energía tan salvaje que convirtió la sangre de Tag en lava.

Cuando ella lo vio, se pasó la lengua por los labios y clavó su mirada azul en la boca de Tag.

Más silbidos.

¿Qué demonios intentaba hacer?

Con ese vestido, con ese cuerpo, estaba encendiendo más fuegos de los que ni ella ni él podrían apagar.

Tag se levantó lentamente, con la intención de sacarla de allí lo antes posible.

Pero un hombre alto con un sombrero vaquero irrumpió por la puerta, examinó a la multitud que vitoreaba a Claire, y la rodeó con un musculoso brazo posesivamente.

North… el hombre al que pertenecía Claire.

«Has hecho trampa, Claire».

Claire se estremeció ante la volcánica expresión de Tag cuando North le puso las manos encima.

—Vamos, Claire —dijo North.

Pero ella se zafó de él y entró en el bar, eligiendo una mesa lo más lejos posible de la puerta. North la alcanzó. Retiró la silla tan rápido que casi tiró la mesa.

—¿Qué pasa contigo? Estás actuando como ella.

—¿Quién?¿Melody? Si ni siquiera me ves.

—¡Pues seguro que has captado la atención de todos los demás hombres de este bar! Están fregando el suelo con la lengua.

—Tal vez necesite un poco de admiración.

Cuando llegó la camarera, Claire pidió dos cervezas.

La puerta volvió a abrirse, y entró una esbelta figura. Inmediatamente North se levantó de su asiento, pero volvió a dejarse caer pesadamente, y dijo: —¿Qué hace ella aquí?

¡Pasión! Pura pasión vibraba en la voz de North. Pero no estaba mirando a Claire.

Melody había capturado toda su atención.

Llevaba unos pantalones vaqueros ceñidos y esa blusa de seda blanca que acariciaba sus pechos.

Ondulando las caderas, Melody pasó por su lado sin apenas mirarlos, y North volvió a saltar en su asiento. Los pescadores silbaban. Melody los ignoró y se dirigió directamente hacia Tag.

Tag no.

Por favor, Tag no.

Melody nunca tardaba mucho en robarle a sus amigos.

En cuestión de segundos Melody estaba sobre él, rodeándole la cintura con el brazo y susurrándole en el oído. Con esa sonrisa blanca que encendía un fuego en el corazón de Claire, Tag hizo una seña al tipo que había junto a la máquina de los discos. Al instante sonó la canción favorita de North, la misma música que Melody había bailado en la fiesta.

Sonriendo, Melody levantó los brazos por encima de la cabeza y

empezó ese extravagante y erótico baile que había dejado a North tan frío.

Pero Melody no estaba bailando para North. Tag estaba recostado en su silla como un sultán observando a la chica favorita de su harén. Con una sonrisa de aprobación, Tag la animaba con sugestivos comentarios, mientras los pescadores golpeaban el suelo con los pies y aplaudían.

El impacto llenó la garganta de Claire de un sabor salado. No podía soportar ver a su hermana cautivando a Tag como había hecho con todos sus amigos especiales.

—¡Ven aquí, preciosa! —dijo un hombre.

Claire oyó maldecir a North.

Melody gritó aterrada.

North se levantó rápidamente de la silla y empujó al hombre que había agarrado a Melody.

—¡No te atrevas a tocarla, bastardo!

Entonces tomó a Melody en sus brazos, y la sacó del bar, dejando a Claire dentro sola.

Claire se puso de pie, aturdida. Tenía que salir de allí.

—¡Claire! —dijo una voz ronca detrás de ella.

La mano de Tag se posó en su hombro, y la hizo girarse. Sus ojos plateados la abrasaron.

—Creía que no vendrías —dijo él.

—¿Y qué pasa con Melody? ¿Qué soy yo, tu premio de consolación?

—Le pedí que bailase para mí como había hecho para North… para provocarte.

—Eso es jugar sucio —dijo ella con la voz ahogada.

—Pensé que podría funcionar —replicó él con ternura, y susurró —: ¿Quieres bailar?

Ella asintió con la cabeza.

Tag lanzó una mirada a los pescadores que les hizo retornar a sus asientos y a sus conversaciones. Alguien puso una canción lenta y Tag tiró de Claire hacia él.

Acurrucada contra su poderoso cuerpo, Claire le puso una mano alrededor del cuello. El se llevó la otra a los labios en un gesto tan dulce que Claire sintió como si hubiese vuelto a casa.

—Me alegro de que hayas venido, Claire —dijo él, retirándose un poco.

Su expresión, una mezcla de pasión y ternura, la hizo sentirse querida. Sus temores y sus celos se disolvieron. Se sentía amada y apreciada.

Claire apoyó la cabeza contra su pecho, y escuchó su corazón.

Él se rio un poco.

—Nunca pensé que encontraría algo así…

en un lugar como este.

Ni ella tampoco.

La puerta se abrió de golpe. North apareció en el umbral, con la mirada nublada y la expresión dura.

—¿Vienes a casa conmigo, Claire?

Un revoloteo de pánico la invadió cuando oyó el tono terminante de su voz.

—Tengo que irme —susurró ella.

—Tienes que elegir —dijo Tag, apretándola entre sus brazos—. Él o yo.

Su mirada la abrasó.

—Te quiero a ti. Lo he demostrado. Pero eso no cambia nada. Tengo que irme a casa con él esta noche.

—Elige.

Cuando vio que ella ya había elegido, Tag dejó caer las manos. Todo su cuerpo se tensó y solo un músculo se movió en su oscuro rostro.

—Me han cerrado demasiadas puertas. Si te vas, se acabó.

North salió y, sin saber que hacer, ella corrió tras él.

Tag sintió la puerta cerrándose detrás de ella en cada célula de su ser. Se desplomó en la silla, con el rostro inmóvil y pálido.

Pidió una cerveza y se quedó mirando la puerta.

—Estás perdiendo facultades, Campbell — dijo el camarero de la barra.

Todo el mundo se rio.

A Tag no le importó. Otra vez le habían dado con la puerta en las narices.

Claire se había ido. Él le había ofrecido su corazón, y ella se lo había pisoteado. Varias cervezas más tarde, la gente empezó a irse.

Tag estudió al grupo de hombres que jugaban al billar. Pescadores. Hombres rudos que no habían tenido mucha escuela. Tag respetaba a esos hombres, pero…

Pero él no era uno de ellos. Tenía estudios universitarios. Esa vida, su vida… no era suficiente. Dirigir el pequeño imperio de Frenchy no lo entusiasmaba. No con su experiencia. En el pasado había invertido millones de dólares, el dinero de su padre, el dinero de otras personas, y el suyo.

Su sitio estaba en una oficina. Él había manejado grandes sumas, era un experto en finanzas. Todavía tenía cuentas del Banco de Nueva Orleans a su nombre.

Tenía que regresar.

Tenía que enfrentarse a su padre y a todo aquello de lo que había huido.

—¿Te sientes solo? — susurró la rubia de antes.

Tag vio su cara borrosa. Lo único que vio fue el pelo dorado y el devastador vestido rojo.

Sonrió lentamente.

—¿Tienes el coche fuera? —le preguntó él.

El coche de ella estaba en un extremo del aparcamiento, casi oculto en las sombras.

Cuando él le abrió la puerta, ella le echó los brazos al cuello, pero sus besos lentos y calientes lo dejaron frío.

Él deseaba algo más… más dulce, no experiencia. Deseaba amor.

No esa barata imitación.

Deseaba a Claire.

—Lo siento —dijo él, soltándose.

—¿Lo sientes? —ella empezó a reírse—. Yo soy la que lo siento. Siento perder el tiempo con un hazmerreír como tú. Ella no te quiere. Piensa que eres una escoria.

—Tal vez. Pero me ha hecho desear ser un hombre mejor.

Ella subió a su coche y cerró dando un portazo.

—¿Un hombre mejor? ¡Já! Eres un perdedor.

Tag la vio marcharse.

Y entonces fue cuando vio a Claire en el coche de North.

Capítulo Once

North tenía los brazos cruzados sobre el volante. Las ventanas estaban abiertas. El aire salado y la música que salía de Shorty's invadían el coche.

—Tenía que decírtelo, Claire.

—Me alegro de que finalmente hayamos hablado —dijo ella con suavidad mientras deslizaba el enorme anillo de compromiso por su dedo.

—Eres ambiciosa, digna de confianza, respetable…

Ella se estremeció.

—¿Respetable?

—Lo que intento decir es que deberías ser la mujer ideal para mí —dijo él, metiéndose el anillo en el bolsillo.

—Tú no me amas. Melody siempre ha estado entre nosotros — dijo Claire.

—¡Tampoco la amo a ella! —arremetió él —. Ella solo es como un mal hábito que no me puedo quitar.

—¿Estás seguro de que solo es eso?

—¿Melody y yo? —North se rio ásperamente—. ¿Crees que voy a olvidar alguna vez cómo me dejó plantado en esa iglesia delante de nuestros amigos y nuestras familias?

—Después lloró mucho.

—Melody es muy buena actriz. Hice un ridículo espantoso — North apretó los dientes —. Todo el mundo se rio de mí. Todo el mundo menos tú.

—Seguro que esta noche te ha seducido.

—A mí y a todo ese bar lleno de hombres.

¿En qué estaba pensando?

—Tal vez todavía te ama.

—¿Y qué? ¿Crees que quiero una esposa como ella? Es demasiado alocada.

—Nunca me has mirado a mí como la has mirado a ella esta noche.

—¿Qué puede hacer un hombre con una mujer así? No me hables de ella, quiero olvidarla.

—Oh, North —Claire lo abrazó—. Buena suerte.

—¿Y tu madre? ¿Cómo va a… ?

—Yo me encargo de mi madre.

North arrancó el coche.

—Te llevaré a casa.

Cuando estaba dando marcha atrás, la puerta de Shorty's se abrió de golpe y salió, rodeando con el brazo a una rubia que no le quitaba las manos de encima.

Claire se quedó sin respiración.

—¿No es ese el tipo con el que estabas bailando?

Claire tenía un nudo en la garganta. No podía hablar. Todo lo que podía hacer era observarlos dirigiéndose hacia las sombras.

Empezaron a besarse. Claire no podía creer que Tag permitiese que esa mujer lo besase así. Había sido una tonta al pensar que entre ellos había habido algo especial.

La pareja dejó de besarse. La mujer entró en el coche y se fue. Entonces fue cuando Tag la vio.

—Llévame a casa —le rogó ella—. Estoy cansada. Muy cansada.

Por una vez North se fijó en ella.

—Tal vez no sea algo tan malo como piensas.

—Probablemente sea peor.

—¿Entonces cómo es que no se ha ido con ella?

El despertador de Tag sonó. El resplandor del sol lo hizo parpadear. Había estado soñando con una esbelta rubia. Habían estado bailando.

Despierto, lo único que recordaba era el vacío que había sentido cuando ella había salido corriendo detrás de North y se había cerrado la puerta.

Se puso un musculoso brazo bronceado sobre los ojos.

Whiskers maulló a los pies de su cama.

Dios, le dolía la cabeza. ¿Tanto había bebido?

No quería levantarse, enfrentarse a un nuevo día sin ella.

Entonces alguien apagó el despertador.

Tag se sentó de golpe en la cama.

Ricky Navarro lo miraba con el ceño fruncido.

—¡Demonios, chico! ¿No te he dicho mil veces que no entres así? —dijo Tag con la voz soñolienta.

Ricky se encogió de hombros e hizo bailar su yo-yo.

—¿Cómo es que todavía estás durmiendo? —dijo Ricky, mirando malhumoradamente por la ventana.

—¿Cómo es que no estás en el colegio?

Ricky no lo miró.

—No me gusta Terry. Es grande y blanco. No me gusta el colegio. Todos son blancos y ricos menos yo. Me siento solo.

—Eh —Tag agarró la cuerda del yo-yo y tiró de Ricky—. Los demás chicos también tienen problemas. Te llevaré al colegio.

—Pero tengo miedo. Ese Terry me insulta y me empuja.

—Todo el mundo tiene miedo, chico. Es algo que tenemos que afrontar. Todos tenemos un Terry.

—¿Tú también tienes un Terry?

—Mi Terry no es una sola persona. Es toda mi vida. La vida que deseo. Acabo de perder algo que quería de verdad, o más bien a alguien que no me merecía porque… es complicado. Tengo que volver a casa, volver al lugar de donde vine, encontrarme a mí mismo… enfrentarme a mi Terry. Si yo puedo hacerlo, tú puedes.

—¿De verdad piensas eso?

—Tienes que tener sueños, chico es la única forma de que la vida tenga sentido.

Pero no es suficiente con soñar. Tienes que hacerlos realidad.

—¿Que no vas a casarte con North? — susurró Dee Dee con la voz quebrada.

—No, mamá —la voz de Claire también se quebró—. No…

Por una vez en su vida, su madre no estaba haciendo tres cosas a la vez.

—Siento que me voy a desmayar —dijo Dee Dee débilmente.

—¿Por qué no nos sentamos… juntas, mamá?

Dee Dee acababa de salir de la ducha.

Todavía chorreando, se había quedado petrificada con su albornoz blanco de toalla.

—Ten… tengo que hacer mi cama.

—Tampoco voy a estudiar Medicina. Es… estaba haciéndolo para complaceros a papá y a ti.

La sangre palpitó en las sienes de Claire.

—No puedo creerlo.

—Ya es hora de que descubra quién soy, lo que quiero.

—Pero la boda está a la vuelta de la esquina —Dee Dee retiró la colcha y se sentó en la cama.

—North rompió anoche conmigo. No va a haber boda.

—Pero ya habéis hablado con el reverendo Bob —dijo su madre con incredulidad—. ¿Qué va a decir todo el mundo?

—Diles que lo siento, que es mejor que nos demos cuenta ahora…

—¿Mejor? Nunca volveré a llevar la cabeza alta en esta ciudad. Todo por culpa tuya —se llevó las manos a las sienes, apretando los labios—. Es por «él», ¿verdad?

—No se de qué me hablas.

—No mientas. No hay boda. No vas a estudiar Medicina. Lo siguiente que me dirás es que estás enamorada de ese pescador borracho y que te vas a vivir a un destartalado remolque con él.

—Tag. Se llama Tag Campbell. Y… y… no estaba borracho, mamá.

—¡Apestaba a ginebra barata!

—Se echó una botella por encima porque estaba furioso

conmigo. Y… y no vive en un remolque. Aunque no me importaría. Tiene una casa en la playa.

—Has estado allí…

—No… no quería decírtelo así… pero…

—Oh, Claire, eres una tonta. Un hombre así, un hombre que ni siquiera se lava…

—Sí lo hace. Pero tiene un trabajo duro y se ensucia.

Dee Dee miró boquiabierta a su hija.

—¿Y cómo conoces sus hábitos? Oh, Dios mío… dime que no te has acostado con él…

A Claire se le incendió la cara, y agachó la cabeza, sin decir nada.

Dee Dee ocultó el rostro entre las manos.

—No puedo creerlo. Esto es una pesadilla.

—¿Tú quisiste alguna vez a papá?

—Esa es una pregunta ridícula.

—¿Lo es? ¿Te casaste con él por… ?

—¿Qué? —Dee Dee se apretó los dedos en la frente—. ¿Cómo te atreves a insultarme? No te atrevas a comparar mi matrimonio, mi vida, con este lío que estás armando. Pensaba que eras diferente. No como Melody. Estaba orgullosa de ti. Eras mi hija perfecta —se echó en la cama lentamente—. Cierra las persianas. Me duele la cabeza con este sol.

—Si… si te sientes mejor, el pescador también ha terminado conmigo.

—Gracias a Dios —se cubrió con la colcha hasta la barbilla—. Ahora… ahora vete.

Eran casi las once cuando Tag volvió a casa en su moto. La sesión en el despacho del director había ido bien. Como todos los matones, Terry era más cobardica de lo que aparentaba.

Dentro de la casa, Tag se sintió tan asustado como Ricky cuando se sentó en su cama y descolgó el teléfono.

Claire. La última vez que la había visto, ella había visto a otra mujer besándolo.

Tenía que llamarla.

Pero antes de que contestasen, colgó el teléfono. Lo volvió a descolgar, al menos media docena de veces. Cada vez que marcaba el número, empezaba sudar. ¿De qué demonios tenía miedo?

Volvió a marcar.

—Hola —dijo una mujer.

—¿Está Claire?

—¿Quién es?

—Tag Campbell.

—¡Tú! —chilló la voz de Dee Dee—. ¡Acaba de decirme que

habéis terminado! Déjala en paz. Es una joven inocente. Un hombre como tú no puede ofrecerle nada excepto problemas. ¿Queda claro?

Y colgó.

Tag colgó bruscamente. Entonces se quedó sentado encorvado en silencio durante un rato, echando humo, rumiando.

Al infierno con Claire y su madre. Claire quería a North, una vida segura, y él no podía hacer nada al respecto.

Con total terror volvió a descolgar el teléfono. Esa vez llamó a su padre.

El viejo tardó en contestar. No parecía él.

Su voz sonó débil,

—Estás vivo —susurró el viejo—. Gracias a Dios. Pensaba… Qué más da lo que pensaba. Ven a casa… hijo.

Hijo.

La palabra resonó dentro de Tag mucho tiempo después de que su padre la pronunciara. Hubo una pausa.

—Tenemos mucho de que hablar — continuó su padre—. Me temo que no hay mucho tiempo.

Melody estaba arrojando una maraña de ropa en una enorme bolsa de lona morada con mariposas amarillas.

—¿Adonde te vas esta vez? —preguntó Claire.

—Conozco a alguien en la India —dijo Melody con la voz quebrada.

Melody tenía amigos en todas partes.

—¿Y qué pasa con North?

Melody bajó la mirada. Con manos temblorosas empezó a doblar una blusa.

—Anoche me dejó muy claro en el aparcamiento que me odiaba. Me dijo cosas horribles. Cada vez que pienso en…

—Rompió conmigo. Te ama a ti.

—Sea lo que sea lo que siente, me hizo sentirme fatal. Atrapada. No quiero volver a ver a ese individuo retrógrado y mandón. No tenía derecho a… a… a aprisionarme contra esa pared y… intimidarme.

—¿North hizo eso? Tu baile debió…

—No quiero hablar de ello —Melody respiró con indignación—. ¿Entonces… Tag y tú… ?

—Se marchó de Shorty’s con otra mujer.

—Tal vez no viste lo que piensas que viste.

—La besó.

—Tal vez no fue como crees.

—Le concedes a él el beneficio de la duda, pero no a North.

—Cuando un hombre no es el tuyo, lo ves más claramente. Tag te ama. Te conviene — metió la blusa en la bolsa—. Confía en mí.

Soy tu hermana.
Se abrazaron, pero enseguida se sintieron violentas y se soltaron.
—No quiero que te vayas.
—Volveré —dijo Melody.
—¿Cuándo?
—Cuando me apetezca.

Capítulo Doce

El pescador había llamado, por el amor de Dios.

Dee Dee yacía en la oscuridad. Ojalá pudiese dormir. Pero le dolía la cabeza, y el corazón.

Hijas. Tal vez Sam tenía razón al haber deseado tanto tener hijos varones.

Ninguno de los grandes planes que tenía para sus hijas había salido como esperaba.

Estaba dándole vueltas a esa cuestión cuando oyó el Mercedes de Sam. Por todos los santos, ¿qué estaba haciendo en casa a esas horas? No podía ocuparse de él en ese momento.

Su marido entró en la casa, llamándola a gritos.

—¡Dee! ¿Dónde demonios están mis palos de golf? ¿Dee?

Ella se apretó las sienes. ¿Por qué él nunca encontraba nada?

Los pasos de Sam subieron por las escaleras. La puerta de la habitación estaba entreabierta. Él encendió la luz.

—¿Por qué no contestabas? ¿Por qué estás en la cama? —preguntó él, en tono molesto.

Ella se levantó, envolvió su dolorido cuerpo en el albornoz, y fue hacia él.

—¿Qué haces en casa? —susurró ella, apartándolo.

—Es miércoles, mi tarde libre. Iba a jugar al golf… pero… esto es mucho más interesante.

—¿Esto?

Él le guiñó un ojo.

—Nosotros.

Sexo era lo último que ella deseaba, pero repentinamente no quería que él se fuera.

—Claire no va a casarse —susurró ella.

—Me lo ha dicho North.

Sam la besó en la frente.

—No estoy de humor —dijo ella fríamente, apartándose de él.

—¿Cuándo nos ha detenido eso?

—Ahora no, Sam.

Él le abrió el albornoz.

—Estás muy sexy.

—No lo dices en serio.

—El sexo a nuestra edad es como encender las luces de un árbol de Navidad, pero una a una.

Sam salió por la puerta, y volvió con una botella de vino, dos

copas y un peligroso brillo en los ojos. Pronto estuvieron en la cama uno lado del otro, bebiendo vino. Se besaron, y las manos se deslizaron lánguidamente sobre sus cuerpos. No tardaron mucho en encenderse las luces de su árbol de Navidad.

La pasión los sacó de sí mismos. Lo hicieron dos veces. En la cama. Luego en el suelo.

Cuando terminaron, Dee Dee, en los brazos de Sam, había olvidado a sus imposibles hijas.

Sam se levantó de la cama.

—¿Dee, has visto mis palos de golf? No están en la entrada…

Ella sonrió indulgentemente.

—Sí, cariño. Están en el maletero del coche.

—Las niñas estarán bien —le prometió él tranquilizadoramente al salir. Pero ella ya no quería pensar en las niñas. Y se quedó dormida con una sonrisa en los labios.

Claire se bajó del coche y miró la encantadora casa junto a la playa bajo los protectores robles que el viento había inclinado y retorcido. Los gatos y los perros callejeros yacían enroscados perezosamente por todo el porche. La moto de Tag estaba encadenada en un cobertizo. Su barco estaba amarrado en el muelle. Las ventanas estaban cerradas.

Incluso antes de llamar a la puerta, Claire sabía que él se había ido. Aun así, llamó hasta que le dolieron los nudillos.

Vacía y desilusionada, se sentó en el porche, apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos, recordando la magia de su primera noche. No oyó al niño hasta que su yo-yo golpeó la pared junto a su cabeza.

Claire se sobresaltó.

—¡Uy! —dijo él—. Perdón.

Era flaco y de color caoba, y adorablemente tímido.

—Soy Claire.

—Ricky —dijo él con la voz apagada—. Vengo a dar de comer a los animales de Tag.

—¿Se ha ido?

—A Nueva Orleans.

Ella se estremeció.

—¿Tan lejos?

—Su padre estaba muy enfermo. Así que se fue corriendo.

—No sabía que tuviese padre.

—Ya no lo tiene. Llamó esta mañana y dijo que había muerto. Dijo que tenía muchas cosas que hacer allí. Que no iba a volver.

—Pero… —dijo ella con desesperación—. Su casa…

—Tiene gente aquí para que cuide de esto. A mí.

La desesperación se estaba apoderando de ella.

—¿Tienes un teléfono? ¿Una dirección?

—Claro que sí. Solo que no se lo debo dar a nadie. Tú no eres su amiga. Lo sé. Te vi salir de su casa esa mañana, llorando. Luego enviaste a ese hombre que le puso la casa patas arriba.

—No, no fui yo —susurró ella.

—¿Entonces quién fue?

—Es una larga historia —empezó ella cansinamente.

—Tengo tiempo.

El dolor invadía a Tag. Las persianas del despacho de su padre estaban bajadas, así que no podía ver el lento discurrir de las aguas del Mississippi. Sentado en la oscuridad, apretó los puños sobre la enorme mesa de caoba. Todo lo que veía era a su padre, pequeño y delgado, una sombra del hombre que recordaba, en su ataúd.

Su enorme e indómito padre se había ido.

Debería haber vuelto a casa hacía mucho tiempo. Cegado por la rabia y la auto compasión, había odiado al hombre equivocado.

La culpabilidad y la angustia se apoderaron de él. ¿Lo había amado su padre realmente, como aseguraba en su lecho de muerte?

—«Me equivoqué contigo. Fue Hugh.

¿Quién iba a pensar que ese vago bastardo era tan listo?»

Hugh, un socio menor, había robado todo.

Consciente de que padre e hijo no confiaban el uno en el otro, había borrado sus huellas de tal manera que pareciese que solo podían haber sido Tag o su padre, esperando que se culpasen el uno al otro. Cuando Tag descubrió que algo iba mal, y su padre lo acusó, Hugh envió a sus matones para que acabasen con el. Luego huyó, pero fue capturado en Suiza con algo del dinero robado, pues había derrochado la mayor parte en malos negocios.

—«Creía que estabas muerto. Era demasiado tarde. No pude retractarme de las cosas que dije».

Se habían abrazado en silencio. Su padre había muerto en sus brazos.

Tantos años perdidos. Tanto pesar. Por ambas partes. Destrozado, su padre nunca se había repuesto financieramente. Lo había necesitado, lo había buscado, estaba demasiado enfermo para trabajar tanto como antes.

Los negocios no eran como habían sido.

Tag iba a tener que trabajar muy duro. Pero tenía la oportunidad de volver a empezar, de demostrar lo que valía.

Su vida había cambiado instantáneamente e irrevocablemente.

Había sido exonerado de toda culpa y era rico. Su padre le había dejado todo. Solo que su nombre no era Tag Campbell. Se llamaba Scott Duval.

Tenía todo lo que hubiese podido desear y más.

Todo excepto…

Apretó los labios. Tenía que olvidarla.

Nadie volvería a cerrarle la puerta.

De ese humor, de amargo dolor y triunfo, estaba cuando Miriam, la secretaría de su padre, entró por la puerta.

—Te he dicho que no quería que se me molestase.

—Es que hay alguien que quiere verlo, señor —dijo Miriam—. Dice que es una amiga.

—Yo no tengo amigas. Y no tengo tiempo. No con el funeral…

—Pero la señorita Woods dice que lo conoce de Texas. Ha venido desde allí para darle el pésame.

—¿La señorita Woods? —el corazón de Tag clamó salvajemente de rabia ante su total vulnerabilidad.

Claire, su ángel cabalgando al viento.

Claire, que se había acostado con él, pero no le había dicho su nombre. Claire, que quería olvidarlo y casarse por dinero. Claire, que había ido tras otro hombre y le había cerrado la puerta.

—Que no malgaste su tiempo —dijo Tag con la voz tensa de contener sus sentimientos—. Dile a esa bruja que vuelva por donde ha venido. No quiero volver a verla.

Miriam se quedó de piedra.

—Muy bien, señor.

Cuando la secretaría cerró las puertas, las sombras lo envolvieron.

No se molestó en levantar la vista cuando oyó el picaporte de nuevo y la luz entró por la habitación.

—No te vas a librar de mí tan fácilmente —dijo una voz apagada en la oscuridad.

Un escalofrío le recorrió a Tag la espalda.

—Vete.

—Siento lo de tu padre —insistió ella con esa voz dulce que le destrozaba el corazón.

Claire entró con el cabello dorado por los hombros, y los ojos azules brillando de pasión. ¿Dios, porque tenía que ser tan hermosa?

—¿A quién demonios crees que estás engañando? —dijo él con la voz áspera—. Estás aquí porque soy rico. Crees que estoy débil porque mi padre acaba de morir.

Sus palabras la golpearon como una bofetada. Se puso pálida.

Sus ojos se llenaron de dolor. Se le doblaron las piernas, pero cuando empezaba a caerse al suelo, él la agarró. Ella intentó soltarse, pero él la agarró más fuerte.

Maldita. La amaba. Deseaba llegar a su casa cada noche y encontrarla allí. Quería dormir con ella, despertarse en la oscuridad y saber que estaba allí. Quería hacer el amor con ella. Tener hijos con el pelo dorado y grandes ojos azules.

Solo su fragancia lo volvía loco.

—Has venido porque te has enterado de que soy más rico que tu prometido —la volvió a acusar.

—No… —susurró ella.

—No me querías cuando pensabas que no era nadie.

—Sí te quería. Pero… —Claire tragó saliva —. Oh, Tag. Lo siento muchísimo. Estás equivocado ¿Nunca… en toda tu vida… has cometido un error respecto a alguien… y luego lo has lamentado?

—¿Por qué estás aquí entonces? —gruñó él—. ¿Es que tu rico vaquero se ha dado cuenta por fin de que está enamorado de Melody y te ha dejado? ¿Has venido aquí a salvar tu ego pisoteado?

Un caliente rubor de culpabilidad le subió a Claire por el cuello, pero el color se desvaneció mucho antes de alcanzar sus pálidas mejillas.

—Me voy.

Él la atrajo hacia sí.

—Así que es eso. Pues para tu información, no quiero las sobras de North Black —Tag quería todo o nada—. Te daré el nombre de mi bar preferido. Más elegante que Shorty’s —escribió el nombre en una tarjeta y se la puso la mano—. Pásate esta noche si todavía estás en la ciudad. Haré de pirata o de cualquier otra fantasía que tengas. Ven todas las noches si quieres. Te quiero en la cama, pero no en otra parte.

—No, por favor… —le suplicó ella—. He venido porque te amo. Te amo pobre o rico. Y, y, oh, no sé porque te digo esto… cuando todo ha terminado.

—¡Cállate! —dijo él con la voz dolorosamente dura.

Los ojos azules de Claire se llenaron de lágrimas.

Una tirante banda se cerró en torno al pecho de Tag. Cada vez que respiraba le dolía como un cuchillo. Estaba matándolo con su belleza y su dulzura.

La voz entrecortada de Claire fue casi inaudible.

—No te culpo por no creerme.

Se dio media vuelta y salió corriendo.

Capítulo Trece

El cielo estaba gris. Una cargada atmósfera envolvía al pequeño grupo congregado en torno a Tag, que lloraba frente a la tumba de su padre. Un clérigo de negro leía la Biblia, pero el corazón de Tag estaba demasiado congestionado de dolor para prestarle atención.

Su padre se había ido.

Y también Claire.

En su interior, el alma y el corazón de Tag se habían vuelto de piedra.

Una imponente rubia iba agarrada de su brazo, de la manga de su traje negro hecho a medida. La modelo había sido pagada. Una decorativa mentira para mantener contenta a la prensa.

Una brutal mentira, para mantener a Claire alejada.

Cuando el reverendo terminó, empezó a llover. Todo el mundo corrió hacia sus coches excepto Tag. Mientras la lluvia tamborileaba sobre su paraguas, se agachó y miró con tristeza el ataúd.

Las lágrimas inundaron sus ojos.

Al cabo de un rato amainó la lluvia. Se secó los ojos justo cuando un taxi atravesaba la puerta del cementerio.

Tag se levantó, tomó una rosa roja de una corona, y se giró para irse. Salió el sol y un rayo se reflejó en una chica esbelta que salía del taxi y corría hacia él.

Claire. Parecía más asustada que aquella primera noche en la puerta del otro cementerio.

Tag arrojó la rosa al suelo, y la pisó con su brillante zapato negro italiano.

Lentamente, ella se acercó a él.

—¿Estás bien? —susurró ella.

«Como si le importase».

Él asintió con la cabeza, sin palabras ante su presencia.

Ella levantó una mano hacia él y, aunque Tag deseaba que lo tocase más que nada en el mundo, sabía que se perdería si lo hacía.

Pero la despampanante modelo tenía instrucciones precisas.

La puerta de la larga limusina blanca se abrió, y la bella mujer habló en tono sexy.

—¿Vienes… cariño?

La angustia le desgarró el corazón a Tag, pero forzó una lenta sonrisa.

Claire se quedó mirando a la chica, luego a él, sin decir nada, pero su cara blanca reflejaba tanto dolor como el que sentía Tag.

—Me alegro de que hayas venido, Claire —murmuró él.

Ella no oyó el amor en su voz ni vio el tumulto de emoción en sus ojos torturados, porque ya estaba corriendo por la hierba mojada.

Entonces Tag echó a correr tras ella.

Claire llegó al taxi y se fue a toda velocidad.

—¡Claire!

Un trueno retumbó; el cielo se volvió negro. Empezó a llover a cántaros otra vez.

Tag corrió tras ella hasta que se empapó.

Jadeando, volvió a la limusina junto a la modelo.

—¿Lo he hecho bien? —preguntó ella con preocupación.

Con el pelo negro chorreando, y temblando, Tag solo pudo asentir con la cabeza.

La modelo sonrió.

Él se hundió en la suntuosa piel del asiento.

—Ponga la calefacción —ordenó al chófer—. Llévenos a casa.

Claire se había ido.

Tag se dijo que era lo mejor.

Claire miró las fotografías de Scott Duval y la despampanante modelo. Su imagen le produjo a la vez dolor y excitación.

¿Había pensado Tag… Scott alguna vez en ella?

Casi se sentía tan desesperada como para volver a Nueva Orleans. Todavía recordaba el nombre de ese bar. Pero el coste de una noche así, sabiendo que lo amaba, sería imposible de soportar.

El verano había sido caluroso e interminable. Hal ya no la provocaba. Había dejado de hablar sola en el espejo, había dejado de soñar.

Tal vez eso significaba que por fin había madurado. Había acudido a dos entrevistas para trabajar de profesora en otoño. No sabía lo que quería hacer con su vida. Su futuro parecía extenderse ante ella sin sentido.

—Tienes que pensar en tu futuro —estaba siempre diciéndolo Dee Dee.

Es difícil, sabiendo que he tirado por la borda algo sin lo que no puedo vivir.

—La vida continúa, Claire.

—¿Has estado alguna vez enamorada, mamá? ¿Loca y apasionadamente enamorada?

—Sabes cuánto amo a tu padre —Dee Dee miró las fotos de la revista que atormentaban a Claire—. Estaba equivocada con Tag. Y contigo. ¿Podrás perdonarme alguna vez?

—Oh, sí. Si he aprendido algo de todo esto, es a perdonar.

Ojalá él pudiera perdonarla.

En la cabina del Fantasía, Claire frotaba enérgicamente la brillante madera que no necesitaba más brillo.

La luz desvaneciéndose en el cielo morado y el romper de las blancas olas, le recordaron otra noche. Otro barco.

Una sombra se cernió sobre ella.

—Desnúdate, mi señora. Lentamente — dijo una voz ronca.

—No me provoques, Hal —suplicó ella—. Ahora no.

Aún pensando que solo era su imaginación, ella se volvió.

Unos feroces ojos plateados la abrasaron el alma. Más bien un irreverente ojo. El otro estaba oculto por un parche negro satinado.

La excitación la traspasó como una corriente eléctrica. Dejó escapar un grito ahogado cuando vio la alta figura en una vaporosa camisa blanca y unos pantalones negros ceñidos. Volvía a estar vestido como un pirata. Estaba ahí plantado con las piernas separadas y un pendiente brillando en la oscuridad.

Delgado y bronceado, su fantasía de medianoche había vuelto a la vida.

—Bonita camisa —susurró ella, con el corazón palpitándole en la garganta.

—Desnúdate, mi señora —su lánguida sonrisa encendió a Claire por todas partes—. Lentamente.

—Estás loco.

Claire sintió la emoción de dejarse arrastrar una vez más por impulsos ingobernables y embriagadoras emociones.

La voz de Tag fue tierna.

—O tal vez he recuperado la cordura.

—¿Y esa mujer… de las revistas? —dijo ella con la voz ronca—. ¿La rubia?

—No ha habido ninguna mujer. Era una empleada pagada…. para ahuyentarte.

—Eso es ridículo… pero… estás aquí. Y yo… yo… soy tan tonta… que te creo.

Él bajó las escaleras y la alzó en brazos.

—Bájame —susurró ella.

Pero él la subió a cubierta y la acercó a la borda.

—Bájame… ahora mismo.

—Lo que sea por complacer a una hermosa dama.

Con su lenta sonrisa, la arrojó al agua.

Ella empezó a gritar y acabó en un gorgoteo de agua salada. Furiosa, agitó los pies para salir a la superficie.

Él estaba también en el agua. La rodeó con sus brazos.

—Te amo, Claire.

—Me has arruinado el pelo.

Él señaló un barco de pesca.

—Nada hacia él —la ordenó.

Ella se quitó los zapatos y nadó rápidamente. Una vez en el barco, dentro de la cabina del piloto, él la estrechó entre sus brazos, abrasándola con su cuerpo caliente a través de la ropa mojada.

—Qué hermosa eres —dijo él—. Ni siquiera tengo una foto tuya.

Ella recorrió con el dedo su obstinada mandíbula recién afeitada, y le retiró con las manos el abundante cabello negro pegado a su frente.

—No… no puedo creer que estés aquí — dijo ella, y empezó a temblar.

—Tenemos que quitarnos está ropa mojada.

A Claire se le aceleró el pulso.

—Bésame antes —susurró—. Ámame.

—Siempre. Para siempre.

—Cásate conmigo —susurró ella.

—No tan deprisa. Esa frase es mía.

—De acuerdo. Vamos. Pídemelo.

—¿Para qué? Ya sé que lo harás.

—No eras tan engreído cuando eras pescador.

—El dinero cambia a la gente.

—No me importa el dinero. Te amo. Nunca he amado a nadie más.

—Yo no quiero a nadie excepto a ti —dijo él finalmente—. Tú eres todo.

—Eso es exactamente lo que yo siento por ti.

—Claire, he estado confuso mucho tiempo. Cuando no me elegiste en Shorty's, se abrieron viejas heridas que están empezando a cicatrizar. Me porté como un estúpido contigo en la oficina de mi padre… y en el cementerio. ¿Podrás perdonarme?

—Por supuesto. Yo también me he portado mal.

Entonces la boca de Tag buscó la de Claire. Su cálido aliento, sus brazos rodeándole con fuerza la cintura, su musculoso cuerpo la inundaron de calor, pero con ternura. Su beso les dijo todo lo que necesitaban saber, borró todas las dudas, disculpó todos los equívocos. Y sobre todo les demostró cuánto se necesitaban.

—Te amo —dijo ella.

Los brazos de Tag la estrecharon con más fuerza. Entonces la bajó a una cama con sábanas rojas de seda. Pero ella se levantó y empezó a desvestirse lentamente, con tal destreza que a Tag se le nubló la mirada de pasión.

—Has estado practicando —dijo él con una sonrisa en los labios.

Se besaron. Hicieron el amor. Envueltos en seda, compartieron la puesta de sol. Y el amanecer. El primero de muchos, esperaba Claire.

Epílogo

El helicóptero subió cada vez más alto, hasta que la dorada novia en su arremolinado velo y el apuesto novio de negro se elevaron sobre la isla cubierta de pinos en un mar de agua esmeralda.

Su boda había salido en todas las revistas. Melody había recogido el ramo, y Dee Dee había estado como pez en el agua.

—¿Adonde vamos? Espero que no sea muy lejos —gritó Claire por encima del ruido de las hélices.

Tag señaló hacia abajo.

Ella vio un barco con las velas desplegadas.

El piloto empezó a descender.

Una bandera negra con una calavera blanca ondeaba en el mástil mayor.

Claire se rio encantada.

—Pero… pero si es un barco pirata.

—Espero que te inspire a medianoche.

—Mucho antes de medianoche —bromeó ella—. La boda ha sido perfecta. Tú eres perfecto. El barco es perfecto.

—Te amo, cariño —susurró él—. Más de lo que puedo expresar.

Y ella estuvo inspirada mucho antes de medianoche.

En el lujoso camarote del capitán.

Solos.

Claire sonrió.

—Desnúdate, mi señor. Lentamente.

Él se rio.

—Esa frase es mía, señora Duval.

—Señora Duval —repitió ella.

La mano morena de Tag encontró un botón de satén blanco.

—Eres mi primera virgen. Mi primera novia. Mi primer amor. Y este es el primer vestido de novia que le quito a una mujer.

—Y el último, espero —murmuró ella.

—Puedes estar segura —dijo él.

Una asombrosa sensación de plenitud invadió a Claire mientras Tag empezaba a desabrochar la fila de botones que recorría su esbelta espalda.

La felicidad ya no era una fantasía, sino una realidad.

Con él.

—Te amo —dijo él.

—Pues demuéstramelo.

—¿Qué tienes en la cabeza?
—Cautívame. Sé mi fantasía de medianoche.

Fin